La gran rutina

Valentí Puig



Valentí Puig

La gran rutina



El Aleph Editores

Primera edición: marzo de 2010

El Aleph Editores,
Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona
correu@grup62.com
www.grup62.com

ISBN: 978-84-7669-900-3

1

«¿Y si Marcel fuera corrupto?» «No lo será mucho más que otros.» Son preguntas y respuestas siempre relativas, porque todas las épocas son igualmente corruptibles. Vía teléfono móvil, la pregunta era de Amadeu Prat y la respuesta, de Daniel Marquet. Daniel se guardó el teléfono en el bolsillo y pidió un café.

Era una mañana serena de abril de 2004. Ya se habían difundido los primeros rumores sobre la quiebra de Metabank. Daniel, sentado en un taburete de un bar de la avenida Diagonal, cerca de la plaza Francesc Macià, tomaba un café y hojeaba *La Vanguardia*. Tenía ya más de sesenta años, pero no necesitaba gafas. Un escáner le hubiera mostrado un corazón que latía a ritmo normal, fuerte, unos pulmones cargados por el tabaco y un estómago frecuentemente excitado por el sistema nervioso. Bien de glucosa, ácido úrico y triglicéridos; colesterol un poco alto. En cuanto a la espalda, ligera hipo-actividad en uno de los riñones y ninguna señal de patología excretora obstructiva. Te asomas a tu interior, abres y cierras puertas y ventanas, hasta no encontrar sino un hecho coloidal que es tu pobre alma, vendida a cualquier precio. Tiene un latido amorfo, cada vez más impersonal.

Peso regular, talla mediana, vestía con el punto preciso de dejadez que, para no caer en el error de hacer el artista, otorga preferencia a los colores azules y grises y a las corbatas de tonos rojos. Estando a su lado se percibía un olor a tabaco rubio, colonia para niños y desodorante tenue. Tenía el cutis un tanto rosáceo, como de hombre más de bañera que de ducha. Tomaba precauciones contra la halitosis. En la cartera llevaba una Visa Oro de la editorial, la Tarjeta Abierta de La Caixa, el DNI, la tarjeta Iberia Plus y el carnet del Club Natació Barcelona. Por lo menos, le satisfacía que Marcel no hubiera conseguido convencerle de invertir en Metabank.

Eran más cerca de las once que de las diez. La cafetería se iba llenando y vaciando como un reloj de arena, y en las mesas de los asiduos las noticias del día ya habían sido exprimidas y dejadas como las servilletas de papel, apelotonadas en los ceniceros. Un escarabajo trajinaba en el cubo de los desperdicios, impersonal y atávico, como los escarabajos de oro de la antigüedad egipcia. En una tertulia de jueces retirados la conversación había entrado en una larga pausa. Hacia la puerta se encaminaba una secretaria trilingüe, y un hombre que tomaba chocolate en la barra la repasó de arriba abajo, como si acabara de salir de una larga reclusión. Los

propietarios de los comercios de lujo de la zona entraban y salían, con la calma matutina de las distancias cortas que les distingue de los demás empresarios.

En un mundo de gente madura que exige sacarina, Daniel aún desleía dos terrones de azúcar en la taza de café. Tenía la suerte de no aumentar de peso, conservar la próstata intacta y contar con un hígado que todo lo destilaba, impecable, cristalino, blindado. Se tomó el café, alzando un poco el dedo meñique. Por la mente le rondaba una frase, al igual que otros días se levantaba y salía a la calle con una canción. «En medio de la Europa en ruinas, tener una falsa credencial de prensa de poco servía aunque supiéramos escribir. Una credencial auténtica tampoco era demasiado útil, y, además, no garantizaba que supiéramos escribir.» Podía muy bien haberla sacado de una novela, sobre todo de una publicada al poco de la Segunda Guerra Mundial, o tal vez la había soñado. Le daba vueltas por la cabeza, como le sucedía a veces con una canción de musical americano o algún fragmento de zarzuela que, en la infancia, había oído cantar en casa.

Consultó la agenda para comprobar que no tenía prácticamente nada que hacer. Se encaminó hacia la editorial, por el lado izquierdo de la Diagonal. Alternaba las aceras, pero siempre en virtud de alguna simetría imaginaria, porque era de quienes consideran que tomar el camino de la derecha o el de la izquierda puede alterar el futuro. Por decirlo de otro modo, no se trata de que vivamos en un mundo casualmente lleno de prejuicios. Pensaba en el caso Marcel, y en ese instante le vibró el teléfono móvil en el bolsillo. Era Ventura Dols. Al margen de que los amigos existan para hablar especialmente mal unos de otros, el *introito* («Ya sabes que aprecio mucho a Carles, pero es un inútil») tiene un carácter cordialmente barcelonés. «Ya sabes que aprecio mucho a Marcel, pero es un insensato», dijo Ventura de entrada.

La sede del Grupo Planeta completaba la triangularidad arquitectónica entre las torres de La Caixa y el Corte Inglés de Diagonal. Un espacio abierto sin categoría de plaza distribuía el tráfico y dejaba pasar la entidad angosta del tranvía Tram Baix. El milagro de la telefonía celular permitía a Daniel andar por la acera de la Diagonal, con el teléfono pegado al oído, y responder a las preguntas de Ventura Dols. No, no se había demostrado nada. Todo procedía de un blog financiero de Internet, Marcel no era mucho más corrupto que los demás, no, no había logrado hablar con él, sí, llamaría a Ventura en cuanto supiera más detalles, quizá sí, quizá alguien había engañado a Marcel pese a que no era ningún inútil. «Sí, claro, todos apreciamos mucho a Marcel.» Daniel levantaba la

mirada y veía un cielo claro y la línea de tráfico denso de la Diagonal y a los turistas que paseaban y el verde agrio del césped recién sembrado.

En el despacho de la editorial tenía un correo electrónico de Amadeu Prat que le trasladaba la nota de otro confidencial de Internet: «La intervención del Banco de España en Metabank, la primera desde la crisis de Banesto en 1993, tiene por finalidad garantizar los ahorros de los clientes. Marcel Petrus, presidente del consejo de Metabank, ha declarado a las puertas del banco que quien tenga cuentas a la vista puede retirar los ahorros sin problema alguno, si bien no así en el caso de las inversiones a plazo fijo. Metabank —dijo— ofrece plenas garantías de liquidez. Otras fuentes consultadas sostienen que centenares de clientes no han podido retirar el dinero del banco. Ante la sede central de Metabank en Barcelona se ha concentrado un grupo de inversores que reclaman los ahorros depositados. Allí Marcel Petrus ha afirmado que, quien lo desee, podrá sacar del banco los fondos a plazo fijo cuando llegue la fecha oportuna o cuando lo autoricen los interventores designados por el Banco de España. En realidad, el año pasado Metabank figuraba ya en la lista de los bancos operativos de España que registraban pérdidas. La mayoría de los analistas financieros prevé una suspensión de pagos del banco presidido por Marcel Petrus, miembro de una destacada dinastía del textil catalán y conocida personalidad de la vida política barcelonesa, vocal del Ecuestre, habitual del Liceo y mecenas de las artes. Según el Banco de España, la intervención constituye un episodio ocasional aislado».

La impresión era mala, aparte de que la información iba dirigida a acelerar la posible caída de Metabank. Costaba imaginar a Marcel, amigo de toda la vida, compareciendo ante el gentío y realizando declaraciones públicas sobre el estado de un banco que presidía, pero del cual era improbable que siguiese la marcha con detalle. Sugerir el preanuncio de la suspensión de pagos de Metabank parecía un golpe mortal. Miles de pequeños inversionistas, turbulentas juntas de accionistas, críticas a las entidades supervisoras, el alud de hipótesis y, al final, la banca como gran parásito del sistema: había ocurrido en otras ocasiones y volvería a suceder, sospechaba Daniel, pero era impensable que Marcel Petrus saliera indemne de aquel atolladero.

Por otro lado, definir a Marcel como un mecenas de las artes era una mofa. En sentido estricto, Marcel era un sensual y no podía ser sino eso. Marcel Petrus era el extremo deshilachado de una dinastía selecta del textil. Los Petrus: un apellido que había gozado del respeto de la competencia y de la sociedad catalana desde los

inicios, cuando las grandes familias del textil casaban entre sí a hijos e hijas y los patrimonios industriales daban a Cataluña la ilusión de poderío e iniciativa. Los Petrus habían llegado a ser considerados protagonistas de la alta burguesía de Barcelona, y las alianzas matrimoniales con las dinastías del mundo algodonero mantenían una leyenda de saraos y queridas. La mejor generación de los Petrus había construido colonias textiles y desviado el curso de ríos para extraer los miles de caballos de potencia necesarios para proporcionar energía a las fábricas. Los Petrus tuvieron plantaciones de algodón en Andalucía. Eso ocurrió a principios del siglo XX, cuando era necesario enfrentarse a las masas proletarias que los sindicatos anarquistas suministraban de bombas Orsini.

La saga del textil, como se apreciaba en el caso de Marcel, iba acabando en la elegía o el fiasco —de los antepasados rudos y en permanente desvelo a los herederos melifluos y veleidosos—, perdía la vieja capacidad instintiva para eludir obstáculos burocráticos en Madrid, siempre de la mano de un abogado de renombre, y había degenerado aún más, hasta el extremo de la sumisión, con la llegada del nuevo poder autonómico en 1978. Los estudios en el extranjero y la coctelería estival habían convertido a los nietos de los capitanes de la industria en una subdinastía flácida. La entropía había disipado toda la energía de una segunda generación capaz de haber conseguido dominar todo el ciclo del algodón, desde la hilatura hasta el acabado. Si el padre de Marcel había tenido voz y voto en el Consorcio de los Algodoneros, a la postre los hijos habían fragmentado el patrimonio; el textil, porque el inmobiliario ya había ido disgregándose. El patriarca había sido secuestrado por una facción de Terra Lliure en 1987; lo liberaron, sin un rasguño, en una cuneta. De las cinco fábricas de la época de mayor apogeo no quedaba ninguna en manos de la familia. De los Petrus que cotizaban en el partido conservador y catalanista de don Francesc Cambó, se pasó a ramificaciones dinásticas que habían formado parte de grupúsculos maoístas al morir Franco, *hippies* acaso, y cuyos hijos actuaban últimamente en teleseries de TV3 o pertenecían a sectas religiosas acampadas junto a Taüll.

En el despacho, Daniel tenía un telescopio con trípode para escudriñar el exterior. Por él miraba pero no juzgaba en demasía, como cuando nos sentamos en la terraza de un café, desocupados y sin nada que nos ronde por la cabeza, y, sin quererlo, etiquetamos al personal que pasa por allí. De joven, con los amigos, había jugado a calificar a las mujeres: ellas pasaban ante la terraza y ellos ponían nota, discutiendo largamente la contradicción entre un 4 y un 7, la imposibilidad de un 10 o la injusticia de un 3. A veces —un voto

más analítico, la mirada puntillista o de anatomista— alcanzaban desniveles sorprendentes: 7 de piernas, 9 de culo, 2 de cara. Al mirar por el telescopio, Daniel sencillamente dejaba que la humanidad desfilara ante él; de ella retenía el modo en que una joven se colgaba del brazo de un hombre mayor —difícilmente sería el padre—, la apariencia de batallón armado de un grupo de amigas que iban de compras como quien saquea una metrópoli derrotada, la estampida demográfica a la salida de los grandes almacenes.

Desde el despacho, el horizonte visual del telescopio era más bien estrictamente urbano, pero la paciencia tiene siempre sus recompensas. He aquí el ejecutivo de un bloque de oficinas que con una mano teclea ante el ordenador y con la otra sujeta la nuca de la secretaria que le practica una *fellatio*; otro, desnudo de cintura para arriba, comprueba el estado de su musculatura delante de un espejo, remoto, impersonal, telescópico. Daniel había sido testigo de largas partidas de póquer en despachos muy poderosos y visto una pequeña sala de control informático convertida, en pleno mediodía, en una *dark room* donde se ofrecía una panoplia de penetraciones anales y variadas contraprestaciones homosexuales.

Las aceras de la Diagonal eran un bullicio desenfrenado de gente, encauzada hacia los días más cálidos y húmedos del verano. La gente transitaba bajo el objetivo telescópico. De pie, en el despacho, Daniel seguía a un grupo de chicas, todas ellas con tejanos, el ombligo al aire y nikis que, como toda la moda del estío a la vuelta de la esquina del calendario, remitían al mal gusto de los años cincuenta: era la ropa más pobre desde hacía medio siglo, claramente alejada del punto más chic de los veranos acomodados. La moda del verano que se avecinaba tenía un aire proletario, pero vestía una nueva generación, de dieta equilibrada y clases de expresión corporal, de ducha diaria desde siempre, plantillas para los pies planos y los rectificadores dentales que hubieran sido necesarios. Eran más altas, más esbeltas. Eran la consecuencia de un experimento impremeditado, hecho con la mejor buena fe. Ellos iban con sandalias de suela gruesa, pantalones hasta por debajo de la rodilla, camisetas dos o tres tallas más grandes de la correspondiente: eran los jóvenes que aprovechaban la mañana para destrozar las baldosas de la Diagonal ejecutando acrobacias con los *skates*. A veces llevaban gorra, con la visera en la nuca a modo de pantalla de legionario. Fatalmente, Daniel recordaba gestos de su hijo Joel, muerto de una sobredosis de heroína en las postrimerías de la adolescencia. Si bien aún apreciaba el lado cómico de las cosas, al mismo tiempo cada sueño era como un apéndice del dolor, sin remedio estoico. Desde el fallecimiento de Joel, reía sin alegría.

Parecía como si, de repente, la sensualidad del verano le hubiera sacado del letargo: la infancia y adolescencia de Daniel consistían en una sucesión de costumbres y pequeños cambios que empezaban el día del Corpus. Solían sacar del armario el vestido de la primera comunión y, tras la procesión, iban a tomarse el primer helado de la temporada en una granja de la calle Petritxol. El instante inaugural lo marcaba el momento en que las chicas salían a la calle en manga corta: eran pieles blancas, níveas, sin rayos UVA, y a la altura de la manga aparecía la marca de las vacunas, pequeño tatuaje de una época destinado a atajar la varicela o las grandes epidemias. Aquella marca de la vacuna generaba espasmos cardiacos y urgencias sexuales que los hombres resolvían como podían en la gran ciudad, con más demanda que oferta. Ellas iban cogidas del brazo, con las faldas plisadas, con la marca obscena de la vacuna cerca de la bocamanga.

Toda la precisión óptica del telescopio no alcanzaba para comprobar si todavía quedaban marcas de vacuna en los brazos de las muchachas que pasaban por las aceras de la Diagonal, escandalosas y descaradas. Daniel miraba, no pensaba.

Hacía sesenta y cinco años que el padre y la madre de Daniel se habían besado por vez primera, allí, en la Diagonal. Un año antes habían coincidido en una fonda fría y sombría de Pueblo Seco. Por motivos diferentes, ambos buscaban protección para sus familias y habían ido a parar a un sistema de estafetas más o menos vinculado a la Quinta Columna. La guerra no se acababa nunca. Coincidieron otras veces, con nombres falsos, entre las bambalinas de un *taxi-dancing*, camuflado en la Ronda de San Pablo, realizando funciones de distribución en el mercado negro. Los dos eran jóvenes y acarreaban la pesada carga de salvar a la familia de la depredación y la muerte, pero también eran maravillosamente inconscientes. Un día bailaron, en silencio, fumando a medias un cigarrillo de tabaco rubio. Enero, 1939. Las tropas de los cuerpos de ejército de Marruecos y Navarra entraban en Barcelona. A las cinco de la tarde los soldados avanzaban por la Diagonal. Los padres de Daniel se hallaban a uno y otro lado del desfile, en una ciudad con banderas blancas por doquier. Se vieron de lejos, se abrazaron en medio de la Diagonal y a punto estuvo de atropellarlos un carro de combate. Daniel nació poco después.

Un viejo corrector de la Editorial Marquet se asomó por la puerta. Era un caso único de existencia extremadamente desprovista de inteligencia, autor de un manual de modelos epistolares que, en virtud de un sistema inspirado en el arte combinatoria lulista, permitía escribir cartas de amor, de pésame o de petición de un

crédito que tenía un resultado inteligible: la seducción, la paz para los difuntos y un préstamo a interés bajísimo.

Daniel desconfiaba de los hombres que llevan todo un surtido de bolígrafos, lápices y plumas estilográficas en los bolsillos de la americana o de la camisa, y también de los hombres que siempre llevan encima una cinta métrica, como si después fueran capaces de sacar una brújula del bolsillo del chaleco al modo de quien lleva un compás pinzado en la oreja, donde los carpinteros llevaban antes un lápiz plano o, al salir de clase, nos colocábamos un cigarrillo Chesterfield. También solíamos llevar un peine en el bolsillo trasero de los pantalones, un peine que sobresalía un poco, como la culata de un revólver.

—«Ius ad bellum», «Ius in bello». ¿Comillas? ¿Signos de exclamación? ¿Cursiva? ¿Comillas dobles? ¿Negrilla? ¿Mayúsculas?

—¿Cómo? ¿Qué ha cambiado?

—El mundo… los siglos… la guerra.

—Pero ¿no le basta a usted con la cursiva?

—Hombre, bastarme, bastarme…

—Aquí, no es necesario que se lo diga, editamos libros, no grabamos a fuego los diez mandamientos.

—En realidad, pone ahí que los diez mandamientos se incluyen en dos.

—Para nosotros todavía son diez.

—Como usted guste, señor Marquet. Yo se lo preguntaba porque veo que soplan nuevos aires…

—Cursiva, señor mío, cursiva.

—Así pues, ¿no quiere que cambiemos la historia de la humanidad?

—¿Y qué provecho sacaríamos de hacerlo?

—En cualquier caso, sí, los días del pasado ya están contados.

—Esta es la idea en términos generales. Ahora, póngase a contar los días del futuro. En cursiva, siempre en cursiva.

La Editorial Marquet —o, mejor dicho, las editoriales de la familia Marquet— había empezado como todas, con una imprenta. Cuando sobraba tiempo entre encargo y encargo —mucho devocionario—, imprimían, por ejemplo, calendarios. Fue el primer éxito comercial de la editorial, ya a finales del siglo XIX. Después compraron maquinaria alemana nueva y pudieron publicar, con sello editorial propio, una *Enciclopedia geográfica de las Españas*. Entraron en el mercado hispanoamericano. El bisabuelo Marquet había fundado el negocio, tras iniciarse como aprendiz en una imprenta de la que después pasó a ser socio; se casó con la hija del dueño y fundó la editorial. Nunca quiso asociarse ni encargarse de la impresión de

un periódico o de un semanario, ni creyó conveniente hacer política. Eran dos garantías que, mucho después, el padre de Daniel no tomó en consideración. Como editorial, la mejor etapa había sido la del abuelo Marquet, antes de la guerra civil, al fundar una filial de literatura sentimental y suavemente sicalíptica que disfrutó de cierta demanda entre los dependientes de comercio en aquella Barcelona. Nominalmente, la Editorial Marquet continuaba con la línea devocional y enciclopédica, con prestigio como impresores de grabados. Los despachos de la editorial se hallaban junto al hangar de máquinas tipográficas, en Pueblo Seco. Una mampara que vibraba al ritmo de la maquinaria separaba a los cajistas de los correctores de pruebas, por fuerza expertos en latín. El contable y el abuelo Marquet se sentaban a la misma mesa. Era frecuente que los clientes salieran de la Editorial Marquet con alguna mancha de tinta en la manga.

Los anarcosindicalistas se incautaron de la empresa de los Marquet durante la Guerra Civil. Por fortuna, Los Marquet se convirtieron en los encargados, a fin de que las publicaciones anarquistas —vegetarianas, incendiarias o nudistas— salieran a su hora y bien editadas. Al finalizar la guerra, enseguida recuperaron la imprenta y la editorial. El padre de Daniel tuvo acceso a los cupos de papel y, a finales de los años cuarenta, decidió publicar un semanario, junto con unos socios de Madrid que le garantizaban cierta relación estable con el régimen de Franco. Mientras que el dinero seguía afluyendo por la edición de obra religiosa y geográfica, las pérdidas del semanario lo absorbían todo. El padre de Daniel se obstinó y los socios de Madrid le vendieron su parte. La competencia dominaba la distribución. De pequeño, Daniel había visto montañas y montañas de ejemplares sin distribuir, junto a la entrada de la imprenta.

Fue el primer traspié de los Marquet; el segundo lo vivió Daniel de cerca, cuando llegó la crisis americana. Por entonces la familia ya había vendido la imprenta y, finiquitado el semanario, comenzaba a respirar. Continuaba la Editorial Marquet, en un piso del Ensanche. Daniel se incorporó de lleno a mediados de los años sesenta. Comprendió entonces que provenía de una dinastía de buenos artesanos pero sin visión de futuro, respetados pero jamás imitados.

Cuando conjugaron la edición devocional y geográfica con una colección de humor, biografías y libros de viajes, la editorial se revitalizó, algo que constituyó la única compensación del padre de Daniel antes de fallecer, en 1978. La política de Daniel no podía ser sino la de ir tirando y no le iba mal, aunque sabía que no era lo bastante ambicioso. El mundo editorial entraba en la era de los

fascículos, de las grandes fusiones, de los adelantos astronómicos.

Aun en los instantes más sangrantes de la breve vida de su hijo Joel, Daniel pensaba que algún día —cuanto antes mejor— el vástago encajaría en la editorial y que, en remotas naves de polígonos industriales, un emporio de las artes gráficas iría imprimiendo los libros de la Editorial Marquet y otras naves almacenarían los libros ya impresos, a fin de que el distribuidor los hiciera llegar a las librerías. Los libros de la Editorial Marquet, en toda España y especialmente en Cataluña, tenían su hueco en las librerías, como alguien al que invitamos a casa y acaba formando parte de la familia. La muerte de Joel coincidió con una nueva fase expansiva del editor Lara. Daniel Marquet y José Manuel Lara padre almorzaron estofado de ciervo en el restaurante La Orotava. Se entendieron y decidieron ir a medias. Lara le daba autonomía de catálogo y de dirección editorial y se encargaba de la gestión. Después, Daniel siempre se mostró sorprendido de que hubiera resultado tan fácil llegar a un acuerdo, y planteaba diversas hipótesis sobre una incapacidad genética de los Marquet a la hora de competir o mantener una iniciativa. Habían trabajado mucho, pero en otro mundo, en un mundo donde lo que valía era la palabra, considerando los sistemas crediticios como un lastre y no como una oportunidad.

Finalmente, Lara hijo le compró también su parte. Daniel continuaba llevando su catálogo, y habían dejado el piso del Ensanche para trasladarse al edificio Planeta de la avenida Diagonal, por donde justo en aquel momento pasaba una multitud de mujeres jóvenes, recién salidas de un bloque de oficinas, dispuestas a almorzar, sobre todo si era carne humana.

Últimamente el dispositivo sonoro del buzón informático le avisaba de la llegada de correos electrónicos de los pocos amigos que le quedaban en el mundo editorial; ahí las prejubilaciones tenían el aire de las cosas que se comentan en voz baja, como si de una enfermedad venérea se tratase. Cada nuevo anuncio de prejubilaciones parecía el hachazo de un versículo bíblico que hablase de la noche final.

«Daniel: acaban de comunicarme que me prejubilan. Ya sabes, aprobamos los exámenes pero nos suspenden. No nos prejubilamos; nos prejubilan. De repente he pensado que no tenía ganas de hacer nada de lo que siempre había pensado que haría al jubilarme. Tengo sesenta años. Fácilmente puedo vivir veinte más. Entro en el purgatorio. Nada me atrae, ni la papiroflexia, ni la prostitución, ni leer obras completas. Y sé que mi mujer me espera en la puerta de casa, dispuesta ya a repartir las tareas domésticas. Seré el hombre

que regresa del súper con una lechuga asomando por la bolsa de plástico. Seré el hombre que compra cuadernos para escribir y no escribe, el hombre que mira a las chicas por la calle y no sabe qué decirles. Quién sabe si me convertiré en el amante de la cajera de un autoservicio, o si acabaré arrastrando los pies por una biblioteca masónica, o si aprenderé a jugar al ajedrez en un centro republicano. Hoy apenas soy nada, mañana no seré ya ni una dirección de e-mail. No se lo deseo ni a mi peor enemigo. Si algún día te llamo para quejarme, no me escuches, no me respondas. Déjame desaparecer, río abajo.»

Con el telescopio, Daniel repasaba los edificios de oficinas, a los ejecutivos que se hurgaban la nariz, a las secretarias congregadas en torno a la fuente de agua fría. Se daba una suerte de coreografía, y el decorado fundamental lo constituían las pantallas de los ordenadores, omnipresentes. Se detuvo un instante en la figura de un directivo que, en mangas de camisa, estaba con un brazo recostado en el cristal del ventanal, con la frente reposando sobre el antebrazo, como si sostuviera, al igual que un puente demasiado endeble para garantizar el paso de un convoy ferroviario, el paso de un gran pensamiento. El mundo virtual llega a una era de expansión, pero el mundo mental se empantana en una era de conflicto. Antes, un acto de auténtica voluntad consistía en estudiar gramática griega aprovechando los cambios de turno de la fábrica; ahora lo es comer la verdura sin sal. Pero, en virtud de algún tipo de sistema simiesco de transmisión de energías, el directivo tenía la otra mano en el bolsillo y se estaba tocando los huevos con morosidad, incluso con método. Era un gesto que había ido desapareciendo de la calle, incluso de la vida doméstica: el hombre que, de pie junto a la barra de un bar o en el recibidor de casa, sopesa sus testículos de forma plena y confesa. El ejecutivo lo hacía, abrumado quizá por el acto de pensar o por una visión infernal de la sociedad que veía pasar a los pies del edificio, doce pisos más abajo. Impagables perplejidades darwinistas: el pequeño rascacielos, el ejecutivo que espera un e-mail que le ha de llegar de Singapur y que, entretanto, sostiene con la yema de los dedos y la palma de la mano la estructura genital que le permite afirmarse en la masculinidad, en la supervivencia garantizada tras nacer del todo indefenso, sin saber caminar, volar ni hablar, a merced de las bestias depredadoras, sin ningún autocontrol muscular o neurológico. Aquel recién nacido lleno de mocos había dado paso al macho que, con una mano en los testículos y la mirada perdida en medio de la jungla urbana, aseguraba la continuidad de la especie, quién sabe si una hora antes de reunirse con una de las secretarias en el aparcamiento subterráneo y pasarle por el culo

rotundo la mano que en el despacho sostenía los huevos. Doce pisos entre la soledad reflexiva y la erección satisfactoria antes de almorzar en un restaurante pseudorrústico de Sant Joan Despí. Cada hora de una ciudad ofrece su lección de energía.

Otro correo electrónico para Daniel: «Daniel: sobre la inteligencia. Sí, estoy completamente convencido de que seremos cada vez más inteligentes. El intercambio de experiencias con quienes hayan visitado mundos virtuales nos ampliará la vida virtual, sin duda. La escuela, por supuesto, no tardará en desaparecer. Volvemos al hacer más que al saber. Llegamos al nuevo mundo de la neurociencia y el *software* humano. Pásalo».

El *software* político no había evolucionado tanto, si bien preservaba los instintos del carnicero patriota. A mediados del año 2004 la moda política era que las constituciones deben cambiar cada veinticinco años para adecuarse a las costumbres de las nuevas generaciones. En definitiva, Cataluña debía tener un nuevo estatuto de autonomía y España, una nueva constitución, por la razón de que, en veinticinco años —desde la Constitución de 1978—, habían cambiado los cuellos de camisa, porque a las costas del sur llegaban las pateras atestadas de magrebíes, o las adolescentes se colocaban un *piercing* en el ombligo o las familias cenaban una pizza ante el televisor. Que el razonamiento de adaptar una carta magna al crecimiento hormonal de una generación fuese un argumento superficial era una de las razones de que congeniase tan bien con la opinión pública de Barcelona.

Coincidía con la cultura de la gratificación instantánea —el *zapping*, el *self-service*, la *dark room*, el intercambio de parejas— que retiene, como todas las culturas por fáciles que sean, dosis devastadoras de insatisfacción. Comprar, consumir, derechos inalienables de la prosperidad que, al mismo tiempo, generan caras largas cuando la gente no puede comprar todo lo que quería o cuando comprar deviene un deseo cualitativamente superior a las cosas compradas. Entonces la masa transeúnte pone caras largas, de insurgencia sin necesidad de causas, de falta de respeto por toda norma. Pone cara de querer romper cristales.

Caras así pasaban al alcance del telescopio de Daniel. Antes de salir a comer, la secretaria le preguntó si quería algo. De hecho, más bien quería acabar de contarle su último viaje. Viajaba con su madre, antigua maestra de escuela, artrítica y enciclopédica. En todo el mundo —Nepal, Sri Lanka, Zimbabue— tomaban a madre e hija por lesbianas. La combinación del turismo cultural y el «viaje ahora, pague después» ha introducido la inmadurez de una inquietud que hace que los barceloneses deambulen por todo el mundo,

coleccionando incomodidades, llenando su casa de bisutería étnica y creyéndose universales. El caso de la secretaria de Daniel provenía de más allá, y más bien correspondía a una imitación de las viejas solteronas inglesas que conocían palmo a palmo los Alpes o tocaban con la punta del borceguí las aguas del lago Titicaca. Acaso también había vestigios de una vocación misionera. Habían paseado por los barrios más pobres de Calcuta, pero se sobresaltaban al ver a un *homeless* durmiendo entre cartones en el cajero automático del banco en la esquina de casa.

«Son pobres, sí, pero de una honestidad admirable», decía la secretaria refiriéndose a una minúscula república centroamericana, famosa por un elevadísimo grado de corrupción. La subordinada adversativa tenía la virtud de ilustrar cómo es posible viajar sin percatarse de nada, según el modelo de los que iban a la Unión Soviética y volvían diciendo que era el mejor de los mundos posibles. «El desierto es como la eternidad», había dicho después de ir al Atlas. «Es una ciudad sin alma», afirmó de Nueva York. En Singapur, a madre e hija les había parecido todo muy limpio. Visitaron el antiguo presidio de Nelson Mandela y comentaron que aquello era el Vaticano de la libertad. Barcelona es como una inmensa agencia de viajes hecha a medida de la miopía sentimental.

2

Vista desde una gran altura, la composición de Viluma y contornos tenía el aspecto de la tumba de un guerrero, con las rodillas y las manos perfilándose bajo la tierra. Parecía una tumba erosionada por las lluvias y amansada por el verdor, y el brillo de las aguas del pantano evocaba un escudo de acero ondulado por las brisas, como si reprodujera las rugosidades del metal tras mil batallas. Era como un fragor silenciado, congelado por los siglos.

Para Daniel, los fines de semana en Viluma, en la masía de Viluma, eran una pequeña patria. Era uno de sus fundadores, junto con Ventura Dols, Marcel Petrus y Amadeu Prat, amigos desde que cursaran juntos el Bachillerato Superior en el internado Docere de los Padres Congregacionistas. Formaban parte orgánica de aquella patria las sucesivas esposas o amantes de los fundadores, así como la segunda y tercera generaciones. La mayor aportación demográfica correspondía a las cinco chicas Prat, las hijas de Amadeu, todas bautizadas con un nombre que comenzaba por *e*: Eulàlia —Lali—, Emília —Emi—, Elena —Lena—, Elisenda —Eli—, Esperança —Espe —. Si se sumaban los hijos propios y los hijos de cónyuges de antiguos matrimonios, la tercera generación de Viluma ascendía a diecisiete miembros, todos de la dinastía Prat, puesto que el hijo de Marcel era estéril, el hijo de Ventura no quería tener descendencia y Joel, el hijo de Daniel, ya había muerto, demasiado joven.

Era el fin de semana después de la victoria del PSOE de Rodríguez Zapatero, cuando se estaba todavía en pleno recuento de los fallecidos en el atentado de Madrid. Los fundadores de Viluma eran todos del Barça, un poco catalanistas *ma non troppo* y un poco socialistas —por aquello del antifranquismo—, incluso Amadeu Prat, político en activo de Convergència i Unió. Por regla general, podían dedicar tres cuartos de hora a comentar un gol histórico de Cruyff, pero la política les interesaba cada vez menos. Iban a llegar a Viluma entre la noche del viernes y la mañana del sábado. De repente, el pequeño valle de la comarca del Tarragonès se llenaba de niños, de torbellinos de energía humana, a una distancia positiva de la vida de Barcelona. La sabia y discreta expansión arquitectónica de la masía de Viluma permitía ir absorbiendo generaciones e incluso a invitados intempestivos. Daniel había llegado el primero, el viernes a última hora de la tarde, con Júlia. Después llegaron juntos Ventura Dols y Amadeu Prat en un coche y las dos mujeres —Nani y Marina—, en otro. A partir de la mañana del sábado fueron desembarcando las

chicas Prat: Lali, la madraza; Emi, ex cleptómana, amancebada ese fin de semana con un profesor de expresión corporal; Lena, latitud de Lesbos; Eli, casada con Lolo, a punto de adoptar a una niña china; y Espe, recién emparejada con un jugador de waterpolo olímpico. Un día u otro, todas las chicas Prat se habían marchado de casa y, poco después, habían regresado a ella, insurrectas como siempre y más tribales que nunca. Las cinco tenían un corazón enorme. Aquel fin de semana fue el hijo de Ventura Dols quien llegó el último, *okupa* del barrio de Gracia entre semana y terrateniente utópico de Viluma los fines de semana. Todos sabían de antemano que ese fin de semana Marcel Petrus no iría a Viluma. Margot, su esposa, habitualmente muy habladora, respondía al teléfono con monosílabos, distante, azorada.

Viluma era un valle casi imperceptible, una pequeña llanura parapetada a norte y sur por largas hileras de cipreses. Tenía un microclima poco mediterráneo, adscrito a la afluencia del viejo río Gaià. Se trataba de tierra húmeda y mullida. Tres pozos poderosos irrigaban el suelo fértil que los padres fundadores de Viluma habían comprado muy poco después de que las aguas del Gaià empezaran a ser retenidas por el pantano, cuya construcción finalizó en 1975. La llegada de los cuatro fundadores a Viluma, las discusiones sobre la compra de las tierras, el porcentaje de distribución, la trama legal que urdieron y la estrategia para conseguir un buen precio eran algunos de los mitos recurrentes de Viluma, aunque el brillo de nostalgia en los ojos y la pasión de los fundadores cuando lo explicaban por enésima vez eran causa de tedio entre las generaciones posteriores. No obstante, lo que sí había era una constante unanimidad en torno al relato, nadie introducía rectificaciones de peso, y tal vez fuera la pulcritud de la operación —y, ciertamente, la pulcritud del reparto— lo que había permitido que Viluma perdurase durante años y años.

El entramado rural de Viluma era un conjunto noble, con ese toque de majestuosidad que una tradición arquitectónica bien arraigada consigue por encima de la inteligencia individual. El cobijo y el refugio urgentes obtenían una forma en absoluto heroica, doméstica, pero sacra, como un templo de la vida, humeante de estiércol en el establo, con los perros adormilados junto a la chimenea. Era un equilibrio elemental, si bien no primario: cada fragmento de la materia ocupaba su lugar insustituible, pieza a pieza, como una especie de mancomunidad orgánica con la tierra y el pasado. Lo demostraban los cuerpos arquitectónicos añadidos en época remota a la masía primigenia construida en el vergel de Viluma, entre las tierras sinuosas de la Cataluña seca. Al final,

además de la masovería, la masía añadía dos casas gemelas, de doble fachada, al conglomerado de viviendas que los compradores de Barcelona se repartieron. Las puertas de arco dovelado se mantenían indemnes cuando se efectuó la compra. Reconstruyeron paredes, reforzaron vigas, arreglaron los tejados y cubiertas a cuatro vientos. La última incorporación, a medida que nacían nuevas generaciones en Viluma, había consistido en complementar el sistema de viviendas con el pajar amplio, que contaba con un patio de losas grandes.

Pese a la cercanía de otros pueblos, Altafulla fue desde el principio la referencia principal de Viluma. Hacían la compra semanal en Altafulla, iban a las fiestas de Altafulla, allí adquirían la prensa y el tabaco, y llevaban a las visitas al punto más elevado de la colina, para contemplar el mar y las antiguas fortificaciones. Entre Viluma y Altafulla hacían como que ignoraban el paisaje a menudo seco, el exceso de pinos, la tierra blanquecina. Eran características de excepción, anómalas, en contraposición a la feracidad de la pequeña llanura hundida de Viluma y la ciudad noble que señorea ante el mar. Por imperativos de la armonía, todo lo que no fuera Viluma o Altafulla correspondía a una inmensa viña, ubérrima y limpia, nada polvorienta, ordenada por un juicio ancestral y salpicada de pequeñas casas blancas de viñero. Que el Gaià fuese tan solo un hilo de agua no alteraba la geografía imaginaria de los fundadores de Viluma, ni la fealdad de algunas urbanizaciones nuevas de la comarca desmentía esa primera mirada que les hubiera podido hacer pensar en el orden rico de la buena pintura neoclásica.

Júlia llamó a Daniel desde el baño, corrió la cortina y, toda enjabonada, le mostró el pubis. Tenía el triángulo púbico recortado en forma de corazón y se lo había teñido de color butano. «Es para ti», dijo, con los ojos entrecerrados bajo el agua. Estas cosas, o bien nos hacen sentir ridículos, o bien nos aceleran el corazón. Era un regalo regio, sin esperar nada a cambio, todo lo contrario a un equilibrio conyugal. Por un instante, Daniel pensó que podría aprender a envejecer y envejecer con Júlia a su lado. Verse envejecer y aprender a envejecer, sin sentirse ya rodeado por los olores del cuerpo anciano, sin las lagunas de la memoria, creerse moderadamente ágil y limpio.

Al mismo tiempo, el amor no es más que un cortocircuito neuroquímico si no le procuramos duración, longevidad y acaso humildad. Cuando el deseo encuentra una meta más allá del sexo y de la novedad, la textura del amor serena los rostros y las miradas, se encamina hacia una forma de belleza que los salvajes negarían. Grandezas pequeñas pero no efímeras: desnudarse rápidamente y

acuclillarse bajo la ducha para besar un pubis en forma de corazón mientras ella te enjabona la cabeza con la yema de los dedos.

¿Cómo y por qué se habían conocido Júlia y Daniel? La edad de Daniel triplicaba la de Júlia, y seguramente se habían conocido fruto de una contingencia vital interpretable, según el romanticismo de cada alma, como una fatalidad. Ella hacía prácticas de higienista dental y él, cliente de la casa, no sabía ya muy bien qué dientes eran o no suyos. La primera vez conversaron sobre eso, después coincidieron a la salida de la clínica dental. Notar en el costado la presión de la pelvis de Júlia había excitado a Daniel, sentado en la silla de la consulta, mientras ella acababa de limpiarle la dentadura con un cepillo ultraelectrónico y crema con gusto a fresa. De eso hacía solamente tres meses, pero Júlia, desde el primer fin de semana, se había adaptado con suma discreción al chismorreo permanente de Viluma. He aquí que Daniel había vuelto a encontrar otro retazo de amor en el círculo de la vida tras años de dolor por la muerte de su hijo Joel.

Nunca le habían interesado demasiado las mujeres que explican una y otra vez sus vivencias, pero Júlia era un caso particular: dormía con su Teddy Bear a mano y relataba sus tiempos de adolescencia como si fueran los de otra. Decía: «Me gustaban las palabras con muchas *a* y que empiezan por *car*: carámbano, cara, carca, caricatura, caravana, carcasa. Buscaba otras en el diccionario y en las enciclopedias: carpa, cartapacio, carcamal, carajo, carpanta, carapato, cardar, carlanca».

Callaba un rato y acto seguido, sin apenas ilación, podía explicar que había estado enamorada de un profesor de geografía que fumaba pipa y que llevaba coderas de cuero en la americana.

Daniel la interrogaba sobre aspectos sexuales: no exactamente con quién y cuándo, sino cómo y por qué. Las respuestas podían ser chocantes. Por ejemplo. La pasión preadolescente por el profesor de geografía la había llevado a afeitarse la pelusa del pubis y de las axilas a fin de que le creciese más vigorosa. Y desde entonces el olor a tabaco de pipa le producía una palpitación en el corazón, siempre intensa, como si le diera un vuelco. También había estado enamorada de un primo segundo que quería enrolarse en el cuerpo de paracaidistas, y ella, de manera anónima, le enviaba al campo de instrucción recortes de revistas eróticas o, mejor dicho, recortes de recortes, como si lo indujese al fetichismo: ahora recortaba un pecho, después unas rodillas que le parecían provocativas, otras veces era la pantorrilla de una pierna o la mitad de un culo altivo. Pensaba que, así, su primo se imaginaría otras cosas y que quizá incluso pensaría en ella y la tendría bien presente cuando se

masturbarse.

—Cuando volvió del ejército no le hubiera conocido. De hecho, lo había ido olvidando muy fácilmente. Debía de ser un amor de segunda o de tercera. Creo que al final acabó como profesor de gimnasia. Aún debe de explicarles a los amigos que alguien le enviaba recortes pornos.

—Y el profesor, ¿era un amor de primera o de segunda?

—preguntaba Daniel.

—Ahora ya no lo sé, y eso supongo que significa que no era de primera. Un día pegué con celo un cabello en una hoja de papel en la que escribí: «Aquí tienes un pelo de mi conejito», y se lo dejé encima de la mesa del aula, dentro de un sobre. Lo abrió y se quedó un buen rato con la mirada gacha, rojo como un tomate. Rompió en pedazos el papel y el sobre y lo tiró todo a la papelera, sin levantar la vista. Recuerdo que me dio mucho miedo, porque yo todavía no tenía pelos en el pubis y no sabía nada de los hombres.

Daniel la escuchaba embelesado. Fundamentalmente, él recordaba la infancia y la adolescencia sin matices, como una brutalidad, sin prestarle atención a nada salvo a la propia animalidad. Júlia continuaba:

—Durante una época pensaba que los hombres eran monstruos capaces de todo y después me daba por suponer que una mujer podía conseguir lo que quisiera de cualquier hombre. En casa me echaba encima todos los perfumes de mi madre y al día siguiente… quería hacerme monja. Soñé mil veces con el día en que llevaría sostenes, y después quería dejar de crecer, que la vida no fuese nada inesperado… nada al margen de la infancia. Ya ves, era una chica vulgar.

Nunca explicaba cómo había perdido la virginidad, pero la cosa estaba entre un vecino que le hizo creer que era escritor y que necesitaba experiencias vitales, y un tío joven que la había invitado a un concierto de jazz en el Palau de la Música. En cualquier caso, había sucedido en la parte trasera de un coche, acoplados como un acordeón, Isolda y Tristán sin una mala espada que los separase, como no fuera el freno de mano.

La sagrada vida sedentaria, la tendencia a beber un poco más de la cuenta y también la pereza habían llevado a Daniel, aconsejado por amigos que lo iban pregonando como la gran buena nueva, a probar la Viagra. No estaba descontento. Júlia tampoco. Llevaba el pelo muy corto y teñido de un tono dorado que dejaba a la vista un cuello un tanto arrogante, una forma más desnuda de mover la cabeza, como de pájaro inquisitorial. En la cama, toda ella pelvis ancha, acogía felizmente a los náufragos, casi siempre después de la

siesta, antes de que llegara alguna visita, y se duchaban largo y tendido en una veneración epidérmica milimétrica.

Júlia estaba en la bañera. Escuchaba música. Allí podía pasarse horas, ausente. Para Daniel, era el momento más propicio para leer las anotaciones que ella había escrito en su diario. Era un diario extensísimo, iniciado en la adolescencia. Daniel se lo solía leer con fruición clandestina. Sobre todo le gustaban —le excitaban— los detalles que Júlia destacaba y que a él le habían pasado por alto. Después había anotaciones semitrágicas, cómo era la vida según Júlia. «D. nunca comprenderá mi fidelidad porque nunca ha amado. Si me amase me dolerían más sus infidelidades, pero yo creo en el amor», había escrito Júlia sobre el fin de semana anterior. Daniel recordaba dos días completamente caseros, sin indicio alguno de tragedia. «Nunca podré acostumbrarme a la idea de ser más joven que D., de no estar a la altura de su experiencia, hasta el punto de que me he cortado un dedo con el abrelatas. Me ha chupado la sangre del dedo, pero estaba claro que pensaba en otra cosa».

Por otro lado, Júlia llevaba un registro muy minucioso de los efectos de la Viagra en la relación sexual con Daniel. Paradójicamente, a Daniel le excitaba saber que ella tomaba nota mental de todos los procesos, del ritmo y de la cronología, así como de la intensidad. Daniel no podía negar que la Viagra le había proporcionado nueva energía e incluso entusiasmo, pero, según el diario, parecía que fuese ella a quien más le iba en ello; como si fuera ella la que necesitaba la Viagra.

El pájaro de la noche que todo lo ve sobrevolaba Viluma y divisaba bajo los tejados el batiburrillo de cuerpos humanos en las camas de la vieja masía y sus alrededores, los cuerpos de los fundadores de Viluma, de esposas y amantes, hijos e hijas, nietos y nietas. Amadeu Prat, por ejemplo, dormía en posición fetal, y su mujer, Marina Almira —la habitante más inteligente de Viluma—, mantenía el cuerpo en posición cóncava, como para acoger a esa otra figura acurrucada en su interior. Ventura Dols estaba desvelado y pensaba en un retrato de encargo que estaba pintando; no sabía cómo pintar las manos, la personalidad propia de cada dedo. Su mujer, Nani Álvaro, dormía, siempre tímida y la más hermosa de Viluma, la más eléctrica, perfecta en la armonía de cuerpo y alma. De las cinco hijas de Amadeu Prat, Lali dormía con el pelo escarolado, la cabeza bien recta en la almohada, con camiseta azul y sin bragas; Emi, la ex cleptómana, dormía con pijama de pantalón corto y se chupaba el pulgar, con un brazo estirado hacia arriba que oscilaba pero nunca chocaba con el despertador; Lena, hiperactiva y lesbiana, compartiendo cama con una amiga con galería de arte en

el paseo del Borne, dormía desnuda, de toda la vida, mayestática, como un gran gandul que por la mañana se levanta y se rasca la espalda con el dintel de la puerta, como un oso; Eli y Lolo, su marido, permanecían eternamente abrazados, a la espera de un hijo; Espe Prat soñaba en voz alta y golpeaba con los pies a su nuevo amante, el jugador de waterpolo olímpico. De entre los de la tercera generación, un niño enfermizo dormía aferrado a la almohada, como los náufragos que llegan a la playa abrazados a un pecio que no los salvó. Y Júlia, acomodada en diagonal con el insomne Daniel, tenía los pies sucios de la tierra del jardín y levantaba un poco la pelvis, de tal modo que, en medio de la oscuridad, el pájaro de la noche le veía todo el pelo del pubis recortado en forma de corazón y teñido de color butano.

La gran lasitud de la hora fraguaba traiciones y tumores malignos, malentendidos irreversibles o un miedo apocalíptico que, fruto de un sueño extremo, de día parecería consecuencia de un temor a la proliferación nuclear o a la devastación natural. Gran parque temático de la noche, de cuerpos que digieren libros, adioses, desobediencias endémicas. La sombra y la claridad batallaban, en el exterior de las casas, del mismo modo que los cuerpos adoptaban posiciones en la cama, daban vueltas sobre los colchones y, a puntapiés, se quitaban de encima las sábanas. Impúdica nobleza de los cuerpos vistos de improviso por el pájaro de la noche, friso subordinado a los automatismos oníricos, a una sumisión sagrada a la par que caótica.

Toda Viluma —la masía y sus anexos— se convertía en el escenario del largo *travelling* del pájaro de la noche que todo lo ve. Resuellos, ronquidos profundos, la respiración imperceptible de una sana fatiga: los fundadores de Viluma, por privilegio casi patriarcal, eran viejos conocidos del pájaro de la noche.

Prat era uno de esos hombres que, por debilidad o por carecer de sentido del ridículo, en tres o cuatro ocasiones a lo largo de la vida miran a una mujer a los ojos y le dicen: «No puedo imaginar mi vida sin ti». Y, de hecho, en el preciso instante de decirlo, no hacen más que imaginarse la vida mucho más libre y flexible sin el lastre de esa mujer que baja la mirada y no se sabe muy bien qué piensa: quizás adora, tal vez recela, seguramente hace caso omiso porque no es la primera vez que se lo dicen, y porque también sabe imaginarse un mundo sin ese hombre que la ha mirado por un instante a los ojos. Por supuesto que hay mujeres que se lo creen: en general tienen vocación de desgracia, ineluctable y llorosa. Prat olvidaba con facilidad las promesas, ya fueran amorosas o políticas. Bastaba con ponerse bajo la ducha y todo resbalaba piel abajo, hacia el desagüe

de la bañera, arremolinando palabras y promesas con la espuma del gel de baño. Por entonces quizá ya se había imaginado dos o tres vidas sin esa mujer que se peinaba ante el espejo. Vidas con otras mujeres, vidas estrictamente domésticas y sin aventuras, una vida a salvo de los azares, entre hijos, nietos y una esposa legítima. En gran parte, Viluma encarnaba esa ilusión: monogamia los fines de semana y promiscuidad de lunes a viernes, con concejalas o diputadas del partido que fuese, asesoras municipales, amigas de amigas. No era exactamente un adúltero. Era exactamente esto, un hombre capaz de decir «No puedo imaginar mi vida sin ti» en el momento de ponerse los calcetines, en un apartamento por horas, pensando al mismo tiempo que, sin esa mujer en concreto, su vida sería mucho mejor, más rica, más estable, más feliz. De Prat podemos decir que estaba insatisfecho por puro gusto. Hubiera deseado un mundo repleto de amigas sin exigencias, siempre predispuestas, nunca quejumbrosas, todo bien ordenado, jerárquico, como la sillería catedralicia, con un trono de excepción para su mujer legítima e intransferible, reina de los fines de semana tras las dulces derrotas que se suceden de lunes a viernes.

En el fondo, el mayor obstáculo con vistas a ser un político de verdad es que tenía demasiado en cuenta los razonamientos de todo el mundo. Su gran defecto era quizá escuchar en exceso. Además, en política había tenido mala suerte: adorar el poder y no tener en absoluto. Tal vez le faltaba un punto de resolución obtusa, frontal, o una dosis mayor aún de duplicidad, de naturaleza sinuosa, de perspicacia.

El fracaso —o la falta de éxito, de oportunidades— no lo había vuelto agrio con los demás, ni siquiera con los enemigos de su propio partido. En el fondo, sabía que la jubilación política de Jordi Pujol era también la suya propia, aunque perteneciese a una generación algo posterior. En el terreno de la política, le exasperaban los irrealistas, los militantes de su partido y las organizaciones juveniles de cualquier formación política, en especial la de la suya. Bajo una madurez bien llevada, vistosa incluso, se ocultaba una inseguridad de grandes proporciones.

Cuando pintaba, Ventura Dols, día sí, día no, sentía en la punta dócil del pincel el peso de una gota dorada de la gran música noble y la posaba sobre la tela, en forma de teja de casa, de pico de ave, de mirada de niño, de perla en el cuello de una mujer. Día tras día, una pila de cedés le salvaban la vida. No hubiera sabido cómo explicarlo, pero su música predilecta era la desprovista de ego y, al mismo tiempo, apreciaba las potencias de la personalidad tonal. De repente, la música conducía el pincel a la precisión de un rizo de cabellos

rubios o de un cielo argénteo. Un huerto sacro quedaba lleno de naranjos, el meandro de un río reflejaba el sol naciente o un cuello grácil se asomaba por una pequeña ventana. Y la pintura de Ventura Dols, sin nadie saberlo, ni siquiera sus mejores clientes, iba sedimentando gracia y ligereza hasta el punto de que ya poseía solemnidad y *gravitas*.

«Sí, la música es la expresión máxima de los seres humanos, pero ¿la expresión de qué?» Cuando el totalitarismo de la pintura abstracta se apoderó de Barcelona, Dols regresó a la senda de la figuración, de representar y presentar objetos, cuerpos y paisajes. Fue un giro del todo inoportuno, pero en él halló la gracia de vivir.

Era el contemplativo de Viluma, en silencio por temporadas. No obstante, cuando atravesaba por una etapa pletórica y expresiva, era quien más proponía tipologías y observaciones sobre la existencia humana. Buscaba a menudo la correlación entre la constitución física y la personalidad, entre cuerpo humano y carácter. Conocía los grupos físicamente constitucionales, consciente de hasta qué extremo son propensos a ramificarse y encontrar matices contrapuestos. Los tres puntos de partida eran el asténico flaco y alto, el atlético musculoso y el pícnico rotundo, de baja estatura. Por poner un ejemplo, los asténicos eran más proclives a la esquizofrenia, mientras que los pícnicos tenían sin duda tendencia a los desórdenes maniacodepresivos. Según añadía Ventura, el punto más débil de una tipología tan clásica consistía en generalizar a partir de unas personalidades asténicas que eran más jóvenes que las pícnicas, de forma que la propensión esquizofrénica o maniacodepresiva podía tener más que ver con la edad del paciente que con la constitución física. Por eso tenía a mano otras clasificaciones. Por ejemplo, tres categorías de constitución física —endomorfa, mesomorfa y ectomorfa— que correspondían a tres tipos de temperamento: viscerotónico, somatatónico y cerebrotónico. Dols recitaba las clasificaciones y después se ponía a reír, como un niño.

Dols también afirmaba que le atraía más dormir que copular. Había mayor variedad y combinatoria en la vida onírica que en la vida sexual. Sostenía que los celos son un comportamiento inútil, porque si es cierto que te engañan no hay nada que hacer, y si no es verdad, no es preciso hacer nada. Sin embargo, los amigos de Ventura sabían que había tenido sucesivas amantes y todas ellas muy bellas, antes incluso de convertirse en retratista y contar con una clientela de mujeres muy atractivas y ociosas, predispuestas a largas sesiones de pose para el pintor y a fumar un cigarrillo en la cama. Precisamente, lo que más intrigaba a los amigos era cómo podía seducir tanto si apenas abría la boca. Tampoco hablaba del

sexo ni del amor, a no ser para despreciarlos como actividades inferiores, como acciones vulgares. Había llegado a mostrarse tan contrario a la trasgresión como forma estética que consideraba la publicidad del orgasmo una debilidad mental. «Odio la promiscuidad», solía decir, pero a la vez observaba, divertido, el trajín amoroso de las chicas Prat. Nani, su mujer, Nani Álvaro, era su mejor amiga.

Marcel Petrus, ausente aquella noche de Viluma, era un sensual que siempre había pagado por todos sus placeres. La esposa, Margot, era una organizadora, siempre dando órdenes, lenguaraz, jovial. Él, financiero de vestuario de lujo, era incapaz de pensar en algo que no fuera el instante presente. Cuando estudiaban en la universidad, Marcel había vivido una aventura amorosa con una actriz de teatro. Pertenecía a la generación que daba sus primeros pasos en los escenarios. Participaba en los montajes teatrales en la Cúpula del Coliseum y hablaba a todas horas de una fe ciega en la teoría brechtiana. A veces actuaba en piezas más comerciales. Una noche, Marcel se llevó a los amigos al camerino de la actriz, en un teatro del Paralelo. La intensidad del perfume aturdía los sentidos. Quedaron muy impresionados. Después supieron que la muchacha era una prostituta de alta cotización y que Marcel pagaba. «Naturalmente, estas cosas nunca son gratis», dijo Marcel, un tanto exasperado ante la mirada inquisitiva de los amigos.

Claro, siempre sabemos lo que iba a acontecer, pero cuando ya ha ocurrido. De repente, todos hacía tiempo que tenían la certeza de que Marcel acabaría mal. «Últimamente veía que, fuera lo que fuese, no saldría adelante. Lo llevaba escrito en la cara»; «Era una herida abierta, y yo ya veía que nunca le cicatrizaría, que no se cerraría: el pasado, la familia, la genética»; «Bajo las apariencias, veíamos que algo le iría mal», etcétera. Muy al contrario, Marcel siempre había tenido las apariencias a su favor, casi todas. Ni siquiera le hacía falta aparentar voluntad porque era obvio que no le faltaba: todo él parecía destinado a ser feliz, a complacer a los otros, a triunfar con moderación, con maneras, porque pertenecía a la generación que no debe luchar sino consolidar. Todo le venía por propensión natural y ni siquiera había tenido que recurrir nunca al escepticismo. Todos los que ahora habían previsto su derrota, antes hubieran mantenido que Marcel moriría feliz, tras una vida de sacar el mejor jugo a las cosas.

Por la noche, mientras tomaban una copa, las cejas de Rodríguez Zapatero —el acento circunflejo— llevaron a la broma benévola. «Pero ¿quién es, de dónde viene, qué quiere?», preguntó Prat buscando un contraste teatral. Al final, unas fotografías del

matrimonio Zapatero de cuando eran jóvenes merecieron más comentarios que el cambio político. Parecían dos cuerpos elásticos y alegres, justo después de un acto de pasión. Irradiaban algo fugazmente kennediano, dijo Nani. «¿Un nuevo Camelot?» Júlia escuchaba un poco espantada. Prat vinculaba el kennedismo biológico de Zapatero con la edad provecta de Pasqual Maragall. Bebían aguardiente de manzana, pera y melocotón.

Todas las noches del mundo, siempre hay un hombre insomne, en su cama, que fuma y lo sabe todo. Algunas madrugadas de desvelo ponen a nuestro alcance todo el ciclo de la vida y la naturaleza, por si quisiéramos asomarnos por la ventana y contemplar toda la simultaneidad universal de glaciares, terremotos, migraciones y huracanes que alcanzan el límite. Era antes del alba. Reinaba un silencio de franjas preluminosas, un cielo a punto de la pajarería. Un hombre invisible labraba la tierra virgen, hacía correr el agua por las acequias, canturreaba himnos, rehacía la vida caótica del pensamiento primero, cuando todo comienza de nuevo antes del batir de alas inicial. Daniel miraba el techo de la habitación y era el hombre gloriosamente anónimo que, por una fracción de segundo, cree colaborar en la génesis del mundo de cada día. Oía murmullos babélicos, como los de un pueblo extraviado que pone en marcha con entusiasmo la primera fase de un éxodo que no tendrá fin. Hubiera visto pasar a esa gente entre los árboles de Viluma, sombra masiva de un destino sin remedio. Venían de la larga oscuridad, del día sin sol. Y, a la vez, el Daniel insomne, situado cerca del borde de la cama, formando ángulo con el cuerpo siempre en diagonal de Júlia, era el vigía de la gente de Viluma, cuerpos durmientes en forma casualmente simétrica.

El sábado por la mañana, toda Viluma quedó interconectada por la alegría. Eli Prat y su marido Lolo habían llegado de Barcelona con el fax de la embajada de China. Era la fotografía de la niña que podía ser su hija adoptiva. El fax pasó de mano en mano y, aunque todos lo pensaban, nadie comentó, ni siquiera en privado, que el corrimiento de las tintas hacía inidentificable ese rostro humano. Pero aquella mancha sin ojos ni perfil en el papel del fax del despacho de arquitectos interioristas de Lolo correspondía a una extraña mnemotecnia de la felicidad. Al querer ser padres, Eli y Lolo habían sufrido más que nadie. Más que el hecho de que, de todas las Prat, Eli fuese la única que mantenía incólume el primer matrimonio, si el fax de la embajada china le permitía recuperar la técnica para recordar la felicidad o preverla, como quien se detiene en la cima de una colina y ve un prado inmenso donde por el momento solo hay hierba incipiente y un angosto curso de agua, era

a todas luces porque casi toda su vida era una prueba de valor a favor de la vida y en contra de la muerte.

La gente de Viluma bien que lo sabía, porque Eli había sido la protagonista de los días más tristes. Recién casada con Lolo, Eli quedó preñada enseguida. Personificaba la fecundidad. Paseaba las magnitudes de mujer grávida con una gracia atávica y luminosa. Fue un embarazo radiante, como una floración propia de Viluma, de la tierra férvida de un mundo ajeno a la tragedia y al dolor. Parecía desprender un polen de fertilizaciones vastas y prolíficas. Fueron los nueve meses de Eli, de la Eli por un lado mimada y, por otro, madre de todos, madraza que precedía un desfile de generaciones, la mutación sacra de un reflejo de continuidad de la especie en una figura humana que iba tomando cuerpo en el vientre de Eli, los párpados, los codos, el ombligo, los dedos de los pies y la sístole y la diástole de un feto que, transportado en el vientre de la chica Prat, iba y venía de Barcelona, tomaba el ascensor, dormía de lado y contribuía a la supervivencia demográfica de Europa.

Versión de Amadeu Prat: «Ese primer embarazo era, ¿cómo decirlo?, numismático, dorado. No está bien que lo diga, pero hablemos de ello entre nosotros: el embarazo la hizo mujer del todo, la esponjó y a la vez la fortaleció».

Nunca se había sentido tan dichoso de una de sus hijas. Eli. Bendita Eli. Hasta el esqueleto se reforzó. De la mirada, ni hablemos: cada pequeña etapa del embarazo era toda una época de la historia de la pintura, según Ventura Dols.

Fueron unos meses largos, ubérrimos, felicísimos. Parecía que Eli pisara siempre pétalos, maíz maduro, esencias. Al fin llegó el niño. La primera vez que los padres lo llevaron a Viluma fue como rememorar la noche de Navidad, los pastorcillos y los Reyes Magos, la fulguración benigna de la luna, el movimiento de los astros, en conexión con el fruto del vientre de Eli, cada vez que movía las manitas o miraba hacia arriba.

Los ojos le fueron mudando de color y el pelo se le oscureció antes de morir de meningitis, tres meses después de nacer. El dolor de Eli y Lolo detuvo el tiempo, toda reflexión posible de la especie humana, en un retazo de tierra fulminada, de vida arrancada a la vida. Eli callaba, se sentaba en una butaca y pasaba horas y horas con un cojín abrazado sobre el vientre. A Lolo el sufrimiento le causó un eccema que le cubría todo el lado derecho de la cara, como una media máscara. No podía hablar, ni calmarse, ni consolarse. Notaban cómo el padecimiento del alma les viajaba por el sistema nervioso, como una adrenalina muerta, como una lava que mata y no vive.

Amadeu Prat: «Por su bien hice que se sintieran en la obligación de asistir a la ceremonia fúnebre del niño. Cada uno creía tener la culpa de todo y quería liberar al otro de tanto pesar. Cada uno por su lado hablaron de separarse a fin de que el otro volviese a vivir, a comenzar, a buscar una nueva vida. Estas situaciones se vuelven larguísimas... inacabables. Mirad, yo creo que son algo así como procesos vegetales, como la relación entre las plantas y la luz del sol. El dolor y la desgracia rompen este vínculo y... no sé muy bien cómo decirlo... debe pasar el tiempo para que, como por azar, un rayo de luz vuelva a conectar la planta con la vida. Así ocurrió un buen día, y todos regresamos a la vida».

El segundo embarazo de Eli fue más sigiloso. Antes de que hubiera pasado un año de la muerte del primer bebé, la noticia de ese segundo embarazo fue como algo no verbalizado, críptico, declarado, en todo caso, en términos alusivos. Las referencias al embarazo eran como si hablasen de la salud de Eli, de la salud en general. «¿Cómo le va a Eli Prat?» «¿Cómo anda lo de la chica Prat?» «Aquello» germinaba en su vientre, imprevisible y pungente. Los médicos afirmaban que todo iba sobre ruedas. Tras los primeros meses ya lo decían todo. «Eli está mejor que nunca.» «Qué suerte que Eli y Lolo ahora, después de aquello...» Ella había recuperado en parte la lozanía del primer embarazo. El eccema de Lolo había ido retrocediendo, pero la mirada de Eli denotaba cierto temor; unos ojos abiertos de par en par por el dolor habían ido amansándose, un poco tristes, desenfocados por el ansia de la maternidad plena.

Llegados al quinto mes, un fin de semana en Viluma, Lolo se llevó a Eli al servicio de urgencias de Tarragona. Abortó. Pasaron una noche infinita, de anestésicos y sueños crueles. Habían tocado fondo. Veían su destino compilado en la húmeda y oscura incompletitud de un feto, en vida mal hecha, en el fracaso del amor y de la especie. Sentían una culpa enorme. Y tan injusta, tan innecesaria, que parecía que el techo de la habitación del hospital estuviese a punto de caerles encima por la presión de todo un océano de aguas enturbiadas. Eli estaba desgarrada de arriba abajo, sedada, y al mismo tiempo tocaba con la punta del dedo un magma infernal, un protoplasma de ángeles malignos, pezuñas afiladas, barbas cabrunas, remolinos pavorosos del *sabbat,* grandes hostias negras.

Lolo se miró en el espejo del lavabo, con todo el cabello repentinamente cano y abatido. No podía dormir y oía la respiración espesa y arrítmica de Eli en la cama, y lo consideraba un reproche del que ya nunca más podría librarse. Nada de bueno podía hacer en la vida, nada podía dar a los demás, no podía arrancar una sonrisa al rostro de Eli. Ante el espejo, pensaba en huir a donde fuera, en

cambiar su vida por la de otro, de la manera más radical e ilógica. Toda forma de muerte brotaba a su alrededor, como la tierra que se resquebraja antes del terremoto. Tanta culpa sin justicia hacía que se sintiera chafado, un don nadie a merced de cualquier azar maligno. La vida era solo eso, la cabeza del primer hijo muerto de meningitis, la complexión del recién nacido en brazos de la madre, toda la detallada arquitectura de carne y huesos que se amoldaba a una forma humana inicial a fin de crecer y madurar, cortar un bistec, agarrar una maleta, pasar horas en las máquinas de millones del bar de la esquina y jugar con el pelo del pubis de una mujer, medio dormido, después de hacer el amor. Y tanto dolor era a la vez insustituible, definitivamente estéril, brutalmente decisivo. Eli jadeaba en la cama, sumida en alguna pesadilla, más lejos que nunca de Lolo. No lo podrían enmendar, nada podría compensar aquel desgarro de sufrimiento y de indiferencia universal.

Al día siguiente los médicos dieron de alta a Eli. Él pensaba que lo mejor sería ir directamente a Barcelona. Ella quiso pasar por Viluma. Fue un trayecto insano, imposible para las palabras. Por el rabillo del ojo él veía a Eli con la frente pegada a la ventanilla del coche, con una mirada inválida y obnubilada por todas las borrascas del mundo. Lolo conducía con suma cautela, como quien transporta dinamita. En la entrada de Viluma, la pequeña llanura deprimida era como una tierra maldita, como una burla o una señal de condena. En silencio, padres, hermanas y sobrinos los recibieron como supervivientes de un diluvio sin fin. Estaban de nuevo en casa, en el espacio habitado por gestos domésticos e instantes de gloria privada. Eli se apeó del coche. Hacía un mediodía anónimo, sin color, fatal. Eli quiso ir enseguida al baño. Lolo sacó la maleta, dio explicaciones imprecisas, interpretaba como una acusación las miradas de afecto y piedad. Oyeron un grito. Lolo corrió hacia el baño. Eli había dejado la puerta abierta y estaba sentada en la taza del retrete. Con la palma de la mano señalaba otro feto, yaciente sobre las pequeñas baldosas hexagonales del baño de la caseta de Viluma, en medio de una gran salpicadura de líquido placentario. Era un segundo hijo, malgastado por la fuerza inmensa del mundo. Fue el día más triste de Viluma, la zona más árida de la penitencia, la espiral infinita del arrepentimiento.

«¿Y ahora? Ahora empieza todo una vez más, nos dicen. Tenemos ya la fotografía de la niña, no solo un fax. Tenemos el informe médico. El pediatra nos asegura que está bien. Ahora tenemos que esperar un mes. Iremos a China», les dijo Eli a los padres. Quién sabe cómo, la colmena de las comunicaciones de Viluma lo supo al instante, por teléfono móvil y teléfono fijo, por correo electrónico,

por SMS, por comunicación oral, puerta a puerta. Amadeu y Almira no habían abrazado todavía a Eli y Lolo cuando toda Viluma zumbaba de llamadas y cuchicheos.

—Hoy siento una gran simpatía por el mundo —dijo Amadeu, al mediodía, mientras tomaban el aperitivo de cava con zumo de naranja.

—Pues hazte budista. En el Ampurdán está lleno —respondió Daniel. Pero sí, pensaba, sí, que la simpatía pertenece al sistema de humores, como el alma de Barcelona. Tal vez por contagio, Daniel también sentía una cierta simpatía por el mundo. No era un impulso caro ni ocupaba demasiado espacio.

A diferencia de un mundo atemorizado por los actos de Bin Laden, y de atentados feroces de Pakistán a Chechenia ocurridos aquellos mismos días, Barcelona era la última ciudad sin miedo, como no fuese a los magrebíes que abrían coches y robaban carteras. La gente del campeonato de Fórmula 1 consultaba los menús de los buenos restaurantes y la noche fantasmagórica de la inauguración del Fórum 2004 llegaba a los hogares musulmanes de todo el mundo a través del canal Al-Yazira. Egoísta e indiferente hacia los demás, el pulso de Barcelona latía con sus propias arritmias livianas. Los gacetilleros y los políticos hablaban de la recuperación del espíritu olímpico del verano de 1992, y una marcha innominada de visitantes de mochila, bocadillo y tranvía llegaba para acampar en la plaza del Fórum, mayor que la de Tiananmén. Energías simpáticas, inercias humorales, bajos instintos, mimetismo estético, veleidad latina de la ciudad donde triunfaban los homeópatas y las terapias alternativas mientras en el Raval un murmullo coránico resonaba en las mezquitas alegales.

Era una mañana de sábado muy plácida. Las mujeres dominaban la conversación, el detallismo sobre la inauguración del Fórum y, sobre todo, las apariencias de las primeras personalidades. La sustancia se escurría por los desagües, de manera vertiginosa. Acometieron una segunda ronda de cava con zumo de naranja. Todos estaban de acuerdo en que era una versión mucho más sofisticada de la clara, tan proletaria, hecha con cerveza y refresco carbónico de limón. Y eso pese a que el verano anterior la clara había sido el aperitivo de moda en Viluma.

El primer fin de semana de mayo era largo. Aunque el sábado coincidían el Día del Trabajo y la ampliación de la Unión Europea, los platos fuertes para Cataluña eran el trofeo Conde de Godó, el Gran Premio de España de motociclismo en el circuito de Jerez de la Frontera y los puntos del Barça. Por Viluma todos iban en camiseta, si bien los más estilistas lo completaban con sombreros de paja de

ala corta. Almorzaron al aire libre, fuera de las casas, y un peregrino respetuoso habría podido ir de una a otra pidiendo avío antes de emprender el camino hacia la ciudad que no existe. Regresaban a Viluma tras las vacaciones de Semana Santa. Los días de lluvia de abril habían saciado la tierra, y el césped, lustrado, conservaba la esponjosidad húmeda.

Hablaron un poco de política. Daniel, normalmente más intrigado por los caracteres que por las ideas, preguntaba a los amigos qué pensaban del nuevo presidente del gobierno, Rodríguez Zapatero. Tenía motivos para pensar que, bien enterradas ya las ideologías, la época exigía un nuevo impresionismo: trabajando *au plein air*, los políticos pintaban el cuadro al minuto, ante la gente, y al anochecer, a la hora de los noticiarios, le añadían la última pincelada y perfilaban los titulares.

—Zapatero me parece como los niños enfermos que solo pueden sobrevivir dentro de una burbuja terapéutica —dijo Marina Almira.

De Zapatero volvieron a la final del Conde de Godó. Después hicieron acto de presencia los dinosaurios.

—Mis nietos están enamorados de los dinosaurios. Desayunan con dinosaurios de plástico, duermen con dinosaurios de trapo. No les dan miedo los animales más terribles de la Tierra antigua. Yo pienso que los dinosaurios somos nosotros... —dijo Prat.

—Hombre...

—Hemos llegado al borde de la extinción. O nos han hecho llegar a él. En serio, de repente me doy cuenta de que ya no me gusta, de verdad, en serio, ya no me gusta casi nada. Ni el fútbol, ni los restaurantes, viajar, las mujeres, mirar, pensar, conversar... Prácticamente nada.

—Quizá exageras...

—¿Tú crees? ¿Con qué cara os miráis al espejo todas las mañanas si no es diciéndoos: «¡Ya paso de los sesenta años, tengo más de sesenta!»?

Una tarde, en Viluma, habían decidido crear el partido de los sexagenarios: está claro que hubiera sido un partido sin programa o sin otro punto programático que no fuera la supervivencia. Vivían bien, pero el mundo les gustaba cada vez menos. Extraña paradoja, como la del humanista inhumano. Siendo más jóvenes, décadas atrás, cuando aún luchaban con todas sus fuerzas para poder vivir bien, el mundo no les disgustaba tanto. Ahora, vagamente, echaban de menos un poco de orden, de consistencia, de agradecimiento. Está claro que la juventud no tiene piedad, que todo lo puede y puede abolirlo todo, por ingratitud biológica, por el afán de matar al padre, por indiferencia ante la compasión.

Daniel pensaba, además, que no es dinosaurio quien quiere sino quien puede. Fueron animales horribles, y que se hubieran extinguido era una de las pruebas de la bondad casual del mundo o del tiempo, pero eran animales enormes, los grandes depredadores de los orígenes. Ciertamente, era una paradoja que la dinosauriomanía fuese tan efectiva entre los niños y que no los desvelara por la noche, saliendo de una pesadilla en que un dinosaurio los devoraba por los pies. De un solo mordisco, el dinosaurio podía destruir una manada. De eso hacía, según decían, sesenta y cinco millones años. Y ahora el dinosaurio era el centro de una industria de juguetes, de dibujos animados, de camisetas. Dino, el dinosaurio jovial, rey animal en Dinopatia. Y la imaginación de quienes hacían reaparecer al dinosaurio como un mutante posnuclear también había conseguido hacerse popular.

Oían a lo lejos gritos de los niños de Viluma jugando a los apaches. Eran los nietos de los dinosaurios. Depositaban mayor confianza en Dino que en el abuelo. Los abuelos eran figuras sin ninguna *autoritas*, sin prestigio de mando en la tribu, sin poder sancionador. Eran seres humanos de todos los días, incapaces de despotismo, obligadamente generosos. Presidían la mesa cuando el calendario marcaba una fecha familiar, Navidad, Fin de Año. De vez en cuando lograban atraerlos contando viejas historias, pero el hechizo duraba poco; los nietos regresaban a los amigos, a la PlayStation, a los dinosaurios. Los dinosaurios eran inmortales, incorruptos, amigos íntimos. Los abuelos eran carne perecedera de *bypass*.

Una pareja de tórtolas se encontraba sobre el tendido eléctrico. La llegada de un coche las espantó. Alzaron el vuelo y se ocultaron entre los árboles, allí donde los niños de Viluma creían, desde hacía tiempo, que tenían el nido. Era un vuelo nítido y gracioso. No tenían razón alguna para sentir miedo de las voces de los chicos cuando estos se acercaban, sin saberlo, al nido. En contraste con el atávico instinto de caza, eran criaturas de ciudad, hijos e hijas de una generación que había llegado a respetar más a los animales que a las personas.

3

Uno de los hitos más peligrosos de la vida llega cuando de un político, de un escritor, de cualquier personaje público se dice: «No es necesario presentarlo porque es de todos conocido». Es el inicio de la descomposición.

En la cuenta de correo electrónico del despacho, Daniel tenía el SOS habitual de un escritor que hacía tiempo que era tan conocido que no era necesario presentarlo. Concretaba, por milésima vez, una propuesta de libro: «Una biografía de ficción, la relación entre la adolescencia y el mal. El hilo argumental: caso central del adolescente autista que mata a una niña de siete años ahogándola, en una fiesta familiar navideña. Él era aprendiz de electricista; ella estudiaba ballet. Están en la casa de amigos de ambas familias. Clase media próspera. Padres diligentes. Ella, juguetona, le arrebata la lata de cerveza. Él la pone boca abajo en la cama y la asfixia. Después le baja los pantalones. La deja muerta medio desnuda. La bella y la bestia: él, pura brutalidad; ella irradiaba gracia y belleza. Ella es forma; él es caos, Leviatán. Acto seguido, el asesino actúa como si nada hubiera pasado. Hasta el punto de hacerla una historia arquetípica, puede haber sucedido en Inglaterra u Holanda, y pronto aquí. De hecho, me atrevería a decir que ya hemos llegado a eso. Ella, gracia; él, destrucción. Pero, según lo que entendemos por cultura popular, él sería el héroe, o el mal consentido, y ella, el autocontrol políticamente incorrecto.

»El mal del protagonista —una forma de autismo, el síndrome de Asperger— deviene a la larga instrumento del Mal. Corresponde a jóvenes adolescentes con inteligencia normal, capaces de hablar con corrección y que, a la vez, son autistas. Volatilidad temperamental. Rutinas obsesivas. Ingenuos y al mismo tiempo inteligentes. Incapacidad para participar y compartir. Imposibilidad de manifestar opiniones. A veces oyen voces y ruidos irreales, inadvertidos por el resto de las personas: a esto se lo considera un síntoma neurológico, la vida real y la naturaleza lo verían como una grieta maléfica. Las voces del mal toman posesión de la mente químicamente fracturada.

»Él ya había atacado a otros chicos en alguna ocasión. Nadie lo había denunciado. A los diecisiete años, a punto de cumplir dieciocho, seguía jugando con el tren eléctrico en el desván de casa. Pantalones de chándal, anorak, camiseta de un club de fútbol, zapatillas deportivas. Los padres no aceptan que el hijo sea culpable. Con la sentencia del tribunal todo empezaba de nuevo,

desentrañando los eufemismos de los psicólogos para encontrar “el vientre negro del mal”».

Llamó un viejo conocido con quien Daniel hacía años que no hablaba.

—Supongo que el caso Marcel te inquieta. Mira, ya sabes que siempre creí que Marcel acabaría mal. Tenía la estafa en la mirada. Los cuarenta millones de euros que ahora ha robado...

—¿Cómo lo sabes tan... con tanta exactitud? —preguntó Daniel.

—No hace falta ser economista. Los auditores comentan, sugieren. Y eso, de momento. Yo calculo que la cantidad puede llegar a los cincuenta millones. Estafa de simple contable, de un pobre contable. Marcel... mucha familia, mucho apellido, y perdona que te lo diga porque erais amigos...

—En realidad aún lo somos...

—Claro, hombre. La amistad. Los compañeros de aula. Juramentos de sangre. Pero eso, un contable. Cuarenta millones de euros... incluso cincuenta, ya verás, al margen de los libros de contabilidad. Pero, Daniel, ¿cómo es posible que no te dieras cuenta? Espero que no hayas invertido en Metabank. Sí, ya se ha inventado todo. Escoges con cuidado a los clientes del banco. Uno a uno. Mejor si encuentras cierta complicidad. Por ejemplo, el nombre, Pedralbes, el tenis. Doscientos clientes, por ejemplo. Y les haces una oferta, la oferta que nadie sabrá rechazar. Un beneficio rápido y seguro. Pongamos que dos puntos por encima de la competencia.

—Pero ¿estás seguro? Yo lo veo muy confuso —decía Daniel, avergonzado de estar escuchando pero ávido de más indicios sobre el caso Marcel.

—Sí, hombre, puedes poner la mano en el fuego. Y que Marcel garantizó la máxima capacidad ante Hacienda. Los incautos picaron enseguida. Marcel desviaba el dinero a otras empresas. Era una trama infinita. Ahora bien, si te fijas no había originalidad alguna, nada de creativo. Es el viejo sistema de la pirámide. Es una estafa tan vulgar como el tocomocho. Créeme, Marcel siempre ha sido un personaje vulgar. Un estafador. Simplemente eso, Daniel. Te he llamado porque supongo que el caso Marcel te inquieta.

Quedaron para almorzar, de esa forma que puede hacer posible que no vuelvan a hablar hasta encontrarse haciendo cola en el valle de la muerte.

Después de la sorpresa general, si alguien había optado inicialmente por la incredulidad y por atribuirlo todo a informaciones tergiversadas y a afanes de la prensa obsesionada con el empresariado catalán, los mismos incrédulos empezaban a insinuar la leyenda. Cabe decir que no fueron las publicaciones

electrónicas las que empezaron a difundirla, sino que los rumores se volvieron leyenda cuando, por un exceso de caudal, llegó a Internet. De súbito, parecía que todos los jueces del mundo se iban de la lengua, que todas las policías poseían informes confidenciales, y Metabank se convirtió en la pequeña extensión catalana de una red cósmica, y además innominada. Al final, como suele ocurrir de acuerdo con las teorías de la conspiración y también según la realidad, todo conducía al tráfico de armas.

Una red internacional dedicada a blanquear dinero de manera instantánea era, según la leyenda, la proyección final de Metabank. Un Marcel con salacot y pistola al cinto navegaba por ríos África adentro, en la proa de un pequeño vapor cargado de cajas llenas de rifles y bombas de mano. Con el debido respeto por Marcel, Daniel sonrió al pensar que quien no tiene una cuenta bancaria en un *off-shore* no es nadie.

Lo llamaban «triángulo de las Bermudas de Marcel» y todos le habían acompañado hasta allí en alguna ocasión. La primera etapa era el área de travestidos situada detrás de la escuela de Arquitectura, en la zona universitaria. Después venía el espectáculo cambiante de las putas entre el campo del Barça y el Hotel Princesa Sofía. La última parte del triángulo era el bulevar de las rusas, en la acera, junto a la Diagonal y cerca del Tenis Club. Marcel conducía con suma suavidad, frenaba de vez en cuando, miraba y no hacía comentario alguno. Nunca salía del coche ni bajaba el cristal de la ventanilla. Miraba. Contemplaba. Admiraba. El primer plato del menú visual era lo más nuevo, y lo más fascinante. Al lado de los comedores universitarios, los travestidos maniobraban con la primera oscuridad. De cuando en cuando, plantado en la línea amarilla que dividía la calle, uno de los travestidos acogía a los visitantes silenciosos con el abrigo de pieles abierto de arriba abajo, con los pechos al aire y un sexo masculino redondo y curvado, ofrecido al mundo del deseo como una fruta tropical. Los travestidos entraban en el coche con un botellín de agua mineral de plástico y, al salir tras haber satisfecho al cliente, se enjuagaban y escupían el agua. Eran las mejores valquirias de la noche, sedosas, pura perfección de un deseo nominal que acaba por hacerse vida hormonal, piel una y mil veces satinada por la depilación, miradas de feminidad vulgar logradas al final de una errática educación del cuerpo.

Marcel aparcaba en una esquina. Se crujía los nudillos, daba un vistazo por el retrovisor y, como máximo, hacía una señal con la mano, para sugerir al compañero de ruta una visión arcádica, un culo, el trote de unos senos tersos bajo una camiseta. Todo aquel

bullicio era furtivo y bien nocturno, pero el núcleo central —el más selecto— existía solo unas horas, porque después unas cadenas detenían el tráfico. La *kermesse* se disolvía. Se marchaban los coches de vigilancia, los coches de los protectores y *amants du coeur*, los simples *voyeurs* como Marcel. He aquí un mercado sin básculas ni impuestos, incluso pasional, abierto al amor que no tiene nombre ni patria.

Ni siquiera los sabios y magnánimos padres de la Constitución norteamericana afirmaron que la felicidad fuese un derecho: los hombres tienen el derecho de buscarla, de ir en pos de ella, pero ningún Estado ni ley alguna pueden garantizarles que les corresponda tenerla en las manos. Como el blanco y el negro en el tablero de ajedrez, la felicidad no existe sin la alternancia de la infelicidad, y ambas no pertenecen a un mundo de los derechos, sino a la asunción de un deber o al cumplimiento de un instinto. Tantas veces creemos buscar la felicidad y en realidad estamos buscando la seguridad, que en poco nos diferenciamos del antepasado primario que descendió de los árboles para conquistar el mundo, ejercer de pastor, sembrar trigo, fundar imperios, mandar en las guerras, pensar antologías de Dios o inventar la penicilina. Daniel mantenía la tesis de que un hombre tiene mayor instinto de felicidad que una mujer, que las mujeres quieren ante todo seguridad y que la descripción de la felicidad la han imitado a partir del trato con los hombres o de la literatura escrita por los hombres. Por la misma regla de tres, hay mujeres con vocación de infelicidad.

Se trata de una reflexión harto cruda si la efectúa un hombre capaz de sentir una mano que le agarra el corazón cuando sufre de improviso un impacto emocional, pero, a fuerza de vivir, de blindarse y de poner cara de póquer, Daniel era ya un hombre desprovisto de emociones. En qué medida las emociones y los sentimientos tienen utilidad alguna cuando hablamos de supervivencia, también es una pregunta que no respondieron los padres de la Constitución estadounidense. Por supuesto que eran hombres fuertes, sumamente responsables y buenos conocedores de las flaquezas de la naturaleza humana. La supervivencia corresponde más bien al mundo de las energías, de la voluntad y, sobre todo, de las costumbres. No en vano Jefferson era un arquitecto tan fino, sólido y mesurado. Un jurista no hubiera podido distinguir entre el derecho a la felicidad y la búsqueda de la felicidad. Lo habían logrado desentrañar hombres que eran propietarios de tierras y siervos, que cabalgaban noche y día para llegar a la asamblea y ponerse a redactar derechos y normas colectivos que tendrían una duración viva de siglos. Sabían que no podían garantizar el derecho

a la felicidad porque conocían demasiado bien el caos, la insania, el ejercicio de la violencia, la ingratitud y la vasta voluntad del mal.

Marcel conocía el circuito de los bares de enfermeras de Barcelona. A fin de no repetir y parecer un *voyeur*, retenía en la memoria el itinerario que realizaban e iba a desayunar allí, una tras otra, todas las mañanas, tanto si llovía como si brillaba el sol. No sabía con certeza si le gustaban las mujeres vestidas de uniforme o si se trataba tan solo de las batas blancas, los cuerpos más bien sin coerción bajo las batas, las formas sólidas que se insinuaban bajo la tela blanca. Tomaba un café, buscando el rincón del bar con mejor perspectiva, sin quitarse las gafas oscuras.

Pasaba una enfermera con una media sonrisa, con una pechera generosa y saltarina, con los correspondientes botones de la bata desabrochados. Era parte del complot de un grupo de colegas que tenían identificado al admirador secreto de todos los jueves. Los culos, los culos. Era toda la geografía que Marcel deseaba. Sentía una gratitud ilimitada por la biología y la teoría evolucionista. Sostenía la taza de café con mano trémula, como quien no osa tocar una pieza única. Llenas de forma e impulso, algunas enfermeras iban desfilando ante él, moviendo el trasero de tal modo que incluso el resto de la gente del bar sospechaba que algo especial ocurría. Jugaban con sus cuerpos jóvenes, a la salud de un hombre maduro, con aspecto de rico y gafas oscuras. Ellas pasaban hundiendo las manos en los bolsillos de la bata de manera que los pechos quedaran más firmes, más previsibles los pezones y el culo más ceñido.

Al final, el magma erótico-financiero quedaba ensombrecido por la inminencia de un fracaso. Es como los estadistas que, en el preciso instante de cortar el nudo gordiano, no comparecen y son hallados masturbándose mientras miran una postal. Como los grandes militares que no estaban en su puesto el día de la batalla porque habían bebido en exceso, durante la gran crisis pública de su vida Marcel paseaba la mirada por un bar frecuentado por enfermeras que, además, se burlaban de él. A veces podemos ser ridículamente ingenuos y, al mismo tiempo, obscenamente irresponsables y calculadores. La torre económica de Marcel se desplomaba y él se escondía tras unas gafas de sol para contemplar los culos de unas enfermeras que comían bocadillos de tortilla en un bar cercano al Clínico.

Si lo comparamos con la acción, el pensamiento viene a ser una debilidad, porque, para romper la uniformidad del bloque de mármol, el escultor necesita más voluntad que reflexión; y todos los días tenemos que esculpir alguna parte del bloque marmóreo, ya sea por costumbre o por impulso. Tal vez por eso son tan envidiables las

vidas sometidas solamente al control de la desidia, el diletantismo del placer en contraposición al deber actual. Marcel era la estampa del sensual sin responsabilidades, a diferencia del Marcel real, incapaz de deseo por el peso drástico de una decisión judicial. Ciertamente, Marcel no tenía conciencia alguna del mal porque no se la habían inculcado, al igual que no habría pensado nunca que hacía el ridículo al peregrinar de bar en bar de enfermeras, a la intemperie del deseo siempre inmaduro. Como siempre, la máxima tentación era huir, huir por huir.

Todas las semanas, X, Y y Z, colaboradores de la Editorial Marquet, se personaban en el despacho de Daniel para celebrar la Hora Enciclopedista. Entonces se atrevían a ser pedantes, porque lo eran y porque tenían que disimularlo con excesiva frecuencia, en una sociedad que parece temer los polisílabos, la expresión oral articulada, la fluidez de pensamiento, la sintaxis, la abstracción y los detalles rigurosos de la memoria histórica.

La Editorial Marquet había sido siempre generosa con la efigie de los autores. Aunque la mayoría de las demás editoriales habían reducido la imagen del autor a una fotografía en la solapa, los libros de la Editorial Marquet continuaban con la fotografía a toda página en la contraportada. La pose de algunos escritores solía ser motivo de escarnio e incluso de envidia. La mirada distante y el cigarrillo en los labios habían constituido una imagen recurrente durante muchos años. Y había otra, también motivo de cierto sarcasmo, la pose del escritor con la mirada reflexiva y la palma de la mano en la frente, como quien teme que le caiga al suelo un trozo de masa encefálica insostenible.

Y: «En el fondo, el origen está en las fotografías de fin de curso. Nos fotografiaban sentados al pupitre, con un pequeño globo terráqueo al lado, una pizarra de caballete detrás y un manual delante. Entonces, apoyábamos la frente en la palma de la mano… Así, exactamente».

Tenían sobre la mesa de Daniel la prueba de contraportada de un ensayo sobre la antropología de la posmodernidad. El autor, testimonio intransferible del sufrimiento de la escritura, con gafas oscuras, se sostenía la frente arrugada con la palma de la mano, como si tanta pesadez, tanta densidad intelectual, requirieran ser apuntaladas.

De hecho, los tres jóvenes participantes de la Hora Enciclopedista coincidían en que era un ensayo de calidad, consistente y original. Pero la cuestión sometida a debate era la pose, no el ensayo.

X: «Va por temporadas, y por ciclos ideológicos. Hace años ibas por Barcelona y siempre te encontrabas a un Walter Benjamin. Había

un par de docenas de paraintelectuales barceloneses que se habían *fait une tête* como la de Benjamin».

Z: «Es el toque de la fotógrafa Gisèle Freund. Todas las libreras se hacían fotografiar como si fuesen Adrienne Monnier o Sylvia Beach y James Joyce estuviera a punto de entrar, cegato y loco como un cencerro, en una librería del barrio de Gracia».

Y: «Más perniciosa aún era la pose Virginia Woolf. Miles de aspirantes a escritora tenían siempre delante una reproducción de esa fotografía».

X: «Este caso causaba un perjuicio estético, mucha insatisfacción en el caso de jóvenes que querían ser escritoras sin caer en la cuenta de que un escritor escribe. No. También estaba el tema del feminismo. Virginia y la habitación propia, etcétera. No. La imitación de Walter Benjamin. Por otra parte, circulaba su teoría sobre la reproducción de la obra de arte. ¿Por qué no, pues, imitar su testa? El mal era moral y no sólo estético. De hecho, generaba un buen cúmulo de falsas expectativas ir al Café de la Ópera, a los bares de la facultad o por la calle, y encontrarte aquí y allá a Walter Benjamin. Cabía pensar que aquella Barcelona produciría algún milagro del intelecto. Walter Benjamin y... ¡en París!, de repente se había trasladado a vivir al Ensanche o venía de Sant Cugat en el tren de Sarriá. Frente grande, amplia, prolíficamente protuberante. El bigote de pelo todavía negro, contrastando con la cabeza gris y las entradas aún elegantes. Las gafas eran una parte fundamental de la efigie. Redondas, metálicas. Y los dedos de la mano derecha, no la palma, sosteniendo la frente. La mirada de profundidad y sufrimiento superior, de inteligencia impagable, sí, sin precio».

Daniel: «Confieso que me gusta conocer las caras de los escritores, pero ya sé que a menudo las fotografías corresponden, o bien a una pose muy meditada, o bien a una concepción previa del fotógrafo. Esto convierte en impuros tres interrogantes sobre la efigie del escritor: ¿son como nos los esperábamos, como habíamos pensado que eran?; ¿nos enseña el retrato algo que no sabíamos?; ¿nos decepciona esto mayor número de veces que las que nos ilumina?».

Z: «Distinguiremos entre la vanidad individual de cada escritor y *le physique du rôle*. Vayamos de la fotografía a la pintura. ¿Cuál es el primer intelectual que alguien retrata como tal? Erasmo. En los retratos que tenemos más a mano aparece escribiendo. El retratista quiere transmitirnos que Erasmo escribe porque piensa. Se trata de alguien que reflexiona. Escribe y... piensa una idea. Hay otros, pero el retrato más conocido es el de Holbein. Tiene un trasfondo rico y recamado. Quizá de esos retratos proceden las docenas de Walter Benjamin barceloneses, pero... Erasmo, primer escritor público».

Y: «Y modélico, ejemplar. Arquetípico. Recordad que Eugeni d’Ors se mandó fotografiar en pose erasmista…».

X: «El Ortega de Zuloaga, el retrato al óleo, tiene las manos posadas sobre un libro y todo el entorno del pensador, las gafas que le sobresalen del bolsillo de la americana».

Z: «Sobre D’Ors, hay más: también se tiene constancia de un retrato que le hizo un amigo pintor, y mantenía la postura de Erasmo. Para D’Ors, Erasmo era un símbolo inmortal, el símbolo inmortal de una actitud ante la vida. La del intelectual».

X: «Aquí cabe mencionar el retrato de Voltaire levantándose por la mañana. Se está poniendo los pantalones y ya le está dictando a un secretario. El escritor público, las causas públicas, una cierta idea de la justicia y de que escribir contribuye a hacer justicia. El intelectual… ¡ay!».

Y: «Inclinado sobre el libro, o escribiendo, abstraído, el retrato del intelectual quiere tener atributos propios, como el general a caballo, el gorjal del caballero, el yelmo, las estrellas del generalato, los emblemas del emperador».

Z: «Es la pompa de los maquillajes. En la antigua Roma, los senadores y los generales se pintaban la cara de color rojo cuando esperaban el clamor de una entrada triunfal. De aquí vamos a parar a la historia de la barba».

Daniel: «Contrastemos la matriz erasmista, por decirlo de algún modo, con la del escritor que va al grano, que ejerce de artista. El triunfo del sentido común sobre la abstracción. Fijaos en uno de los retratos del Doctor Johnson. Tiene un libro en la mano. Lee de cerca… con mirada voraz. Lee con suma atención. No es pose. Es que el pintor, Reynolds, no lo hubiera podido retratar de otra forma, solo tal cual era».

X: «Esto es la prosa. Nada tiene que ver con la gloria del poeta épico, como Alonso de Ercilla, dicen que pintado por el Greco. De la orden de Santiago, gentilhombre de la cámara. Es el caso de Camoens, con gorjal y una corona de laurel, con el ojo derecho a la funerala».

Y: «Añado la épica de los siglos. Goethe en Italia. Y después a Chateaubriand, entre ruinas romanas. Es el escritor que puede ponerse a volar como una gran ave… no como un ángel, ciertamente. Gran efecto de peluquería. Napoleónico. De ahí procede el flequillo de André Malraux, ya en el mundo de la fotografía».

Z: «Me concederéis que la gran escenificación la hizo Rembrandt. *Aristóteles contemplando el busto de Homero*. Y, encima, si mal no recuerdo, tanto Aristóteles como Homero parecen autorretratos de Rembrandt».

Y: «De la pintura española, el Quevedo de Velázquez…».

X: «¡Discrepo! Es cien veces mejor, también de Velázquez, el retrato de Góngora. Allí donde el Quevedo tiene *atrezzo* de gran personaje, Góngora es la suprema adustez, impenetrable, el laberinto opaco que después es un torrente verbal. Es el retrato de la intransparencia, tozudo. Mineral. Quevedo es una fachada de la inteligencia, de la inteligencia… obscena».

Y: «Pues rectifico, rectifico. Góngora y no Quevedo».

X: «Gracias. En el retrato de Góngora, Velázquez llega a sumar todas las paradojas posibles sobre el juego entre, como dicen los teóricos, las partes estructurales y las partes móviles del rostro. El enigma irresoluble, el alma hermética».

Daniel: «¿Y después?».

X: «Está el Pérez Galdós, magnífico, de Sorolla».

Z: «El joven Baroja…».

Y: «Joan Maragall, de Ramon Casas».

Daniel: «¿Preferencias?

Y: «Opto por una época y por una firma. Son los retratos de Jacques-Émile Blanche… pero no el de Proust. De hecho, ese es un retrato que desmerece el conjunto de Blanche. Fijémonos, por ejemplo, en André Maurois. En él tenemos los límites de la sutileza o de la finura… los poderes y las limitaciones del escritor buen burgués. De Blanche es, creo yo, el mejor Joyce, mirando de costado, acaso incluso escuchando. Está Bergson. También. Y lo cuento más como parte de la literatura que de la filosofía».

Z: «Es una época más que un arquetipo. Es la sonrisa de *l'esprit*. La *finesse*. *La France*, nación literaria. Fijaos en la coincidencia de miradas en los retratos de La Fontaine… de Merimée… de Ronsard. Toda una civilización».

X: «Tengo una tríada gloriosa. Repito uno, el Henry James de Blanche. Extraordinario chaleco. Es *The old master* sin reticencias. Y a la vez podría ser un patricio… patricio de una gran nación… alguien que sabe aconsejar a reyes y gobernantes. Añado también el retrato de Walter Scott. Obra de no sé quién. El gran hombre ecuánime, buen conocedor de las flaquezas y las grandezas humanas. Y el tercero tal vez os sorprenda. Es Manzoni, otro patricio. La serenidad de quien sabe cómo es la naturaleza humana y a la vez siente misericordia».

Daniel: «Mis predilectos son dos, y mejor cuando forman pareja. Por una parte, el Dante. De Andrea del Castagno, por ejemplo. ¡Qué *autoritas*, qué supremacía! La pareja es Dante y Virgilio. Son los fundadores de Occidente. Los hallamos en muchas miniaturas e ilustraciones. En ocasiones se encaminan, de espaldas a nosotros,

hacia la entrada del infierno. Son incluso materia para la gesticulación romántica. Observad el cuadro de Delacroix, en el Louvre, declamatorio, inflamado. Todo lo contrario de lo que la pareja era y hacía. Un nuevo error romántico».

De improviso, una mañana, cuando se afeitaba, Daniel vio en el espejo un rostro que se parecía demasiado a Joel. Así como a otros se les desarrolla un herpes como consecuencia del sufrimiento, Daniel fue perfeccionando una fobia a los espejos. Los años de presenciar la autodestrucción de su hijo único a causa de las drogas habían sido una alternancia discontinua de ilusiones y hundimientos. Con el paso del tiempo, comprendió que Joel mentía de manera sistemática, constante, ofensiva. Metía mano en la caja y lo negaba aunque se lo hubiera visto hacer toda la familia, salía de los tratamientos de desintoxicación alegando un millón de promesas que nunca cumplía. Mentía y mentía. Lo habían rescatado de pisos siniestros del Raval, de entre un revoltijo de cuerpos mortecinos acostados sobre colchones tirados en el suelo, de solares llenos de jeringas, lo habían ido a buscar al barrio de la Mina después de que unos camellos le hubieran propinado una paliza. Había muerto de una sobredosis, en medio mismo de la plaza Cataluña. La policía municipal avisó a los padres. La madre no quiso ir: de repente, como por efecto de una embolia, no podía caminar. A Joel lo habían retirado del centro de la plaza, tenía una jeringa clavada, con la goma anudada aún al brazo y una mueca infernal en el rostro. Toda la gravitación del mundo pesaba sobre el cuerpo sin vida de Joel y toda la culpa del mundo gravitaba sobre Daniel. Sabía que no era culpable, que habían hecho todo lo que estaba en sus manos, pero la muerte es inexcusable. La madre no se recuperó nunca de aquello y un buen día se fue a vivir sola. Daniel le pasaba una cantidad mensual y ella salía muy poco de la planta baja del barrio de Horta, no veía prácticamente a nadie y había dedicado una habitación a la memoria de Joel. Allí se pasaba horas y horas. Vivía en un estupor sin articulación expresiva, en un extremo de la fidelidad animal a la cría. En los últimos tiempos, encontraba consuelo en los locales de una secta evangélica donde todos cantaban y se contaban las penas. Lideraba un telepredicador nicaragüense que salía incluso por un canal de televisión alegal, de tal modo que, entre el templo y la pequeña pantalla, conseguía dar amparo a sus fieles en un servicio de veinticuatro horas.

En su infancia, Joel también había tenido la pasión de los pájaros. Pasaba horas y horas observando los carrizos del pantano de Viluma. Ojo avizor, con los prismáticos, observaba cómo las pollas de agua nadaban moviendo la cola y la cabeza, el rápido movimiento del

cuello antes de zambullirse y el vuelo bajo, de ala débil. Por las noches escuchaba, absorto, los graznidos, los suspiros y los ronquidos de una lechuza que vivía en un hueco del tejado.

Joel tuvo una Harley Davidson, el gran sueño de su vida, y, como quien dice, la vendió por piezas. En los últimos tiempos, incluso se iba a la cama con la secretaria de su padre y metía mano en la cajita de gastos de urgencia que la mujer tenía en un cajón de la mesa. En realidad no se iban a la cama: copulaban sobre la mesa, en la editorial. Daniel lo constató una tarde en que regresó a la editorial a una hora desacostumbrada. De espaldas, Joel, con los pantalones caídos hasta los tobillos, de pie, penetraba rítmicamente a aquella secretaria un poco bovina, que tenía las piernas levantadas en vertical. Daniel cerró la puerta con sigilo. Le había impresionado la fuerza del hijo, ya destruido por la droga, con toda la musculatura a disposición de la mujer a la que ya habría robado o estaba a punto de robar. Aquella espalda de nervadura tensa, el culo potente con los dos hoyos producto de la fuerza, todo eso era hijo suyo. Sollozó en el ascensor y caminó sin rumbo fijo por el Ensanche, perdido, cansado de perdonar a Joel por milésima vez, harto de sentirse engañado y estafado.

Años después, muerto ya Joel y convertida en rutina la fobia a los espejos, vio esa época infernal como una gran estafa que alguien había urdido contra él. Y, a la vez, le perdonó y se lo perdonó todo. Ver un rostro muy parecido al de Joel en el espejo no le causaba un resurgimiento de la culpa, sino del miedo.

Al final, contemplar la emaciación de Joel resultaba desolador. Aquel joven que había firmado cheques en descubierto y que conducía la Harley Davidson a toda velocidad era un viejo tembloroso que salía de las clínicas de desintoxicación y empezaba a soltar mentiras en cuanto se subía al coche de su padre. Le renovaron la sangre una y otra vez. En una ocasión, en Suiza, uno de los médicos le dijo: «Hacemos todo lo posible, pero en casos así el deseo de autodestruirse es superior a todo... incluso a la droga». Daniel deambuló solo por el césped que se extendía ante la clínica, preguntándose casi a regañadientes si había llegado la hora de dejar que Joel se matase. Quizá sería posible evitar que falleciera, pero nada podía impedir que se matara.

La violencia y el amor son como un candelabro de dos brazos, sobrecargados de goterones de cera. Al igual que en ocasiones la inmovilidad de un cuerpo desde la perspectiva dislocada de un esfuerzo, en los parajes pavorosos del amor la violencia es una vieja obligación: celos y pasión cortan carne viva y someten a los individuos a las pruebas más extremas del ridículo. El gran pintor

que, a fin de conocer el cuerpo humano, se encerraba con cadáveres hasta que el hedor le obligaba a salir, permite un símil: con objeto de conocer las decrepitudes del alma, encerrémonos en la morgue del amor. Allí todo apesta sin piedad, putrefacto de manera casi instantánea. Fervor y deseo devienen placas de pus que avanzan y entrechocan, como las de la teoría de la deriva de los continentes. Cuando queremos camuflar una decadencia, recurrimos a la síntesis o a la ampulosidad, pero a la larga siempre llegará la corrupción. Toda guerra concluye con hedores de gangrena, y un puñado de médicos en el hospital de campaña asierran piernas, amputan brazos, cortan y cosen, con sangre hasta los codos, entre grandes bandejas de aluminio repletas de miembros humanos destruidos, aún febriles y sanguinolentos. El derecho de conquista vincula también la violencia y el amor, como una podredumbre bizantina.

Decir de alguien que es todo un carácter era una definición o una descripción que había ido estropeándose a medida que el valor del carácter se adentraba en el crepúsculo definitivo. El eclipse del carácter, en la política, en la literatura, en la vida, había sido una agonía repentina, en fase terminal cuando aparecieron en escena todos los narcisismos de finales del siglo XX: la negación del padre, el naufragio de la épica y el descrédito utilitario de la libertad como una forma de honor. Padecía una idea de la densidad vital. Aun la excentricidad quedaba del todo devaluada, de manera que quien quisiera ser un excéntrico tenía que actuar en consecuencia y convertirse en un asesino en serie o un pirómano. La disolución del carácter rompe también esa transmisión de saberes y comportamientos que era propia de la vida familiar, cuando convivían tres generaciones bajo un mismo techo. A la postre, acariciamos furtivamente el recuerdo de batallas que nadie nos ha relatado, al igual que toda generación que desee formar parte de las olas de la Historia añora alguna gesta incompleta. La fuerza del carácter no obtiene ya ganancia alguna en el conflicto entre las pasiones y la voluntad; más bien sale derrotada y se hace añicos.

Una noche, en Viluma, Marcel Petrus había dicho que su héroe predilecto era Miguel Strogoff. Ante todo era un modelo de energía. Los demás no le prestaron demasiada atención porque todos se apresuraban a decir el nombre de su héroe: «Gilgamesh… Sherlock Holmes… Eneas… Parsifal… el príncipe Bolkonski…».

—Ahora bien —añadió Ventura Dols—, en una época de exhibicionismo el héroe no puede existir, porque un héroe, por definición, no se exhibe.

—¿Te refieres a que los héroes deberían ser anónimos, no escribir memorias, no recibir el homenaje de su país en el panteón o con

motivo de su cumpleaños? ¿Tanto quieres exigir? —preguntó Amadeu Prat.

—Y más aún. ¿Acaso puede el héroe ser sincero? La sinceridad es tan penosa que tal vez sea legítima solo en los perdedores. Llamadlos antihéroes.

Marcel lo dijo con cierta solemnidad que nadie recordó cuando el lodo del asunto Metabank le llegaba ya a la cintura.

Una consecuencia de la desmemoria laberíntica de Barcelona, sin la *autoritas* ni la *potestas* de una burguesía capaz de manejar el timón, es que es una ciudad sin demasiadas buenas novelas. Los episodios más pintorescos de la urbe habían merecido el gracioso anecdotismo de las épocas costumbristas, escenas de la vida menestral, luchas obreras de cartón piedra. Se echaba siempre en falta la burguesía, y quizá por eso aquella literatura vivía de rememorar sainetes menestrales y el salvajismo chabacano de los teatros llenos de gargajos e inmundicia donde actores altisonantes recitaban las piezas teatrales de unos autores barceloneses que habían llegado a sentirse los sucesores del Romanticismo por carecer de sentido del ridículo. Barcelona, además, tenía que ser, como proclamaba la fórmula ya un tanto cursi, «*cap i casal*, capital, de nuestra patria». No le bastaba con ser una ciudad que debe crecer y competir: habían querido hacer de ella el ágora sistemática de un cúmulo de sentimientos, instintos e intereses que había llegado a formularse asimétricamente como catalanista. Pequeña epopeya, como reproducir los ciclos del tiempo y las fases históricas en una suerte de patio de herbolario. De la noche a la mañana, a Barcelona le habían reclamado épica y lírica, identidad lo bastante extensa y arraigada como para ser la cara y los ojos de un territorio irregular, entre el mar y la montaña, la carlistada y el ateneo federalista.

Al final, todo había confluido en la ciudad de utopistas chiflados y de sindicalistas sanguinarios, de somatenes y dependientes de comercio, todo ello empapado de una sensualidad siempre húmeda, como una axila perlada de sudor. Los *meublés* celebraban los apogeos de la ciudad, la contranecrópolis sin aristocracia, brutalmente irresponsables cuando una comunidad precisaría una transfusión ecuánime. Ni siquiera un despojo sifilítico es lo que quedaba de una aristocracia que había puesto una y otra vez los títulos en venta, como quien subasta el privilegio y el honor. Los títulos de la Restauración habían generado una caterva aristocrática de listón muy bajo simulando que sumaba nobleza y comercio. Por entonces, los títulos pontificios gozaban de buena cotización.

Daniel hubiera preferido vivir en una ciudad donde las bandas militares interpretan viejas marchas en la glorieta del parque. Son

momentos en que las parejas aprovechan para no decirse nada. Una ciudad para sentirse ni más anciano ni más sabio, sino un completo desconocido, alguien que se mira el lustre de los zapatos y lo compara con el de las botas de los músicos de la banda. Una ciudad sin personajes ansiosos por ejercer de intelectuales, todo tan pasado de rosca, como declararse ateo, cocinar en casa o leer en francés. Desde luego que Barcelona era su ciudad y que en ella se encontraba a gusto, pero no necesitaba para nada ni los diálogos universalistas, ni los subtítulos, ni el etiquetaje en catalán. En alguna ocasión, con los ojos entrecerrados bajo la ducha, dejaba de escuchar la radio y pensaba en cambiar de vida, pero solo por unas horas.

Qué sociedad tan convulsa debía de ser la de Barcelona para que los burgueses decidiesen entrar a formar parte del somatén armados con una escopeta de cartuchos. Ciudad desgarrada, inconciliable consigo misma con la contraposición, como un coágulo, entre crecer y madurar, las circunstancias de la pujanza podían malbaratar la concepción clásica de orden: la fuerza biológica hacía que la antigua sedimentación social fuera vulnerable. De hecho, las naciones con una industria textil poderosa eran casi siempre países muy alejados de las zonas de producción de la materia prima. Era el caso de Cataluña cuando, de manera esplendorosa, se aplicaba a una dinámica en dos direcciones: importar fibra textil y exportar tejidos. Por fuerza tenían que surgir el catalanismo y las masas proletarias. Por eso Barcelona vivió sucesivos estallidos de violencia y barbarie. Por eso Barcelona había sido tan precursora, como otras ciudades, de formas de terror. En el conjunto escultórico de la Sagrada Familia, Gaudí da cabida a un obrero tentado por el poder destructor de la bomba Orsini. Una Orsini fragmenta para siempre, por medio de la muerte y la destrucción, el sueño de una burguesía catalana en el Gran Teatro del Liceo. Una Orsini mata a doce personas en la procesión del Corpus celebrada en Barcelona. En uno de los complots para asesinar a Alfonso XIII, los anarquistas disponen de doscientas bombas Orsini, costeadas por Ferrer Guardia, después presunto mártir de la Semana Trágica.

«¿Y qué le vamos a hacer? Los trapos sucios se lavan en casa», venían a decir los ideólogos. Inflación, mercado negro y aislamiento son ciclos brutales, y aquellas dinastías tenían una voluntad milimetrada, hecha a medida, sin otras ambiciones de poder. El azúcar y el papel iban tirando. Se sucedían las guerras y los aranceles. Las grandes aventuras empezaban y acababan en un piso del Ensanche, asomándose por un balcón con un palmón de Domingo de Ramos colgado en los barrotes de la barandilla. Del Ensanche a Katmandú, de la dictadura del proletariado al Ensanche,

la epopeya era un componente cíclico de las sorpresas de la vida, podía llamarse Silvia o Aurora. Podía ser incluso la muchacha con los pies más grandes de Sant Gervasi.

Ventura había dedicado años enteros de su juventud a seducir a la chica de los pies tan grandes, sí, a Silvia, hija del sector farmacéutico, rama acaudalada y oportuna de unos productos antigripales, chica rebelde, capaz de una jarana que en los años sesenta superó en términos femeninos la capacidad de aventura de los muchachos.

—Fue la primera que llegó a Katmandú.

—Y volvió infectada hasta los tuétanos de males venéreos.

—La promiscuidad, el transporte aún precario, los sacos de dormir compartidos.

—Los primeros porros.

—Recuerdo que parecía dar caladas al porro con todo el cuerpo.

—A eso lo llamaban *karma,* salía en las novelas *beatnik*.

Regresó muy delgada y bellísima. Iba tumbando hombres como quien tumba palos en el boliche. Quería ser escritora, contarlo todo, y se pasó años diciendo que quería serlo para poder explayarse sobre la hipocresía de Barcelona. Era como una escultura móvil en la barra del Bocaccio, hasta bien entrada la madrugada, siempre disponible para retomar la fiesta. De mujeres como ella, había una brigada entera. Habían dado el salto de Sant Gervasi y el Ensanche a la mitología de la mujer barcelonesa libre, y más libre que en cualquier otra ciudad. Londres, ya no París y todavía no Nueva York, era el paraíso más a mano. Vivir en Londres, comprarse la ropa en Londres. Superaban de forma olímpica el esnobismo de unos abuelos industriales que hubieran deseado tener sastre en Savile Row, pero a los que les bastaba mandar hacerse la ropa a medida en la sastrería de toda la vida.

Iba tumbando hombres y acabó reducida a la servitud formal por un sujeto estólido que no tenía más vida que beber y hacer desgraciada a la mujer. Sin oficio ni beneficio, la obligó a pedirle a la familia el dinero que nunca le había mendigado para no ceder margen de maniobra. Nadie entendió que Silvia era un alma caritativa y que quería redimir al gandul dipsómano. La juzgaban por lo que aparentaba, no por lo que podía ser. A la postre, años, décadas después, reaparecería como la chica de los pies más grandes de Sant Gervasi. Era como si hablasen de un futbolista que acaba montando una granja de caracoles.

El retorno era en forma de novela autobiográfica que nadie había leído, pero se entendía que era una reconciliación con la familia y, más en concreto, con la figura de la tía, la «tieta». Tras el rechazo

extremo de los años sesenta, comparecía como los actores que hemos perdido de vista y que, de repente, volvemos a encontrar encarnando el papel de personaje maduro. Llegaban datos dispersos sobre los años transcurridos entre el naufragio con el marido de vida etílica y la reaparición con la novela. De entrada, una larga estancia en Ibiza, un restaurante arruinado en los *docks* del nuevo Liverpool, lagunas temporales de años como las de la memoria de un bebedor crónico, hombres de toda laya, y la parte más documentada era una granja de caballos pura sangre hasta llegar al emparejamiento lésbico. Después, hasta la fecha de la publicación del libro, una reconversión católica, a la fe de los padres, como decían que afirmaba la novela.

«¿Y cuántas, cuántos han quedado por el camino... con el corazón destrozado por una sobredosis... o apuñalados en una callejuela de los paraísos *hippies*?»

Todos la recordaban, sobre todo Ventura, que había estado muy enamorado de ella, como una especie de valquiria barcelonesa, resistente a la prueba del ácido, sólida en un mundo demasiado movedizo, llevada por los vaivenes de la época pero singularmente granítica en la resistencia a la derrota. Decían que conservaba una mirada muy hermosa, de ojos muy abiertos y serenos, un rostro con reflejos de bronce y las arrugas severas del buen envejecer, aunque sea después de un mal vivir o, precisamente, por las lecciones del mal vivir. Tenía una frente luminosa, el cabello ligeramente rizado. La verdad es que todos preferían comentar el libro sin leerlo. Era desidia, indiferencia y, a la vez, una pequeña venganza contra alguien que había sobrevivido por su cuenta, sin dar explicaciones, y que osaba regresar sin pedir perdón. El caso es que, si hubieran leído la novela, se habrían percatado enseguida de que era una petición de perdón.

La generación que, después de los años de anticapitalismo, había llegado al vino y a los quesos franceses de la década de los ochenta, recuperaba de repente el sentimiento de culpa y, los domingos por la mañana, sacaba la bicicleta y llevaba a los hijos a dar una vuelta por la Barcelona olímpica. Era la última esperanza, la ciudad minimalista. Después de la abstinencia como signo de época, volvían a descubrir la cocina deconstruida y desgrasada, la cerveza sin alcohol. Coincidía con la aparición de la obesidad estadística en la Europa vieja y nueva. Con tres sesiones intensivas de acupuntura los homeópatas los liberaban del estrés, y la sofrología era como reconstruir una religión para creer en cosas más absurdas todavía. Un especialista en terapia psicomoral tenía el mejor tratamiento para dejar de fumar. Desayunaban cereales y una cucharada de miel, y los domingos lo sustituían por un café con leche desnatada,

edulcorante artificial y tres galletas de fibra. Pese a tener una fe inquebrantable en el dinero, desistían de generar más economía productiva y, en lugar de desayunar huevos con tocino, comían una hoja de lechuga. En un mundo dedicado al yogur, la vitalidad suntuosa y gritona del mercado de la Boquería era un tabú. En los albores del nuevo siglo la hegemonía correspondía a la cocina a la *papillote*, los masajes, las dietas hipocalóricas, los cosméticos para adelgazar, la fitoterapia, beber muchos litros de agua, las sesiones de hidroterapia y, en paralelo, la moral *light*. A todas horas asimilaban datos tan novedosos como inútiles: que las nueces tienen vitamina C, que dormir quema 60 calorías por hora, que los champiñones contienen selenio, que pasar la aspiradora liquida 157 calorías a la hora, que las ostras contienen cinc y que el *foie gras* tiene ácido oleaginoso. Las naranjas ayudan a que crezca el bigote, ir al gimnasio aumenta el riesgo de impotencia, la patata nos vuelve más voluntariosos y comer carne de ternera es bueno para estudiar el tercer curso de ingeniería industrial.

Quedaba muy atrás, como un molde oxidado, el esnobismo cosmopolita de quienes ni siquiera citaban ya el Harry's Bar porque por allí ha pasado incluso el hijo de la portera: sobrevivían como podían al parque jurásico los que antes hicieron ostentación feliz de decir que habían bebido un *sling* en el Salón Arco Iris, en el piso 54 del Rockefeller Plaza de Nueva York, champán *rosé* junto al pianista decrépito del Hotel Esplanade de Zagreb —vieja reliquia austro-húngara—, un refresco sin alcohol en la vieja terraza del Face Hotel en la capital de Ceilán o un *Kir Royale* en el V Club, al lado de jóvenes magnates del Pekín poscomunista.

En Barcelona mandan los Narcisos de clase media que practican halterofilia y se someten a sesiones de rayos UVA. Compran el equipo de esquiar al completo sin haber visto nunca la nieve. Viven acosados por una sociedad femenina que ha querido hacer del sentimiento una ideología. La hipertrofia sentimental conduce a una mala prosa de la vida. Si el clasicismo mantiene la naturaleza orgánica del estilo, la originalidad romántica llega a la hipertrofia del estilo. En la Barcelona de comienzos de siglo, la hipertrofia del estilo era el minimalismo, y el estilo impersonal no tenía cabida.

Por la noche, en casa, Daniel recordó el diálogo de la Hora Enciclopedista. ¿Mirada de escritor? ¿Qué quería decir eso? ¿Mirada apolínea, mirada dionisíaca? Había conocido a escritores con mirada de carnicero y mirada de yesero, con mirada de santo y sin mirada alguna. Considérese el caso de las manos de los pianistas. Serían los instrumentos finos, largos y estilizados de una sensibilidad suprema, pero, en realidad, la mayoría de los pianistas de primera fila tenían

las manos un poco rechonchas. Entre el pulgar y el índice hay una distancia considerable. Además, son manos de palma ancha.

Las noches de Daniel eran muy extrañas. Se acostaba muy tarde, cada vez más tarde porque dormía muy poco. Leía, escuchaba la radio y se encamaba con la sensación penetrante de que no se dormiría nunca, hasta que el sueño le vencía y, de repente, muy a menudo tenía sueños de naturaleza cósmica, de planetas que estallaban, de aerolitos vertiginosos, de capas estratosféricas separadas por anillos de luz, un vasto halo galáctico tan infinito como la duración onírica, medida tan desproporcionada con el tiempo real de la noche.

En el recibidor —como toda la casa, siempre entre sombras—, una vitrina custodiaba la colección de conchas que Joel había reunido en la infancia, con las etiquetas de clasificación que su padre le había ayudado a preparar. Eran los días de la fundación de Viluma. Los fines de semana del otoño y el invierno, Daniel y Joel, descalzos y con los pantalones arremangados, habían recorrido de un extremo a otro la franja de Torredembarra, agachándose para recoger caparazones de lamelibranquios que las olas dejaban en el umbral de la arena blanca y fina. En Viluma, Joel limpiaba las conchas y las clasificaba con sumo cuidado, y después confeccionaba las tarjetas con caligrafía muy precisa, con la punta de la lengua asomando entre los labios. Tenía unas cajas bajas divididas en cubículos, y cada espécimen tenía su hueco y la taxonomía clavada en la esquina con una chincheta. Una vez fallecido Joel, Daniel había llevado las cajas a Barcelona y había colocado las conchas en la vitrina del recibidor. Tenía cajitas, arcas, la ostra alada, una insólita almendra de mar, peines y limas, mejillones vulgares, navajas, dátiles de mar, una gran nacra color violeta, pechinas de peregrino bicolores, escupiñas grabadas, almejas planas, la carabela.

Un extraño brillo nacarado hacía resplandecer a menudo la vitrina del recibidor, como una memoria cíclica proveniente de la mar profunda y de la fusión del cuerpo de Joel con la tierra fecunda. Eran conchas más bien vulgares, rutinarias, pero el paso del tiempo las presentaba como la perfección de un exceso. Inmóviles en la vitrina y sin vida, al mismo tiempo latían como un corazón iridiscente, como el enigma de las alas de las mariposas, imagen cifrada de un pacto de la naturaleza. Todo lo impuro que reposa en el fondo de los océanos conseguía cadencias y simetrías que superaban la muerte y las olas, a fin de jaspear la pequeña noche de una vitrina de recibidor. Eran conchas bivalbas, pequeñas magnificencias de conquiolina y carbonato cálcico, premeditadas como el destino de las presiones tectónicas que abren camino a los

ríos, generan los diamantes y petrifican bosques.

4

Al atardecer, las codornices, pequeñas y avispadas, volaban bajo y lento. Era un vuelo fatigado desde el primer aletazo, premonitorio de un horizonte reducido. Después se acercaban a probar el agua de los bebedores que Joel había instalado por doquier en Viluma, cuando era pequeño y admiraba la vida aseada de la pajarería.

Antes de saberse fundadores de Viluma, vieron una explanada dulcemente hundida. Un amigo, arquitecto municipal, les presentó esa especie de anfiteatro rectangular, sin escenario. De todo el conjunto arquitectónico de la vieja masía solo quedaba una figura de archipiélago ruiniforme. Las paredes maestras se mantenían en pie, pero estaban débiles, a punto de desplomarse. Lo midieron todo, y la división asimétrica por metro cuadrado construido —o por reconstruir— quedó compensada en función de una fórmula equitativa que decidieron inicialmente dibujándola sobre un plano en una fonda de Altafulla, por metros cuadrados de tierra. Numeraron los cuatro lotes y lo echaron a suertes. Después, nadie, ni siquiera las esposas y los hijos, había puesto nunca en duda aquel principio distributivo, y este era uno de los méritos de Viluma.

Compraron Viluma cuando los pocos muros que aún aguantaban en pie estaban a punto de venirse abajo. La techumbre abierta, los techos al descubierto, las vigas podridas: los cuatro fundadores veían muchas dificultades, un coste económico que les dificultaría seriamente cualquier otro proyecto, pero también intuyeron un remanso de paz que prometía numerosas horas de quietud. El primer día buscaron un punto elevado desde el que contemplar toda la pequeña llanura, la hospitalidad de las filas de cipreses, las casas orientadas a levante, los restos de laurel en torno a las partes de la masía medio derruidas, y todas las dificultades se trocaban en ventajas e incluso algo así como privilegios de conquistador, de quien ha descubierto una tierra ignota y tiene derecho a triunfar en ella. Con posterioridad, los albañiles que trabajaban para reforzar los cimientos de las casas de Viluma fueron hallando osamentas de pájaros y macetas, vestigios de aquella añeja creencia que sustituyó el sacrificio humano por el de un animal —el gallo, por ejemplo— en el momento de consagrar una vida al genio de la casa que se iba a construir. Siglos atrás, otras vidas humanas habían logrado vivir de esa tierra y conocer otras muchas horas de quietud.

Aquel fin de semana, de camino a Viluma por la autopista, Daniel y Júlia permanecían en silencio. En la radio, una tertulia hurgaba de

manera harto grosera en la vasta superficie del atentado del 11-M ocurrido en Madrid. Después hablaron de la clonación, del coste de las hipotecas y de la vida sexual del príncipe Carlos de Inglaterra. Daniel opinaba que la desaparición institucional de la «querida» ha provocado un daño incalculable a la vanidad del hombre catalán que paga y manda: daño patrimonial al tiempo que sensual. Ahora cuesta mucho más conseguir sin pagar aquello que antes podía exigirse poniéndole un piso a la media virtud que sabía hacer masajes de ego y practicar con pericia el sexo oral. Era una crisis que, fruto de los anticonceptivos y del mundo posconciliar, expandió el feminismo hasta Pedralbes y transformó el adulterio en una práctica insípida y angustiada. En virtud del imperativo de que Barcelona sea más moderna que nadie, los divorciados van y vienen pasando las tardes del sábado con los hijos propios o los del otro matrimonio, llenando salas de cine, convirtiendo los museos en jardines de infancia y destruyendo la tranquilidad en los hoteles con *brunch* dominical. No por otra razón se tenía en el zoo un respeto por Copito de Nieve: representaba dos flancos del macho barcelonés que se aproxima a la mediana edad, en un lado la jaula invisible, en el otro el último recurso para pasar cinco minutos con tres hijos que preferirían hacer un cursillo de kárate para agredir a los profesores del instituto.

Desde entonces la terminología era errática: «amiga», «amante», «compañera». Júlia, por ejemplo: ¿terapia dual, asistente sexual, amor sin calificativos? Ella se dedicaba a mirar el paisaje, abstraída. Es fácil acostumbrarse a un mundo de vanidades melodiosas. Las hemos ordenado entre las líneas de un pentagrama que armoniza y nos priva de no hacer en exceso el ridículo. Llega una sacudida fuerte y el pentagrama se resquebraja: volvemos a la primariedad del hombre que se gusta más que nadie y que es capaz de encontrar en la mayor de sus imperfecciones un destello de perfección aleccionadora para los demás. Del buen gusto de no hablar sobre uno mismo llegamos al mal gusto de no hablar de otra cosa.

A Daniel la Viagra le resultaba muy útil como vanidad melodiosa. El ego recuperó un margen de maniobra que no solo correspondía a los dominios del cuerpo: también le permite tocar tangencialmente los lindes menos perversos de la megalomanía. Había rejuvenecido, incluso por dentro. Vibraba, exultaba. Bajaba las escaleras imaginándose el artista de claqué que todo lo transforma en ritmo. Acoplado a Júlia, olvidaba las decrepitudes del cuerpo, las premoniciones de la vejez, el tufo que la edad biológica impone a la vida cotidiana. Más allá de la capacidad sexual, pequeños núcleos de ilusión punteaban el techo de la habitación, cuando Júlia se había dormido ya con su Teddy Bear a mano, y él la tenía agarrada con el

brazo por encima del cuello y ella tenía la mejilla en el pecho de un amante previamente dilatado por la Viagra. Ante todo, la recompensa era que el deseo no se echara a perder por una fatiga estructural. Era poder responder cada vez a los incentivos de la carne y no quedarse a medio camino, bañado en sudor, con el corazón acelerado y ganas de olvidarlo todo. De improviso, el coito había recuperado —por maceración o por un nuevo proceso de cocción— las categorías del amor. En primer lugar, amor de Daniel por sí mismo, y después amor por las horas, por la curva plácida de las ancas de Júlia, por las sábanas y por la almohada, por la textura de los muros de Viluma, los gemidos semejantes a un suspiro de las mujeres sorprendidas una vez más por los efectos dilatadores de la Viagra. La mirada poscoital de Daniel era de agradecimiento y amor. La Viagra cantaba. Era un nuevo hervor neuronal, hecho de satisfacción, vanidad y gratitud. El pentagrama se había rehecho y la coda de la nueva armonía coincidía con el flujo del agua de los grifos del bidet. Júlia había aprendido a dejar abierta la puerta de un armario provisto de espejo a fin de que, por un juego de reflejos, desde la cama, en una carambola visual, Daniel la viese a horcajadas en el bidet, en aquel gesto de abandono íntimo que la higiene ha convertido en una de las grandes figuras de plástica universal viviente.

Cuando Júlia le dijo: «No lo podré entender aunque me lo expliques», Daniel se percató de que tampoco merecía explicarlo aun cuando lo entendiese: el caso Metabank quizá dejaría vacunada a una generación entera de Pedralbes, aterrada por la ignominia pública, paralizada ya ante cualquier tentación de iniciativa que no fuera sobrevivir y vivir. Metabank, aunque fraudulenta, sería la última gota de ambición de los que habían crecido con Marcel. Al final lo habían dejado solo, dejándose guiar por la penúltima reserva de sensatez o de retracción ante el empuje de imaginación financiera que consistía, entre otras cosas, en estafar. Sí, claro, sabemos de antemano lo que va a ocurrir, pero cuando ya ha sucedido. En todo caso, a Marcel nadie le había dicho que no hiciese lo que hizo, nadie le había dicho que pasaría lo que pasó.

En Viluma, de hecho, no sufrían por Marcel. Sufrían por ellos, por el nido colectivo de Viluma, por las infidelidades cometidas a escondidas, por la sensación de sentirse hijos elegidos de la gran ciudad, los *happy few* capaces de tener chacha filipina y explicarle cómo se usan los preservativos. Qué gran incomodidad, qué china en el zapato les representaba, de repente, Marcel. Reflexionaban en privado sobre que Marcel había sido siempre un hijo de papá incapaz de esfuerzo alguno por valerse por sí mismo. Olvidaban los

favores, los préstamos de Marcel, cómo habían adulado a sus padres y el mundo privativo donde vivían, en Pedralbes.

Quizá sea específico de las sociedades latinas el que la inocencia tenga que demostrarse y la culpabilidad se entienda siempre como un *fait accompli*. Ahora bien, como consideración de un presunto delito, Marcel parecía un estafador en toda regla. De casa buena, estudios en el extranjero, vida íntima equilibrada y tirando a feliz, el caso resultaba de difícil comprensión para quien no conociese la dinámica del dinero. Al contrario de lo que podía parecer, los orígenes privilegiados de Marcel no lo habían educado para ser responsable: sabía exigir, pero no tenía sentido del deber. Y, a la vez, era tan amable, tan detallista con los amigos, tan generoso. Y ahora lo veían en la televisión, con cara de no haber pegado ojo, seguramente sin duchar, le veían el aliento a alcohol, el cuello sudado de la camisa, un manchón de cal de pared en un codo de la americana mal abrochada.

En el momento de la intervención del Banco de España, la entidad bancaria de Marcel tenía más de doscientos millones de euros captados de clientes, y unos ciento treinta millones de liquidez. La intervención había calmado los ánimos. El guirigay de pequeños inversores a las puertas de las oficinas de Metabank declinó. La noticia desapareció de los noticiarios, pero Marcel y familia no regresaban a Viluma. Es más: Margot incrementaba los silencios.

De camino a Viluma, al girar para adentrarse en la llanura, los haces de luz de los faros de los coches cebrearon la oscuridad. Esa noche los fundadores de Viluma cenaron juntos. Hacía tiempo que habían regresado a la cocina de la abuela, a los potajes humeantes, a la cocina del lugar y del tiempo, de mercado. Escenificaban la prosopopeya de los cocineros con mandil, afilando los cuchillos o triturando carne con un mazo. Se habían vuelto partidarios de recuperar los flanes de la tía, los canelones de siempre, la cocina que sigue el calendario litúrgico. Nada como el turrón de Jijona cuando llegaba la Navidad. Habían emprendido un regreso vergonzante a la vez que triunfal a la tortilla a la francesa de toda la vida, humilde y fragante, al pan con tomate empapado de un buen chorro de aceite. Añoraban la pátina ancestral de la antiquísima paella de hierro que cocinaba los huevos con una blonda periférica de gloria. Dorada redondez de la tortilla de patatas, de espinacas, de sobrasada, de alcachofas o butifarra, de ajos tiernos. Desconfiaban del horno microondas y veneraban el tenue sabor de las cebollas otoñales.

También habían realizado el tránsito de la veneración a Tàpies a la admiración por Dalí, de la *nouvelle cuisine* a los desayunos de

cuchillo y tenedor, y del socialismo al maragallismo. En cualquier caso, el año 2004 podía significar una novedad, una ruptura, porque no resultaba difícil estar hartos del centenario de Dalí, de los restaurantes de la Cataluña profunda que destruían el sistema gástrico o de ver cómo Pasqual Maragall llegaba a presidente de la Generalitat y se eclipsaba el maragallismo. Nunca habían sido pujolistas, pero ahora, como todo el mundo, decían que la estabilidad, la confianza…, etcétera. A menudo, Cataluña —de manera horizontal y vertical, e incluso transversal— es una inmensa cháchara propia del mercado de la Boquería.

Aquella noche la atracción era el lífting que acababa de hacerse Nani Álvaro, la tímida bellísima, tan tímida que no sabía ser bella. Tras la intervención tenía aún los labios grotescamente abultados y parecía que una pinza le tensara las mejillas para mantenerlas adheridas a las orejas. Tenía una mirada de ciervo extraviado, desamparado. Toda Viluma se acercó, bajo cualquier pretexto, para ver a la hermosura legendaria sometida a las temporalidades de la cirugía estética, vencida no por la realidad, sino por el síndrome de los cincuenta años. Era una morenaza en su plenitud, de ojos grandes y oscuros, valientes, un metro sesenta y cinco, cincuenta y cuatro kilos y piernas esbeltas, inacabables. Las piernas eran su orgullo. Ventura las había pintado mil y una veces, y siempre eran inmejorables.

En la cena la conversación era monotemática: Marcel, el querido, el añorado, y por entonces también el desaparecido. El vínculo se establecía entre las cámaras de compensación bancarias, Metabank y el monstruo financiero planetario. Todo eran operaciones monetarias virtuales, un golpe de tecla de ordenador que hacía circular el dinero de un lado a otro, a la velocidad de la luz. Se diría que Marcel iba surfeando por torrentes de dinero virtual que circulaban a toda hora, *non stop*, como decían los confidenciales financieros de Internet, enriqueciendo a traficantes de armas, a nuevos magnates rusos, a grandes expertos policiales en delito financiero, a *traders* de materias primas, a mafias balcánicas y a narcotraficantes de Colombia. La alquimia del metacapitalismo transformaba el dinero negro en dinero fulgente que después servía para pagar sobornos, financiar partidos políticos y untar a periodistas. Transferencias de título, ficheros sin rastro.

—Al final Marcel acabará como una encarnación del mal, como el nuevo Fu-Manchú —dijo Daniel.

Miles, centenares de miles de operaciones simultáneas del día a día en tiempos electrónicos, protegiendo el sistema vascular de la red informática de todo riesgo de arteriosclerosis. Ahorros y

depredaciones navegando bajo el puente, como las aguas turbias. Pantallas de ordenador radiografiando los traspasos de la riqueza, de la codicia o del fraude. Direcciones y números de cuenta corriente en las islas Caimán, nueva fisiología de la vida monetaria interbancaria. La movilidad vertiginosa del dinero, maligna según los nuevos moralistas, era la esencia del pecado, así como la raíz genética del sistema global que, de acuerdo con las sospechas, disponía de Metabank como apéndice. Una transacción financiera pasa de un extremo a otro del planeta y puede llegar a ser la metamorfosis en forma de bonos de un país del sudeste asiático. Al igual que las caravanas transitaban por el desierto de oasis en oasis, el dinero blanqueado saltaba de *off-shore* en *off-shore*. La geografía nómada del capital, mudando de piel y de rostro minuto a minuto.

La leyenda convertía el nuevo sistema en una medusa informática y dolarizada, con vida autónoma, con energética y combustible propios, capaz de sobrevivir a todos los episodios de la vida material inasequible a la oxidación, al cortocircuito, a la decadencia. La leyenda hablaba ya de un universo paralelo, una suerte de posible sustituto del otro universo. De repente, Osama Bin Laden podía asomarse desde un balcón del universo paralelo o comparecía la sombra del potencial petrolero en el golfo de Guinea. De repente todo daba pavor, y parecía que un exceso de energía pudiera resquebrajarlo todo y géiseres de una nueva lava fueran a hacer estallar el latido cotidiano del sistema financiero mundial.

—El juez, el juez que firma el acta de la suspensión de pagos, asegura que el patrimonio neto de la entidad asciende a más de... ocho millones de euros —dijo Amadeu Prat.

A medianoche, los hombres se quedaron solos, fumando y bebiendo, sin prisas. Continuaron hablando de Marcel y de cómo lo habían conocido. Era factible que creyese no haber traicionado a nadie: no era un fraude en sentido estricto, sino una especie de simulación, un juego de inteligencia entre él y una masa anónima, sin rostro. No era un especulador despiadado, sino más bien un iluso que había querido volver a la idea salvaje del beneficio como respuesta de adolescente tardío a la ruina recurrente de los adultos de casa.

Por razones diversas y contrapuestas, los padres de los cuatro fundadores de Viluma habían decidido que estudiaran el Bachillerato Superior en un internado, el Colegio Docere de los Padres Congregacionistas, ubicado frente al Montseny. Tenía fama de disciplina estricta, de régimen duro y de buenos resultados académicos, incluidos el segundo de Reválida y el examen de Preuniversitario. De la noche a la mañana, Ventura Dols, Marcel

Petrus, Amadeu Prat y Daniel Marquet se habían encontrado por puro azar llevando una vida totalmente distinta, lejos de la familia, viendo todos los días el Montseny por la ventana de la habitación, totalmente apartados de Barcelona. Tuvieron suerte. La crisis interna de los padres congregacionistas —fruto posconciliar, aun antes del Concilio— había llegado al punto de que el internado, cada vez más despoblado de alumnos, era un sálvese quien pueda venturoso y a la vez útil, de modo que en él se sintieron a gusto y, al mismo tiempo, estudiaron de una manera cómoda y holgada, lo justo para aprobar y dedicar el resto del tiempo a la amistad, a leer, a pintar o a expediciones nocturnas que a veces acababan en escandalera. Los cuatro amigos disfrutaron de una iniciación sexual razonable con las enfermeras de un balneario de aguas termales no muy alejado del internado. Eran ilimitadamente felices, todas las mañanas, todas las noches, muy lejos de la lúgubre patibularidad de la adolescencia. Por la noche fumaban estirados en la cama, con las manos en la nuca, y escuchaban discos de jazz. Se ahorraron los últimos coletazos de una educación estricta y mezquina.

La única autoridad en el Docere era el padre Finestres: abandonó la orden el mismo año en que los cuatro futuros fundadores de Viluma concluían el bachillerato. En realidad, la pedagogía, para Finestres, era un sustituto de la política. Compareció en primera fila durante la transición democrática, pero fue como un meteoro sin origen ni destino, una llama fuera de lugar. La pedagogía de Finestres consistía en poner una gran fe en la voluntad al servicio de una composición utilitarista de la vida social, con una dosis muy seductora de cinismo. Pasados los años, Finestres no les servía ya como ídolo, pero sí como una especie de almanaque que propone máximas y refranes para resolver los dilemas humanos de cada día.

Por eso, después de la universidad, ya casados y con hijos, los cuatro coincidieron a la hora de comprar el núcleo de casas medio derruidas de Viluma. Fumaban, con las manos en la nuca, mirando las llamas de la chimenea o la oscuridad de una noche de verano. Los años en el Docere regresaban de vez en cuando, y es justo constatar que nunca sintieron desagradecimiento. Eran un bloque del pasado insólito y poco común, perfectamente dibujado en la memoria, capaz de mantener una amistad tan duradera y frágil como todas las amistades.

Aquella noche prestaban atención a un monólogo de Ventura Dols: «Ya lo sabes. No existen academias particulares que den clases nocturnas de adaptación a la vida. Al fin y al cabo, eres tú quien decides si quieres el agua con gas o sin gas. Eres tú quien buscas la sencillez o prefieres saber que las cosas son complejas. Vamos

perfeccionando un instinto y... cerrándole la puerta a otro. Son crecimiento y a la vez amputaciones. ¿Darwinismo? No, no le pongas nombre. ¿No? Pero así es. Si algo no es bueno ni malo es que es relativo... y eso significa insípido... cómodo en la medida en que es cómoda... una silla de plástico. La infancia, claro está, es harina de otro costal. Al mismo tiempo, desde muy pronto has empezado a cerrarte puertas. Sin el ¡pam! de cada portazo, como un eco. Y partes de ti mismo quedan detrás de cada una de las puertas que se te cierran día a día. Una vez es la puerta de las relaciones fraternales... otra es la puerta de la vida cándida. De improviso encuentras la espiral infinita de los cuerpos que la masturbación concreta, hasta que algún día no encuentras los cuerpos, estirados en la cama. Vas amasando un ego... como quien amasa fango para fabricar un jarrón, siempre un poco rudimentario... siempre sin medida. Y durante toda la vida oirás alguna puerta que se cierra a tu espalda, y el ego va resquebrajándose. Me gustaría equivocarme... De hecho, ¿quién te ha dicho que te tienen que gustar las rubias o las morenas? ¿Quién decide que seas viajador o sedentario? Y vas perdiendo fragmentos de memoria, como quien se vuelve sordo o necesita cada vez más dioptrías. ¿Quién ha dicho que seas una persona con sentido del humor o con sentido de la responsabilidad? Esto antes podía atribuirse a las familias que imponían un modelo moral o a las grandes escuelas que tenían un sistema, pero no al sálvese quien pueda de ahora. Y es tan extraña la mezcla de facultades innatas y de capacidades adquiridas... Ahora bien, como dice no sé quién, si nos viéramos caminar, no podríamos caminar en absoluto. Detente a ver cómo vives y... ya es algo bien distinto».

Amadeu Prat: «Tal vez habéis olvidado la lección del padre Finestres. “Cuando quieras algo, pídelo.” Si no lo pides, se lo puede quedar otro. Si no pueden dártelo, sabrán que moralmente te deben algo. Pide, no pienses que te estás rebajando ni que tendrás que devolver el favor enseguida. La mayoría de los favores no se devuelven. Y por eso quien te ha hecho el favor te deberá aún más. Fijaos en que Marcel, aunque proviene de una familia más rica, nunca ha devuelto un favor ni le ha dado las gracias a nadie. Además, todos hemos pensado siempre que era el más generoso de todos nosotros».

No se trataba solo de que el vacío generado por la ausencia de Marcel tenía que llenarse con hipótesis: debían revisar el pasado y determinar en qué momento Marcel ya los había traicionado, mucho antes del escándalo de Metabank. Era exactamente la teoría del padre Finestres, pero aplicada no a Marcel sino a los amigos que interpretaban la vida de Marcel. Es decir, ¿eran ellos los que no

habían sido nunca generosos con Marcel y eran ellos los que le debían favores y por eso no le perdonaban? Ciertamente, ninguno había olvidado la lección del padre Finestres, y cada uno de ellos la había llevado a la práctica en más de una ocasión. No siempre habían obtenido lo que pedían, pero a la postre habían logrado algún resultado porque, del «no» inicial, había surgido una especie de deuda moral, y al final llegaba un «sí», a veces inesperado. «Sé desagradecido y la vida te aclamará»: lo sabían, y lo habían puesto en práctica, como casi todos, pero aquella noche —en realidad, desde que había estallado el escándalo de Marcel— querían que el único desagradecido fuera el amigo —el socio, el cofundador— que rodaba sin remedio precipicio abajo.

El sábado por la mañana, Daniel caminó hasta el pequeño cementerio de Viluma. Al principio habían caído en una cierta actitud sacrílega —ciertamente, nada respetuosa— cuando iban. Al final, Daniel se había quedado con la llave y de cuando en cuando entraba, solo, en el camposanto. Periódicamente engrasaba la cerradura, arrancaba las hierbas más malignas, recuperaba el trazado del sendero entre las tumbas. Sabía que algún otro habitante de Viluma seguramente le estaba observando y hablaría de ello en la mesa, como si fuera una rareza, la consecuencia de la esposa enloquecida o el instinto del patricio que se cree líder del lugar. Sabía que alguien haría un comentario y no le estaba de más, pero la verdad es que iba al cementerio porque le gustaba. Era un contraste nítido, y la constatación de una muerte que ya era lejana y de que los cuerpos estaban enteramente podridos, disueltos en la tierra eterna, como las lápidas medio borradas por la lluvia. Todas las doctrinas de la muerte, todas, han contado con seguidores hasta la muerte. Y cuanto más pavorosa es la hipótesis, mayor inteligencia se le aplica y la vuelve más geométrica, más fatal. Trochas abruptas que subían al Gólgota. Eran quince, veinte tumbas. Multiplicaba por generaciones y por familias. El manto verde crecía de un humus de un millar de muertos, denso de podredumbre humana. Cerraba la verja con cuidado. Volvía a casa. Guardaba la llave del cementerio en el llavero de la cocina. Dejaba los guantes de jardinería. A veces importa saber que alguien nos ama, pero conviene no abusar. A Daniel la vida le había llevado hasta el punto en que agradecemos que, desde cualquier torre de campanario, nos lleguen los toques del Ángelus.

Buena parte de la masía Viluma había sido antiguamente una huerta. Un pleito dinástico sin fin había arruinado a todos los litigantes, sin vencedor final. Los pozos extraían aguas freáticas para emplazar un calvero húmedo de regadío entre viñas y avellanos. La

tierra de Viluma incluso se ennegrecía más, como si absorbiese a la vez aguas profundas y la sombra única del lugar, al abrigo de la cresta granítica que separaba Viluma de la cuenca cerrada del embalse. En cada rincón de las tierras de la masía un refugio de piedra en seco había servido a dos generaciones para jugar a las guerras extranjeras.

Acaso Viluma había sido la última configuración mental de la infancia de los fundadores. Justo antes de la adolescencia, ideamos sociedades, ejércitos, sistemas de dominio imperial, y todo ello con sumo detallismo si somos el tipo de chicos silenciosos que juegan solos. Después olvidamos con qué precisión hemos imaginado legislaciones y sistemas, la adolescencia nos lleva hacia una revuelta sin exactitudes, turbia. En cambio, el niño concibe universos ordenados y fundamentados por entero en relaciones de causa-efecto. Así era el pequeño Daniel, jugando solo en el almacén de la editorial, transformando montañas de libros en torres soberanas, fundador de un mundo único, donde no hacían falta alguna la justicia o la misericordia. Todo debía funcionar, autónomo, inexorable. Tal vez se trate de la primera propensión totalitaria del hombre —solo especulativa e imaginaria— hasta que la juventud nos lo da a entender con violencia, expresada o inhibida. Es la edad mental para creer ciegamente en alguna utopía y querer imponerla sea como sea, y mejor aún si es transportada por los cientos de caballos de potencia de un fanatismo expeditivo. Viluma correspondería más a la primera concepción, preadolescente, callada. Le añadía una cierta ilusión de gran familia, una de las pocas creaciones humanas que se aproximan a la utopía de vínculos espontáneos y orden sin leyes. Al mismo tiempo era un sistema defensivo, no ofensivo. Muy al contrario que un paisaje de bacanal, no pretendía reflejar ninguna acción de semidioses, tan solo alguna concordancia posible entre la naturaleza y la vida, más allá de la guerra eterna entre la naturaleza y la cultura.

De la felicidad, en Viluma no hacían balance explícito, pero sabían que había sido positivo, desde el momento en que el pequeño valle, las casas y los ínfimos rituales se habían vuelto una costumbre. Habían domesticado los fines de semana, se los conocían al dedillo, aunque no podían —ni hubieran querido— sustraerlos de las consecuencias de la vida: un niño que se rompe el brazo, quedarse sin leña, las goteras, el dolor inesperado, el divorcio e incluso la muerte.

Las sucesivas modas que afectaron a Viluma no eran del todo originales, pero, vistas en perspectiva, como el piloto que cruza el cielo y ve la tierra como una manzana arrugada, configuraban una

gran sala de museo etnológico. Por ejemplo: el proyecto de la pista de tenis. Era característico de Viluma que, allá por los años sesenta, todos se hubiesen pertrechado de raquetas, pantalones cortos de color blanco, faldellines y polos. Llegaban de Barcelona con todo el equipo de competición en el maletero del coche. Todo eso sin haber decidido dónde construirían la pista ni cómo y quién lo haría. Improvisaron redes, pequeños rectángulos para el juego improvisado, pero nunca midieron del todo una pista de verdad ni decidieron dónde situarla. Fue, con toda probabilidad, el primer paso en falso de la Viluma colectiva: habrían jurado que el deseo convertiría la pista de tenis en una realidad; de hecho, ya la habían visto y se habían visto jugando en ella, con los demás esperando a la sombra, con una toalla al cuello y una limonada en la mano. Del tenis malogrado al ping-pong factual hubo una transición un tanto irónica, una acomodación conseguida con humor. Y tanto daba: el ping-pong permitía prácticamente los mismos estilismos presuntuosos, casi tanta exhibición de fintas y reveses como el tenis, y, además, sin tener que practicarlo bajo la canícula. La sala etnológica empieza a perfilarse con el aro de baloncesto portátil. A comienzos del verano de 2004, del aro colgaba aún un andrajo de red, más deshilachada por la lluvia y por los rigores de la intemperie que por los partidillos persistentes de las generaciones de Viluma. Aun así allí estaba, portátil y a la vez enclavado ahí por los siglos de los siglos, en la explanada que había entre las casas y el pajar. Entonces allí jugaban los niños, y hasta algún padre, simulando jugar por casualidad, encestaba balones para demostrar algo. Todo fósil de pocos años atrás, como las raquetas de tenis junto al paragüero, la mesa de ping-pong arrinconada cuando llegaba la hora de las barbacoas. La figura de los dinosaurios y los hámsteres eran en todo caso los restos de una moda más caprichosa, el vestigio de una fase «pop» de la Barcelona que hubiera querido convertir el mercado de la plaza de las Glorias en Carnaby Street y se había conformado con creer que Tuset no era una calle sino un estilo. En la entrada de la casa de Ventura Dols, por ejemplo, había un *jukebox* que llevaba años sin sonar. Daniel tenía, en una recámara entre la cocina y el comedor, dos máquinas de jugar a los millones, convenientemente desenchufadas a fin de que los jóvenes no decidiesen ponerse a jugar. En otros tiempos no habían parado de funcionar, zarandeadas hasta la penalización de la partida.

Por fortuna, la gradual institucionalización del ecologismo había liberado a Viluma de una hegemonía apabullante, impuesta en especial por la segunda generación, por el hijo de Ventura y, sobre todo, por las chicas Prat. Espe, la menor, había sido su agente

principal.

«Las fotocopiadoras contaminan», decía, al principio de una especie de letanía.

«Estas patatas contienen un sodio que provoca impotencia», una afirmación que hería profundamente la masculinidad de los presentes.

«El papel higiénico con colorante provoca cáncer», advertía a madres y abuelas.

«Son salchichas elaboradas con restos de ballena asesinada en plena moratoria. Generalmente ocasionan demencia senil precoz. Tomate en lata, vais bien: directamente, te mata.»

«Nabos del huerto, no me hagáis reír... El Alzheimer y los pesticidas van de la mano. Solo lo niegan los laboratorios farmacéuticos.»

«La leche mata ahora mismo a más gente que los accidentes de circulación. Es leche maligna, podrida.»

Cuando le recordaban que Hitler era vegetariano, Espe los miraba y les perdonaba la vida.

Tal vez sí que los hombres son grandes comediantes y las mujeres, magníficas actrices trágicas. En todo caso, la vocación de la desgracia es más habitual entre las mujeres. Era el caso de Emi Prat. Los hombres iban pasando por su vida con una huella de discordia vital que ella atesoraba con fervor: lo tenía escrito en la frente y le era natural en la mirada. Al contrario que otras mujeres, no le importaban los detalles sino el clímax de la tragedia, ya fuese con un lexicógrafo, un camarero de discoteca o un delincuente común. El objetivo supremo, no demasiado original, era sentirse parte de la vida de un hombre y hundirse con él hasta llegar al estrato del lodo. Si entonces podría o no redimirlo, no entraba en los cálculos: lo esencial era sentirse desgraciada, ser desgraciada. Esta había sido la pauta a lo largo de los años, contemplada al principio con estupor, y después con familiaridad, por la buena gente de Viluma. Claro que nadie hubiera podido prever que, en el verano de 2004, ella se presentaría en Viluma fatalmente vinculada al profesor de expresión corporal de sus hijos.

De buenas a primeras, alguna de las chicas Prat o de la generación joven se eclipsaba durante meses. Desaparecía. Era un golpe de viento de la vida íntima que se las llevaba lejos de Viluma, en alguna ocasión un malentendido con los padres. Aquel eclipse, aquella ausencia, producía un efecto especial de reducción de las cosas. En esos instantes resultaba más fácil juzgar a los ausentes, simplificar su personalidad, abreviar la complejidad, que es razón humana. Después regresaban, y no tardaban en recuperar toda la

capacidad prismática de los personajes, volvían a encontrar la vieja envoltura de complejidad y dejaban de ser entelequias imprecisas por un efecto de distancia.

Hiperactivas con hijos hiperactivos y maridos a menudo apáticos y siempre cambiantes, todas juntas las chicas Prat eran dinamita, un mundo estrepitoso y siempre movedizo: ellas mismas ilustraban de buen grado un desafecto a los poderes clarificadores del entendimiento, una naturaleza indócil y salvaje, las colisiones más deliberadas, una suerte de perfidia constante y genética, de tal modo hegemónica en casa y en un ecosistema siempre en expansión que parecía abocado en todo momento a la riña hostil y a la invasión del terreno enemigo. Con todo, a pesar de tantas consecuencias más bien catastróficas, las hermanas Prat se querían y practicaban una cierta bondad fundacional, pero no demasiado mesurable, nada tangible.

Por una temporada, Eli practicaba la antigimnasia y la conciencia corporal, mientras que Lena creía que el destino la obligaba a montar una parada de cachivaches en el mercado de los Encantes. Podían ser ferozmente vegetarianas, partidarias radicales de la castidad como forma de lucha femenina o activistas de una ONG dedicada a comprender a los maoístas del Nepal. Aquel fin de semana, la novedad era que Lali llevaba un tatuaje tántrico en el omóplato izquierdo.

Habían marcado —a sangre y fuego, según algunos— una época de la vida universitaria de Barcelona, como una galaxia de amores y aventuras, divisables, aun a escasa distancia, como una parte del volumen dinástico que los más *insiders* conocían desde siempre como el «efecto chicas Prat». Hasta merecían un capítulo de la crónica mundanal de las ideologías. Si Eli Prat quiso ser la primera de la familia en casarse por la iglesia, de blanco y con banquete en Viluma, fue por una simple cuestión de reacción, tras observar cómo las hermanas y las amigas se iban de la noche a la mañana a vivir con un hombre, o contraían matrimonio en extrañas bodas simbólicas, con sacerdotes que llevaban chirucas y anorak, o, de buenas a primeras, presentaban el amante a la familia como quien ha recogido un perro que andaba perdido. El recuerdo de aquel banquete de bodas en Viluma tenía un *crescendo* famoso. Se celebró al aire libre, con numerosos tableros largos sobre caballetes, servilletas de papel y vino de la tierra. Todo el mundo iba diciendo que era como una escena de película italiana. En el momento de cortar la tarta nupcial, la chica Prat tuvo una arcada y vomitó encima de la mesa. Si aquello fue una trasgresión o un empacho nadie lo ha aclarado todavía, pero el caso es que las sucesivas bodas de la chica Prat fueron a partir de entonces más discretas y bien

digeridas.

Los padres, en cambio, los fundadores de Viluma, conformaban una generación perseguida por una música estéril. Habían arruinado toda traducción trascendente de las cosas, incluso de la música. Hasta Ventura había vuelto a creer en el realismo pictórico antes de aceptar que la música necesitaba recuperar el lirismo, la emoción y la melodía. El mundo requería una energía turbadora y lírica que la estética de vanguardia había pretendido aniquilar. No se trataba de una gran causa, ni tampoco de una profecía: sencillamente, era un vacío que nada más podía llenar porque la grandeza de la música existía para cabalgar sobre aquellas masas de aire, y, si no, tan solo existía la nada más absoluta. Las nubes debían volver a transitar por los cielos de los cuadros, esponjosas u oscuras, del mismo modo que las sinfonías clásicas debían ocupar la franja gloriosa del tiempo, el ser desenvuelto equivalente de la fisión nuclear o del rigor de una fe. Demasiado tiempo habíamos pasado sin el socaire sinfónico, sin la música que desciende de las altas sierras y zarandea los bosques más espesos, hasta llegar a todos los deltas que desembocan en los océanos.

«Personalmente no he vivido la experiencia de una victoria política. Siempre he permanecido en segunda fila, como los jefes de protocolo o los ayudantes militares», había dicho Amadeu la noche del viernes. Ya no soportaba por más tiempo la ambición pornográfica de los jóvenes *parvenus* desprovistos de toda lealtad política, descaradamente agresivos. Conservaba aún viejas pasiones. Era un ego apaciguado, todavía limpio, bien engrasado, una maquinaria dispuesta pero sin voluntad, y sin líder. Había pasado la frontera de los sesenta años manteniéndose decorosamente egoísta, sin caer en el ridículo. Sabía, en el fondo, que eso ya es mucho. Sabía, por otro lado, que tenía un tacto y una mano izquierda que la vida pública no le había recompensado nunca, y ello seguramente por ignorancia.

—¿Unas memorias? —sugirió Daniel, en el papel de editor.

—¿Siempre sin poder real, sin poder concreto? Si estuviéramos en otro país... Un senado vitalicio. La Cámara de los Lores. Gobernador de las Bahamas.

Prat detestaba ante todo que le preguntasen por qué motivo se había dedicado a la política y no a otro asunto. «¡Ah!, los otros asuntos...» Si el motor primero podía ser la verdad, en el caso de Prat había un aspecto penetrante de fisgón, de curioso de la vida pública, de anecdotista.

—No me aburro, porque no me he aburrido nunca. Pero no me veo dispuesto a fumar pipa o a coleccionar soldaditos de plomo —

dijo Amadeu, y después—: No sé si la política es la profesión más indigna o no. Ciertamente, en la política hay cosas indignas, pero de la más indigna se habla muy poco, y es el poder de los funcionarios, en virtud de un estatus de escalafón y perpetuidad que obliga al poder político a ceder y a pactos que los funcionarios después respetan si les viene en gana. El contraste entre la naturaleza meteórica de la política y la realidad granítica de los funcionarios es ofensivo. Se mofan de ello, se pitorrean de uno desde que se levantan hasta que se acuestan. Debes ser intensamente despótico, utilitariamente chulesco y criminal para granjearte el respeto de los funcionarios.

Cuando una sociedad se acostumbra a no tener burguesía liberal, es propensa a hacer de las carencias un mérito: entonces los hagiógrafos esculpen un friso social donde la corona de las artes, las ciencias, el comercio y el progreso ha ido a parar a una clase media que es alta gracias a las libertades de ahorro antes que por la imaginación o la magnanimidad. Regresan entonces las tendencias literarias costumbristas y las dinastías conservan aún el humor pitarresco del menestral o la cálida manaza de la masovera. Aun a sabiendas de que la burguesía es más bien insustituible, la hagiografía mantiene el principio de que no tener es un privilegio, aunque, a la larga, el vacío que aquella remota y embrionaria burguesía liberal dejó desde quién sabe cuándo sea ocupado por el intervencionismo público y la mala conciencia izquierdista. Con burguesía liberal no habrá el mismo costumbrismo, sino gran novela europea. Pero, al contrario, el nuevo costumbrismo fácilmente ocupa el lugar de los moralistas clásicos —es decir, los franceses—. La política queda en manos de los contables, de los tenderos, y eso cuando no la controlan aventureros de bajo vuelo, como Amadeu Prat.

«No, no todo es relativo —dijo Ventura, con un hilo de voz—. Alguien —¿qué filósofo?, ¿qué escritor?— dijo que el hombre que afirma que la verdad no existe... te está diciendo que no te lo creas. Y no le debemos dar crédito.»

Cuando Daniel volvió a casa, Júlia cantaba en la cocina. La escuchó largo rato sin que ella se percatase. Cantaba «Rosa d'abril». Como si hubiera olvidado fragmentos de la letra, tarareaba partes y después, una vez recuperada la memoria de las palabras de una vieja canción, levantaba la voz, nota a nota, como si cantar fuera una forma pura de las glorias del amor. Todo permanecía en silencio a fin de que la vieja canción arrullara a los que sufren, el dolor irremisible de la humanidad, el misterio del dolor y del goce.

En el diario Júlia había anotado: «He visto una película

americana. Un personaje dice: “Llueve cuando estás triste, no es que estés triste cuando llueve”».

Júlia era una falsa apática. Daniel la veía pasar horas y horas en el jardín. Pensaba que nunca había amado con tanta intensidad y que, a la vez, nunca le había importado tan poco. Ya lo veía como un elemento del pasado, y que ni Júlia, ni la tierra removida con el rastrillo pintado de rojo ni el mismo Daniel acechando sin ser visto eran reales. Nada era real cada vez que Júlia le preguntaba qué prepararían para cenar o cada vez que entraba en la habitación a la hora de dormir, descalza, con el pelo sostenido por un turbante elástico. La falsa apatía de Júlia tampoco era como la felicidad vegetativa que parece sacar toda la fuerza del ir creciendo y arraigando, sin preguntarse por qué ni cómo.

La entrega de Júlia era serena, nunca espectacular. La experiencia de Daniel con alguna mujer reptilíneamente depredadora le había vuelto muy desconfiado, y por eso observaba tanto a Júlia, receloso más que celoso. En el fondo, los celos son una ilusión funesta. De repente, Júlia entraba descalza en la habitación, se sacaba el turbante y quedaba desgreñada a contraluz, con una belleza fugazmente estatuaria, mórbida y presta. Tal vez era inexperta socialmente, pero parecía dotada de una experiencia humana silenciosa, como la lección de cierto sacrificio familiar de juventud. Quedaba en silencio y comenzaba de nuevo la expulsión del hombre del primer paraíso, sedimentaba viejas cortezas, los círculos concéntricos del árbol de la vida perdida. Caía la noche sobre Viluma. Una unidad imposible lo ligaba todo alrededor del movimiento de Júlia, hasta que se metía en la cama, junto a un hombre que hacía ver que leía.

—Cualquier día te darás cuenta de que no soy nada —le dijo a Daniel. La tipografía de la página que estaba leyendo quedó borrosa, como si la medio partiese una lágrima.

«¿Cómo?», pensó Daniel, y no dijo nada. También pensó que tendría que instalar unos bancos de madera en el jardín, unos bancos que había visto en los jardines japoneses, con objeto de que Júlia pudiese sentarse y descansar. El corazón le había empezado a latir con fuerza, bombeando sangre, repartiendo oxígeno.

Con fecha de la noche anterior, Júlia había escrito en el diario: «¡Ah, si pudiera tener la misma edad que D.! Tal vez llegaría a entender más cosas y no me dejaría fuera de sus pensamientos, cuando no sé dónde está ni cómo llegar. Más madura mentalmente y resultarle atractiva. Ser una bruja, saber qué piensa y qué desea y dárselo enseguida, como si nada. Acepto de todo corazón serle casi una intrusa, como una realquilada en su vida». Daniel se enterneció

al leerlo. Pese a la culpa que sentía por la indiscreción, incluso si sospechaba que Júlia sabía que él le leía el diario, no podía detenerse. No acertaba a entender que algunos días Júlia escribiera con un estilo endomingado, un poco lírico, y al siguiente fuera prácticamente pornográfico. Por ejemplo, decía una anotación de la semana anterior: «Sé que le gusta, cuando le hago una mamada, que levante la mirada para ver si se la hago bien y que yo, con la otra mano, haga el gesto de sujetarme el cabello detrás de la oreja para que él lo pueda ver todo bien. Esta tarde le costaba dios y ayuda y me he puesto a pasarle la mano por la bolsa de los testículos, y después las yemas de los dedos, con un movimiento rotatorio que al final le ha producido una erección satisfactoria. Ha descargado dentro de mi boca y tenía gusto de romero y yogur desnatado. Hemos dormido un rato cogidos de la mano». Era una anotación curiosa, en primer lugar por el detallismo y, al mismo tiempo, por la dulzura que destilaba el conjunto, pero sobre todo porque nada de todo aquello había acontecido. Sí, habían dormido la siesta uno al lado del otro, en posición fetal acoplada, vestidos, de manera casual, pero no habían mantenido ningún contacto carnal. Esas inmersiones en el género de la ficción eran periódicas en el diario de Júlia. Daniel no sabía si eran fruto de un deseo insatisfecho o si, en cambio, por si él lo leía, le iba explicando lo que ella quería que hiciesen o le proporcionaba por vía escrita unos episodios de actividad sexual como plus a las sesiones de Viagra dosificada.

Júlia estaba echada en la cama, con los ojos entrecerrados. Un temor le arrugaba la frente y los labios. Tenía los párpados oscuros. Una refracción de la luz del baño le jaspeaba todo el volumen del cuerpo bajo el cubrecama. Daniel le puso la mano en el culo y ella se aferró a su brazo, como una criatura que se desvela en medio de la noche y solo oye los gritos de las bestias en la selva. Por lo que acertaba a entender de Júlia, era de esas mujeres que solo pueden creerte cuando mientes.

5

Un móvil con la sintonía xilofónica de «Nabucco» sonó de improviso cuando acababa de dar comienzo la ceremonia fúnebre por el editor Parera. No se trataba de una pincelada patriótica ni del óbolo necrófilo que el *establishment* cultural de Barcelona suele ofrecer a los escritores difuntos. En el caso de Parera —alias la Sibila—, hacía demasiados años que vivía sumido en el olvido como para que la jerarquía política catalana estuviera presente en el tanatorio de Les Corts, a fin y efecto de posteriores declaraciones del siguiente tenor en la escalinata: «Cataluña y la lengua catalana le deben mucho». A Parera le debían algo los lectores que habían hallado vitamina intelectual y vital en el catálogo de toda una existencia como editor posibilista. No eran muchos en la sala del tanatorio de Les Corts, cerca de la basílica politeísta del Barça. Llamarlo la Sibila había constituido una mofa injusta para las pretensiones de un editor con gran olfato para las nuevas tendencias y personalidades de la literatura. «El olfato me indica... Me huelo que... La nariz me dice...» En realidad, tenía las papilas olfativas en el talonario, sobre todo antes de la entrada en acción impositiva de las agencias literarias. A diferencia de otros editores, la Sibila era melodramáticamente generoso con sus autores e incluso les felicitaba por su santo y su cumpleaños, hacía regalos a los niños en Navidad y había pagado algunas facturas por tratamiento de desintoxicación alcohólica. Acaso esta fue la razón de que hubiese ido perdiendo el respeto de todos, y el paso de los años lo había reducido a la condición de homosexual grotesco, de sibila con boa de *vedette* de revista del Paralelo. Le adjudicaban calzoncillos con lentejuelas y amores socráticos con repartidores de pizza a domicilio.

En la ceremonia del tanatorio no estaban presentes las nuevas generaciones de editores, y gran parte de los asistentes parecían más atentos a la pantalla del teléfono móvil que al hibridismo del acto, como si leer los SMS pudiera sustituir la misa. Que la ceremonia hubiera eliminado todo vestigio sacro seguramente era, o bien una cuestión de inercia, o bien una decisión de los herederos, fueran quienes fuesen, porque la Sibila siempre había sido partidario de la liturgia, del incienso y de las voces blancas en el coro, viejas horas de *harmonium* de la infancia aprendiendo a dos voces el «Tantum Ergo».

«¡Ha muerto la Sibila!» Hacía unos días que Daniel había recibido la noticia. La Sibila, de homosexualidad gangosa y dócil, había

abandonado sus actividades como editor después de apostar en falso por una serie caribeña de novelas linfáticas. En la entrada de la cueva de la Sibila solía haber jóvenes secretarios de culo caído y cabello grasiento, querubines que parecían tener ganglios en las axilas y las ingles, como el fauno recubierto de musgo verde en la fuente de un jardín. Nadie ponía en duda que Parera era un buen editor, y por eso de él quedaría más bien la caricatura, los andares de pingüino, la corbata de pajarita, las anécdotas sobre el paso del republicanismo al franquismo y, después, a la transición rupturista. La desgravación fiscal a la exportación de los años sesenta y setenta le había permitido una expansión notable —en parte real y al mismo tiempo muy ficticia— en el mundo iberoamericano. Fueron sus mejores años. La Sibila devino un tótem, como una orquesta de un solo músico, si bien hacía ya años que los competidores le rapiñaban el catálogo.

Por encima de todo, Daniel recordaba mil y una comidas con Parera, perpetuamente atento a las idas y venidas de algún sumiller arcangélico. Era la vieja Barcelona. Hacía años que padecía un cáncer que le había dejado en los huesos, sin ninguna defensa biológica, apestando a muerto. Y hacía años que escribía unas memorias que era de todos sabido que ni siquiera había empezado. Pero si no lo hacía era por un vestigio de piedad, por no decir verdades, para no concretar todo aquello que, como sibila, había contribuido a difuminar. Deberíamos entender que hay hombres que, en algún momento de su vida, deciden que la mejor huella que pueden dejar es contribuir a que el pasado sea cuanto más ambiguo mejor. Si tantos siglos han transcurrido y de lo poco en claro que hemos sacado de ellos nada hemos aprendido, que la ambigüedad sea en ellos hegemónica constituye quizás un don para el futuro.

Antes de entrar en la sala del tanatorio, un viejo gacetillero de libros se aproximó a Daniel:

—También ha muerto Robert Manera, hoy, de madrugada.

—Aún era joven —dijo Daniel.

—Hombre, ochenta y ocho años. Hasta su fallecimiento, el último secreto que guardaba es que se había convertido al islam. Ha muerto de un infarto, en casa, arrodillado y descalzo, de cara a La Meca. Nadie sabía nada de él. De joven había estudiado en la escolanía de Montserrat.

—Las muertes de los escritores. Zweig, suicidándose junto con su esposa en Brasil el día de la caída de Singapur en manos de los japoneses.

—Musil, mientras practicaba gimnasia. Sesenta y dos años. Hemorragia cerebral.

Un cronista cultural los escuchaba como quien no perdona a los demás la ignorancia propia: «No he leído nada de Robert Manera».

—Ah, primero católico, después comunista y ahora musulmán. Siempre buscaba la fe inapelable, la identidad irremplazable. Publicaba dietarios. Iba cortando a rebanadas sus largos procesos de conversión, como quien corta mortadela. No creo que exista ninguna de las editoriales que publicaron sus escritos. Era muy arrogante...

—Y Musil. Decía que quería terminar la novela a mitad de frase con una coma —continuó el viejo crítico.

—Manera era arrogante, suficiente, ambicioso. Pero no sabía escribir. Le parecía una tarea secundaria. Era el hombre ideal para fundar una secta e irse a vivir al Bajo Pirineo, cerca de algún conjunto románico.

—¿Y la muerte de Salvador Espriu diciendo «Verdi»? ¿Hablaba de un vídeo o de la redención italiana? La réplica es el suicidio de Gabriel Ferrater.

—¿Cuál es la estadística de los escritores que quieren que, después de muertos, sean destruidos todos sus papeles pero solo lo dicen a beneficio de inventario?

—Gogol los destruyó él mismo antes de morir.

—Por lo que respecta al poeta maldito, la muerte por droga ha sustituido a la tuberculosis.

—Eurípides. Lo matan y despedazan a dentelladas los perros de palacio.

—A última hora, Darwin: «No le temo en absoluto a la muerte».

—Lord Chesterfield antes de morir. Llega una visita: «Dadle una silla a Dayrolles».

—Henry James: «Así que, al final, esta es la cosa distinguida».

—Lucrecio muere enloquecido por un afrodisíaco.

—Thackeray, de un cólico.

—La mejor muerte. En un taxi. Robert Lowell.

La conversación, la frígida realidad del tanatorio y la concurrencia mortuoria sumaban los síntomas patéticos de una cultura en descomposición acelerada y de una ciudad escindida entre la enormidad de la materia y la insignificancia del espíritu.

En el pasado, el primer encuentro de los patricios rurales y de una burguesía industrial en sus inicios fue como cuando dos ríos se encuentran y suman caudales, a consecuencia de la erosión de las montañas y los valles, por una precipitación tectónica o un efecto lentísimo de meandros. Venían después el textil y la banca rudimentaria. Los ingresos de la avellana o del corcho eran la sedimentación harto primaria de un futuro que, por fuerza, también debía transformar la política catalana y dar potencia a Barcelona.

Hacen acto de presencia el choque social y las invenciones de la identidad. Un puñado de poetas y sacerdotes redecoran el mandato proteccionista, y lo propugnan desde los púlpitos y desde las ceremonias de los juegos florales, mientras el anarcosindicalismo quiere liquidar la inocencia pactada entre la riqueza, el Estado y una imaginación colectiva elemental, todavía más rural que urbana.

Alguna gran convulsión ha fracturado a toda una sociedad cuando, de repente, la pregunta es: ¿quiénes son de verdad, ahora mismo, los ricos de Barcelona y de toda Cataluña? Todo el mundo conoce algún caso, algún nombre, pero no es difícilmente cartografiable el paisaje de la nueva riqueza de los nuevos millonarios, la alquimia del oro en la época del *chip* y de los *shop malls*. La leyenda de fortunas exorbitantes amasadas con las máquinas tragaperras o las tiendas de todo a cien decía tanto de la imaginación empresarial como de una sociedad dispuesta a no prepararse la cena y castigarse el estómago y el paladar con pseudopasta italiana con queso chicle, jamón plastificado y alcaparras procedentes de un más allá fatídico y proletario.

En la despedida fúnebre de la Sibila, las intervenciones de los colegas y autores, como sucede en un país como Cataluña, donde nunca se sabe quién representa a quién, se prolongaban repitiendo lugares comunes y vacuidades. Alguien había invocado la larga noche del franquismo, otros hablaban de «nuestra patria», y el tópico menos ofensivo era que los libros son una garantía de libertad.

—Claro que no tendremos en cuenta *El manifiesto comunista*, el *Mein Kampf* o el Corán —le susurró el viejo crítico a Daniel.

En su última visita a Parera, meses atrás, Daniel le vio en la muñeca derecha el reloj que le administraba morfina. Yacía en la cama del hospital, reducido a un anteproyecto de supervivencia. Pasaba de la exaltación al amodorramiento. De repente había dicho: «Daniel, quiero contarte algo que no he explicado nunca». Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y, con las manos trémulas, se rebozó el cuello con las sábanas, como quien quiere garantizarse la pureza antes de emitir una aspersión de impudor. «¿Sabes?, fue mi mejor día y... también el peor.» Y volvió a relatar la ocasión en que, en la Feria de Frankfurt, después de las copas en el bar del Frankfurter Hof y de cenar en el Bistrot 77 con un fabricante de enciclopedias en cedé, había ido a parar a los urinarios de la estación central, conducido hasta allí por Hugo, el novelista peruano al que había conocido ese mismo día. Toda Barcelona conocía el episodio de la estación de Frankfurt, antes incluso de que finalizara aquel desplazamiento a la feria del libro, hacia mediados de los años ochenta. Transfigurada en pantomima ya más ingenua que obscena,

la noche orgiástica de Parera se había convertido en un ritual de iniciación para los editores jóvenes que representaban a medianoche la escena, junto a la barra de cualquier bar. Nadie desconocía el detalle de la concatenación plástica de cuerpos masculinos, en la que estaban presentes un gran biógrafo, tres editores de Nueva York, dos novelistas de prestigio, un crítico hindú, agentes literarios de todo el mundo, diversos espontáneos habituales del lugar y, en medio, como una nota inocua de acordeón, aquel editor de Barcelona, dócil y eufórico, arrebatado por una oleada de deseo y de entrega.

Podía morir con la certeza de que había actuado de comparsa ilustre en el final de Babilonia, en el subsuelo de Frankfurt. Hieratismo y contorsión, carne flagrante, formas cismáticas y bizantinas: cada vez que Parera relataba esa historia, más se agigantaba su papel en la culminación representativa del deseo, más protagonista de ella devenía, como al final de un ciclo de simbologías que quedan definidas en un deslumbramiento que va más allá del significado. La multiplicidad de la vieja escena, y quién sabe si Parera solo la había presenciado como espectador situado un poco al margen, hacía que se creyera un precursor. Tal vez lo era.

Tan escuálido, tendido en la cama del hospital, el cuerpo semejaba una espingarda abandonada. Los ojos, enfebrecidos, multiplicaban una vieja pasión de vivir y contar la vida. La proximidad de la muerte lo convertía en una presencia más bien cómica, con la mancha de la barba encanecida. Tenía un aire de figuración románica a punto de convertirse de un salto en un personaje de *commedia dell'arte*, un polichinela travieso más allá del dolor y de la fatalidad. Acaso siempre había sido así, pero en perpetuo movimiento, incapaz de callarse una malevolencia o de fingir un laconismo. En la cama era una pura fragilidad que al final, gracias a la misericordia divina, murió sin sufrir.

Por vez primera se dio cuenta Daniel de que no era una historia patética, sino una especie de ronda nocturna, de desfile de la muerte, mientras el reloj de morfina marcaba el paso de la vida de la Sibila, por el cuerpo que había vivido lo suficiente como para poder tomar parte en la conglomeración homosexual de la estación de Frankfurt. Asomando de las sábanas quedaba el rostro conturbado de Parera, con las manos trémulas y las uñas negras, el mechón de pelo desgreñado sobre la frente, la mirada de alguien perseguido día y noche por la última oportunidad de explicar la mejor historia de su vida, una historia por todos conocida. «No lo había explicado nunca —dijo—. Me gusta que seas tú quien lo sepa.» Dejó de llorar.

Cuando Daniel se marchó, la Sibila tuvo tiempo de sonreír. Alzó el brazo en el que llevaba la pulsera de morfina e hizo un ademán de

gracia y retorno, como cuando antes se despedía en los restaurantes a sabiendas de que quienes quedaban en la mesa se podrían acto seguido a hablar mal de él. «Ah, sí, la gran rutina», dijo. Por los pasillos de la clínica, la humanidad dolida avanzaba hacia una extirpación de ovarios o el escaneo de un quiste maligno. En aquellos días rompía a llover de improviso y Barcelona se oscurecía como cuando, por el rostro de un moribundo, pasa la primera sombra de la muerte. También era la gran rutina de las nubes y de la climatología, el bombeo arterial de la sangre en el corazón, el tintineo de las monedas en las máquinas tragaperras y la sugestión de los jugos gástricos convocando a mesa.

Templos, clínicas y tanatorios que conocían a la perfección la embriaguez del dolor, hasta la concreción física, sufrimiento del alma hecha soma, pérdida irreparable que, instituida como ausencia, encanece una cabellera o mina la consistencia de un sistema nervioso. Es un territorio que corresponde a dioses barrocos y sentenciosos, tan lejos de la idea de amor como de la perfección pastoral. Está el caso del soldado que, sorprendido por el ardor y las descargas feroces de la adrenalina de combate, ni siquiera oye el estallido del obús que lo hiere. El motorista, escasos instantes después del accidente, quiere saber qué queda de la moto, sin percatarse de que el brazo le cuelga, fracturado. La ciencia ha hablado de la sustancia P —de *pain*, 'dolor'—, que transmite el mensaje doloroso. También se habla del efecto Anzio, para explicar que el significado del dolor puede variar en función de la ansiedad o la esperanza. Los soldados estadounidenses heridos en la batalla de Anzio necesitaban mucha menos morfina que los civiles con las mismas lesiones: era el efecto Anzio, en virtud del cual para los civiles las heridas eran motivo de ansiedad, mientras que para los soldados significaban un billete de vuelta a casa.

Pisas el linóleo de los pasillos de una clínica y de repente te encuentras en el corazón de una inmensa central nuclear del dolor, de cuerpos que sufren el horror del deterioro y de espíritus derrotados por una prueba inmerecida, injusta. Toda una conspiración contra la supervivencia de cuerpos que antaño fueron bellos y de espíritus que eran felices. No hace más digna a la raza humana el que haya podido revivir tantas y tan altísimas cotas de dolor; solamente es más digna de compasión, como un perro aplastado en medio de la autopista por un camión de gas propano. Si el dolor nos engrandece o nos hace más cobardes y mezquinos, a nadie le importa. Nada puede ser inocente tras la presencia del dolor, como cualquier interferencia en un mundo sin perdón. Provisionalmente, existe el camino de ignorar el dolor, como lo

ignora quien sea que lo ha hecho posible, del mismo modo que una falta cometida contra los hombres no nos inspira remordimiento, sino miedo al castigo que se nos pueda imponer.

La parte íntima de la ceremonia fúnebre fue incluso más huera. El secretario de toda la vida leyó un poema demasiado largo y una sobrina con aspecto de bruja psicotrópica cantó una especie de canción *folk*.

Entre la asistencia, el nombre de Marcel Petrus sonaba más que cualquier evocación —por grotesca que fuese— de la Sibila. El caso Metabank, como el eco en la prensa de París del regreso de Napoleón a los Cien Días, se agigantaba hasta llegar a la dimensión conspirativa del crac de 1929. Si por desgracia le faltaba un componente político, tan habitual en la época del socialismo felipista, no dejaba de ser una mezcla de vida privada —Marcel, *gourmet* sexual— y de vida pública, siempre de incógnito, siempre con gafas oscuras, pero tan identificado como la Sibila con los últimos momentos de Babilonia.

La sociedad barcelonesa, desde tiempo atrás, había ido perdiendo la costra de las apariencias o, mejor dicho, había sustituido unas apariencias por otras, en virtud de algún tropismo mimético: el resultado había sido imprevisible, porque allí donde habían creído eliminar convencionalismos, a la postre solo comparecían los intereses. Es decir, aparentar cierto interés por las ideas, o por la estética o por algo en común había perdido tanta fuerza que solo existía, de forma hegemónica, la avalancha de los intereses particulares. Nada que fuera bueno o malo: simplemente tangible, manifiesto, taxativo. Era una ciudad que, cuanto más prescindía de las apariencias, más falsa se revelaba. Barcelona, ciudad olímpica y después capital del ilusionismo, ciudad de silencios argumentados en silencio, ejecutados por empatía o por temor a una venganza. Miles, centenares de miles de personajes iban en busca de autor: solos, preferían callar, y, si fuera posible, no ver.

En la fila de detrás alguien susurró: «Acuérdate de esto que voy a decir: el asunto Metabank puede hacer tambalear la Argentina». De hecho, no era una profecía demasiado original en vista de todo lo que en los últimos tiempos había hecho que Argentina se tambaleara. El comentario era, no obstante, de otro tipo: situaba a Marcel en el núcleo tentacular de la conspiración financiera, la vieja tesis de los que querrían identificar en todo momento una sinarquía que gobierna el mundo de manera anónima y subrepticia. Cualquiera se hincha a vender libros sobre el poder masónico, la Trilateral o la banca suiza.

La personalidad de Parera correspondía aún a otras

circunstancias, a las de un mundo de *happy few* a punto de desaparecer para siempre, e incluso a cierta aristocracia del espíritu, ya bien degenerada. Era el caso del barón del Bellveure, que Daniel había conocido tiempo atrás en un almuerzo con la Sibila. Hacer uso cotidiano del título nobiliario era ya una prueba del empuje del barón, sobre todo cuando dejaba mensajes a las telefonistas. El barón de Bellveure no tenía patrimonio ni fama, tan solo el título. Estaba en el vestíbulo del tanatorio, con su bastón de bambú y mango de plata.

Daniel había intervenido en la tentativa de publicación de unas memorias del barón que eran impublicables. Él hizo como si fuesen publicables pero no las publicó, y el barón, finalmente persuadido por la evidencia, le quedó agradecido, actuando así a contracorriente de las leyes del comportamiento humano. Haciéndole un masaje al barón septuagenario, una esteticista diplomada se había convertido en la segunda esposa y baronesa. Curiosamente, la mujer tenía todo un ademán aristocrático y él, todo el aspecto de un chofer. Son las metamorfosis de una aristocracia de pocas generaciones y de una semiprostitución enaltecida por la dieta.

En cada visita de Daniel, el barón le obligaba a un repaso de los manuscritos preciosos de la biblioteca. Era, de hecho, una biblioteca despacho, mayormente ocupada por una estufa de butano con ruedas, por entero desangelada. El busto del barón, en la repisa de una chimenea con troncos de plástico iluminados, representaba la cara y la cruz de la aristocracia catalana, a menudo de título isabelino, de propensión servil y a la vez despótica. Eran títulos de escasa aristocracia. El barón daba saltitos por el despacho, acariciando con mano pulcra manuscritos que le había vendido a peso un librero de viejo. A Daniel le costaba no imaginárselo dando saltitos en calzoncillos por la casa de masajes donde había conocido a su segunda esposa, justo después de que la primera lo abandonase tras desplumarlo a base de bien. Dar saltitos entre manuscritos, mariposear entre vulvas a precio convenido: fascinante decrepitud, en un chalet mustio, que la señora de la casa llamaba *vivre à chateau*. Quizá mantenía el diploma de masajista esteticista colgado en el cuarto de baño, para conferir rigor operativo y profesional a la balda repleta de cremas para masturbar al barón saltarín.

«Todo sea dicho, querido amigo. Marcel Petrus nos ha deshonrado», dijo el barón. Daniel sabía que quería decir que Marcel había estafado. Por un vestigio espurio de estilo social, el barón cambió de tema y criticó las leyes de inmigración y la llegada a espuertas de chilabas al paisaje de la cristiandad. A menudo hablaba de recuerdos que no tenía y de viajes que nunca había hecho.

Al contrario de lo que pudiera parecer, la masajista sexual no se había casado con el barón por dinero. La primera mujer se lo había quedado todo, desde el castillo hasta la cubertería de plata. La segunda mujer se había casado por amor, con un hombre rechazado por toda la familia por haber contraído aquel segundo matrimonio. Intrigaba a muchos saber si el pene del barón continuaba recibiendo masajes vivificadores o si era rigurosamente cierto que el salto de la casa de masajes a la baronía había aristocratizado a la masajista. Daniel pensaba que sí. Además, los ahorros fruto del trabajo de la esteticista eran la única sustancia económica del barón, como sucedía antes del título nobiliario, en los tiempos en que la familia estaba en la montaña y no había bajado todavía a Barcelona para enriquecerse, lejos de la masía donde había puesto en marcha una industria porcina.

«La especulación ha acabado con el honor —afirmaba el barón—. Hemos pedido la noción de sacrificio y de deber. Antes, la contraprestación por una victoria consistía solo en los laureles. Ahora consiste en la cifra de una cuenta corriente en las islas Caimán», dijo el barón.

La baronesa tenía el cabello plateado, una nariz finísima, el cutis delicado, la mirada serena: había nacido para ser aristócrata y para que le pintase el retrato un pintor de antes de la Revolución Francesa. El azar había colaborado con el destino el día en que el barón consultó las páginas de oferta sexual de *El Periódico* y decidió no sentirse tan solo. Así, la plebe asumía la nobleza que le correspondía desde siempre. En lo tocante a la primera esposa, vivía en el castillo con un antiguo campeón de billar, endeudado y entusiasta del arte de la halconería.

La prueba de un país civilizado o de toda una civilización es valorar cada una de sus miríadas como un lujo verdadero. Por eso un viejo gastrónomo decía que la cocina de un pueblo es el único testimonio exacto de su civilización. Las hileras de cipreses son un lujo, la sopa de tomillo, el viejo tejar que perpetuaba una tradición de oficio, la fuente que ha quedado arrinconada en un barrio remodelado de la ciudad, el violonchelista que se dirige al auditorio para el ensayo de los jueves. El tanatorio de Les Corts queda excluido de esta panorámica.

Salían y se agrupaban en los rellanos, para ilustrar escultóricamente la fácil y fluida transición a la decadencia y a la nada de los escritores con manía persecutoria. La paranoia es el denominador común de los escritores que dejan de escribir para ponerse a esperar los laureles siempre verdes de la gloria. Eran un subgrupo mayoritario, que solía escribir memorias y autobiografías

que nadie tenía ganas de publicar. Calculaban los premios honoríficos que aún les correspondía recibir y cómo sería minutada, según TV3, su despedida en el tanatorio de Les Corts. Otros subgrupos eran los agraviados por los premios no recibidos, no muy lejos de los que habían vivido una fama precoz y hacía tiempo que empalidecían a la sombra del gran ostracismo.

No tenía solución terrenal la vieja y horrible historia de los escritores heridos y humillados por el rechazo editorial. A veces, la pasión monstruosa llenaba toda una vida. La pregunta era si hubiera sido tan monstruosa en caso de que el fracaso no hubiese sido literario sino de diplomático frustrado o de ingeniero sin éxito. Puede ser, en términos más genéricos, que el fracaso artístico, consecuencia de las patologías románticas, fuera muy específico, como un virus que afecta de lleno solo a las vocaciones inconcretas como querer escribir o, sobre todo, ejercer de escritor. Generalmente, el escritor fracasado ejerce mucho de escritor, tal vez porque nadie le reconoce que lo sea. Solo lo entiende la esposa que padece en silencio, que calla, que comparte y, en más de una ocasión, agradece la oportunidad de participar en una desgracia tan ingente. Ella, en silencio, sabe con total certeza que es su víctima principal y, en el fondo, la protagonista de la tragedia.

Tanta injusticia, en cualquier caso, no fomentaba la ternura, ni una simple pasada de mano por el lomo. Entre los editores, la reacción más habitual, y así sucedía en el caso de Daniel, era cruzar a saltos la calzada de una Diagonal atestada de coches para esquivar el gesto conminatorio de un ex autor que hace señas blandiendo el paraguas en el aire, con una bolsa de El Corte Inglés colgada del antebrazo, pantuflas de senectud urbana y las inmensas ansias de triunfar contra alguien. Por un postrero vestigio de pudor, solían iniciar la conversación con una anécdota literaria mil veces contada, cada vez más oscura, más empañada por las cataratas y la insuficiencia prostática. Todo tenía que ver con una ocasional conferencia en la universidad o con un crítico que todo el mundo había olvidado ya. Vieja ciudad de escritores dominicales, sustituidos por personajes mediáticos que firman libros que no han escrito. Al final, todo acaba en el agravio acumulado, piramidal.

Aquella tarde, la Hora Enciclopedista no fue demasiado divertida.

—En Barcelona, ahora mismo, pensar es un riesgo —dijo X. Como hacía poco que había pasado de vivir en Tarragona a hacerlo en Barcelona, tenía la obligación de creer que la intensidad intelectual era incompatible con la superficialidad. Y así suele ser, sobre todo en el caso de Barcelona.

—Debe de ser por el mestizaje, por el hecho de que, como dicen

ahora, Barcelona sea una ciudad de mestizaje, de cultura del mestizaje. Lo encuentro francamente ofensivo —afirmó Y. No creía que fuera posible que la literatura en castellano y la literatura en catalán fuesen compatibles en un mismo territorio, aunque era por completo ajeno a cualquiera de las dos. El punto fuerte de Y era la ciencia biológica y que el siglo XXI sería, fundamentalmente, el siglo de la biología. He aquí, sin embargo, donde no era del todo inmune a la literatura.

—No, insisto —dijo X—, ¿por qué razón, si hay un pensamiento en Cataluña, es el pensamiento sobre Cataluña y, encima, proviene de fuera de Barcelona? La metrópoli corrompe el pensamiento catalán, hace de él un juego malabar, sin raíces.

—Sí, claro, volvamos al mar y a la montaña —decía Z—. Allí adonde teóricamente llegaron los griegos vas a encontrar imanes, depuradoras, escritores de Paraguay. De allí de donde bajaron los hombres fuertes, de la montaña de los guerreros, ahora bajan saxofonistas que tocan en el casco antiguo, poetas de recital municipal, ideólogos para los *batzokis* del barrio de Gracia.

Daniel no creía que pensar en Barcelona entrañase un riesgo: o bien, sí, uno de los riesgos que consideramos un lujo. Claro que no es lo mismo pensar sobre el vacío que pensar en el vacío: pero, a fin de cuentas, todo se había vuelto minimalista.

Cuando Z empezó a distinguir entre pensar y filosofar pareció que inauguraban un tema nuevo, pero era el mismo: Barcelona era una ciudad más proclive a los filósofos que a los pensadores, del mismo modo que descollaba más en escuderías de Fórmula 1 que en especialistas en maratón.

—¿Atenas contra Esparta? —preguntaba Z.

«Digamos que Terrassa igual que Sabadell», pensaba Daniel.

Del adiós al editor Parera pronto no quedó nada. Los últimos presentes se iban caminando, y pasaban cerca del campo del Barça como si quisieran hacerse suyo un hurra que nunca habían recibido. Habían quedado a la zaga de todo, de la gran aventura, del viaje único, de la prosa intocable, del *Grand Soir*, de la revolución y de la contrarrevolución, sin otra épica que el hambre de gloria al por menor de un adolescente de pueblo. Dejaban atrás la hilera de taxis, los vendedores de flores, la humanidad que ya no sabe cómo vestir en los funerales porque no existe ya el duelo ni una forma colectiva de despedir a los muertos.

El último adiós. Parera emigraba hacia un mundo que quién sabe cómo juzgaría su noción de anciano estoico que hacía las *fellatios* con preservativo. Había conocido el contacto furtivo en los cines de reestreno y la novedad anónima de las cabinas en los *sex-shop*, el

vaho sofocante de los baños turcos y la tibieza de los jacuzzis. Aquella noche de gloria en Frankfurt lo había acompañado como una sombra protectora cuando iba de sauna en sauna, de urinario en urinario, digno aún como un senador romano, muerto de miedo antes de cada osadía, dichoso después, cada vez que salía adelante y podía volver a casa indemne, sin el terror en la entrepierna. Sí, los editores jóvenes se reían de él, lo equiparaban a la subrealidad de la parodia. Pero Parera había vivido hasta el último segundo, meciéndose en la intemporalidad ubicua que había conquistado en los *minguitorios* de la estación de Frankfurt, el final de Babilonia.

6

La chiquilla estaba en los huesos. Llevaba el pelo toscamente rapado, con calvas, y aún parecía un tanto sucia. Estaba prácticamente igual que cuando Eli y Lolo la habían recogido del orfanato de la ciudad de Changsha, capital de la provincia de Hunan, al sudeste de Pekín, mil kilómetros al sur. En Viluma, Daniel vio a la niña por primera vez, en brazos del abuelo Amadeu Prat. Era una chiquilla toda ella mirada, con la sabiduría de la vida inicial en el breve pliegue de unas mejillas carnosas a pesar del hambre sufrida y de las señales de maltrato que Eli y Lolo le habían encontrado en los brazos, en los pies y en la espalda. Milagrosa migración unipersonal y, a la vez, tan vasta como la deriva de los continentes y las corrientes oceánicas. Bisnieta de imperios abolidos, desterrada en la pequeña tierra de Viluma, de los grandes ríos a la playa mediterránea, todo un aliento de promesas y de alegrías. Vaya cambio abrupto de geografías para acabar esbozando una sonrisa en brazos de un abuelo político ambivalente, cerca de un mar que se extinguía, con las costas del sur dispuestas a invadir las tierras del norte. Vaya diferencia esencial entre los ríos que nunca se detienen y el Mediterráneo estanco, podrido. Con la sonrisa, el pliegue de las mejillas se arrebolaba levemente, y la mirada conseguía una gracia madura y feliz. Quién sabe qué carga de supersticiones y profecías correspondía genéticamente a esa mirada: en cualquier caso, heredera de siglos y siglos, exiliada mucho más allá de los imperios y del seno materno, llevada muy lejos por los nuevos tiempos, entre gente de napias voluminosas y un perímetro verde de cipreses. Otros rocíos, otros cañaverales, otras canciones de cuna. Dragones de una tradición muy dispar.

En los primeros compases del éxodo estival, una larga hilera de coches a media velocidad remolcaban caravanas, lanchas y motos de agua por la autopista. La vía estaba atestada de furgonetas llenas hasta los topes de familias magrebíes, de camino al hogar de los padres, dispuestas a exhibir los bienes atesorados en Europa y a casar a la hija adolescente con el mejor pretendiente. En pleno verano empachoso y húmedo, un magma humano transitaba por el inicio de la autopista. Pararse a poner gasolina en un área de servicio era saltar al otro lado del espejo y descubrir la naturaleza de los nuevos oasis del flujo nómada como una compilación de efectos y perversiones del crecimiento económico, la LOGSE demediada por el nuevo gobierno socialista, por el *zapping*, la inmigración, la

música rap y el mundo milagroso del aire acondicionado. En los portaequipajes de las furgonetas de los magrebíes, detenidas bajo la canícula, se amontonaban los cubrecamas y los grandes cojines, mientras los niños iban al lavabo y las niñas quedaban inmóviles, en el interior, escuchando un cedé de canciones árabes reiterativas, empalagosas como la repostería de miel. Los jóvenes llevaban gorras de béisbol con la visera en la nuca, el pelo muy corto, el móvil en la mano y unas gafas de sol de esquiar.

La fauna más autóctona iba en bañador, sin camisa. A menudo, en la cintura, llevaban la riñonera y la cartuchera del teléfono móvil. Cerca de los lavabos de la gasolinera unas chicas bailaban, sincronizadas por los *walkman*. Una mujer encinta, con el vientre protuberante a la vista, se bebía a chorro una botella de agua mineral. Un universo vulgar de vacaciones pagadas y de coches comprados a crédito desplegaba sillas y mesa de pícnic. Cortaban un melón. Le pasaban el porrón al abuelo, superviviente de una vida sin vacaciones, ni DVD, ni nietas con el ombligo al aire ni *piercings* en la punta de la lengua. Un adolescente vestido con tejanos ocho tallas de más se erizaba los pelos de una cresta fosforescente. Algunos llenaban de agua garrafas de plástico y otros esperaban quién sabe qué, en forma de subgrupos humanos que circulaban en órbitas diferentes, vigilándose por el rabillo del ojo, examinando el coche del otro, practicando así un sistema comparativo que genera, o bien envidia, o bien autoestima. Aquel verano la panoplia más compartida era la del móvil en una mano y el botellín de agua mineral en la otra: comunicarse sin tener nada que decirse, saciar la sed sin aguardar a tener. Barcelona no tardaría en quedar desierta, como una colonia diezmada, islote habitado por un puñado de Robinsones con aire acondicionado.

La llegada de la niña china dominó Viluma todo el fin de semana porque, incluso en forma humana, una *chinoiserie* forma parte de los recursos de la literatura. No en vano todos eran de Barcelona, una ciudad intrínsecamente epidérmica.

La llegada de la hija china de Eli y Lolo representaba una mutación en los principios dinásticos de Viluma. De acuerdo con las fases sociales, Viluma había sido al principio una agencia matrimonial y después se había convertido en una fuente de divorcios. Si la primera fase había sido integradora y la segunda, más bien centrífuga, la tercera incorporaba el componente destructivo de la infancia bárbara. Los nietos de los fundadores destruían todo lo que se les ponía a tiro, arrasaban. Se trataba de una actividad constante, infatigable, que solo vivía una tregua cuando dormían, patitiesos, tras una jornada de destrucción

sistémica. Daniel era quien lograba permanecer más al margen, pero, aun así, un buen día los nietos de los fundadores le destrozaban una vieja máquina de moler café, o pisoteaban un trozo de jardín, o descubrían un parasol arrinconado y lo despedazaban para fabricar un remedo de alas para volar desde lo alto de un viejo muro. Eran parte de la naturaleza, del día después, con una media sonrisa en los labios, como quien está a un tris de hacerse con un nuevo lujo.

Desde que recibieran el fax de la embajada de China, Eli había vivido pendiente del portal electrónico de la Asociación de Familias Adoptantes en China, la AFAC. Todas las tramitaciones resultaban arduas, los contactos con alguna entidad colaboradora de adopción internacional, esperar el certificado de idoneidad, el informe médico sobre las causas de la infertilidad, las pruebas psicosociales, las visitas a casa de los psicólogos y asistentes sociales, la solicitud al China Center of Adoption Affairs, la documentación al Ministerio de Justicia y al de Asuntos Exteriores, desembolsos diversos, etcétera, hasta recibir un número de espera de acuerdo con la embajada de España en Pekín. Después los días iban consumiéndose con la lentitud de las dunas que borran el paso de las caravanas. Al final se habían puesto en manos de la organización Bridge of Love para la tramitación del expediente y del viaje, la estancia y la recogida de la niña. La asignación de su número de expediente llegó por fin a finales de abril.

El primer trayecto fue Barcelona-París-Pekín. En Pekín contactaron con la guía intérprete y volaron hasta Changsha, capital de la provincia de Hunan, a orillas del río Xiangjiang. El avión sobrevolaba cadenas montañosas de color cocido, por encima de vastas conurbaciones, y prácticamente podían percibir el movimiento incesante de la gente yendo del campo a la ciudad para conseguir, tras muchos esfuerzos, un teléfono móvil y, después, un piso y un coche. Habían visto ríos de color amarillo y tierras ocres. Pasaron por encima de viejas ciudades, con las tejas barnizadas, con templos a orillas de un pequeño lago, entre plantíos de arroz.

Bajaron del avión aturdidos. Tenían miedo. Al final del control de llegadas, una joven china, con una pequeña mochila en bandolera, les esperaba. Blandía un trozo de cartón blanco muy grande donde podían leerse unas letras muy torcidas. ELI PRAT. Era la guía intérprete de la Agencia de la Mujer. Apenas hablaba español y lo pronunciaba según todas las leyes del doblaje de películas sobre la amenaza amarilla. «¡Cuánto calor!», le dijo Lolo. «Sí, ¡diveltido!» Reía infantilmente y al mismo tiempo como si no los viese, como si estuviera dispuesta a hacer su trabajo mejor que nadie pero sin contaminarse del poder extranjero. «Lápido, lápido.»

Lolo: «En primer lugar fuimos al hotel. Estaba situado en el centro de un conjunto de bloques de pisos que parecían poder desplomarse de un momento a otro. El vestíbulo, inmenso, parecía diseñado para acoger a la asamblea del partido comunista del distrito... los pasillos, estrechísimos. Seguramente, era un edificio de antes de que los chinos decidiesen comprar los planos de segunda mano o copiar directamente la arquitectura occidental. Resulta difícil hacerse una idea. "Glan lujo", decía la guía. Supongo que exagero, pero digamos que el grifo de la bañera estaba en la cabecera de la cama... el interruptor de la luz del dormitorio quedaba fuera, en el pasillo... el ventilador se accionaba estirando la cadena del retrete. Esta es la idea. Por las paredes veías cañerías duplicadas. Toda la decoración era exactamente igual que la de los restaurantes chinos más baratos de Barcelona. Una arquitectura dudosa, un *kitsch* asfixiante. Y la guía que decía "Tiempo colto" y reía cuando le preguntabas cómo funcionaba el agua caliente».

Por la mañana, la amplia acera frente al hotel estaba a rebosar de autocares y microbuses. Había dos autocares repletos de americanos, todos de mediana edad, a la espera del nuevo hijo. Sin apenas darse cuenta, se encontraron sosteniendo en brazos a la niña. Estaba muy delgada. Trasluciéndose bajo la piel, los pequeños huesos acongojaron a Eli, pero esa era ya su hija, para siempre. Tenía la piel irritada, como si la hubiesen lavado de forma chapucera, y llena de heridas. Mal rapada y sucia, sonreía. Llevaba un pijama de rayas rojas y amarillas. Los pañales eran muy extraños y primarios. En las piernas le vieron marcas de haber estado atada. Después supieron que en aquel orfanato era habitual atar las niñas a la cuna.

Un anciano chino, de frente arrugada y mirada inquisitiva, penúltima encarnación de un mandarín de pueblo, los miraba con atención. Se acercó. Era el señor Cao, un funcionario del orfanato que había pasado años en Cuba. «Niña necesita comer fruta y verdura», les dijo.

«Queríamos salir de allí lo más rápido posible. Ir al hotel, estar a solas con nuestra hija. Pero después de firmar el registro, también tuvimos que ir a la notaría. Todo el papeleo estaba hecho y solo faltaba la solicitud de visado de la niña y la inscripción en el libro de familia por parte de la embajada de España en Pekín.

»Firmamos documentos que no sabíamos qué ponían. La niña firmó con la huella de la planta del pie. Pusimos el pulgar en una esponja con tinta roja y firmamos sobre una hoja de papel de arroz. Hicimos efectiva la donación de tres mil dólares al orfanato. Pero lo que de verdad queríamos era saber a ciencia cierta, de una vez por todas, que ya era nuestra. Diréis que tal vez... que tal vez era más

afán de posesión que amor. Puede ser. La teníamos a cuestas, nos habían entregado un *dossier* con su identidad, pero recelábamos, temíamos que aún no fuera nuestra del todo, que fuese una niña realquilada... una estafa.»

Tuvieron que pasar siete días de espera, a fin de completar el papeleo y conseguir el visado de la niña. La humedad apabullaba.

«En la habitación del hotel, la niña nos miraba en todo momento. Radiografiaba nuestros rostros. Sabíamos que estaba explorando el mundo de la gente con narices grandes.»

Una tarde en que paseaban por la ciudad, se encontraron con el señor Cao, el anciano emigrado de La Habana. Estaba sentado en una suerte de banco de bambú y jugaba en el tablero de *mahjong* con dos hombres de su misma edad. Se incorporó y les habló con una distinción que los regímenes políticos nunca han logrado destruir del todo. Antes de despedirse y continuar la partida, levantó un dedo hacia el cielo, como un viejo maestro de sabiduría, hizo el gesto de mecer a un bebé y cantó:

Tú drume negrita
Que yo va comprar nueva cunita
Que va tener capitel
Que va tener cascavel.

Por el laberinto de las calles laterales, la chiquillería los miraba y decía: «Waibin! Waibin!». Según el señor Cao, estaban diciendo: «Invitado extranjero». Entre bocinazos de los autobuses y timbrazos de las bicicletas, caminaron por una ciudad construida con el molde de una caja de zapatos, todo arquitectónicamente uniforme, a diferencia de la calle, infatigable, con ancianos impasibles que fumaban cigarrillos uno tras otro, dando la espalda al fulgor trémulo de una pantalla de televisión rodeada de mujeres. Visitaron el templo de la Felicidad Suprema, el pabellón del Corazón del Cielo y la isla de las Naranjas.

Nunca, afirmaba Lolo, se habían sentido tan intrépidos, tan capaces de abatir obstáculos. Vivían una osadía extravertida, pletórica, gloriosamente feliz a pesar de la impaciencia y las probabilidades de error o de extravío. Cada detalle les quedaba magnificado y no paraban de decir que volverían pronto a China, que China era aquello y lo de más allá.

Con la niña en brazos iban por las calles atestadas de vendedores, de cocinas en medio de la vía pública, de olor a algas y jengibre, que desembocaban en la explanada de un templo donde el sonido grave de un gong congregaba horas de misericordia para los vivos y de

recuerdo en honor a los muertos. Abigarradas masas chinas transitaban y, como si contaran con un radar compartido, nunca chocaban, siempre activos, escuálidos, calculadores, ceremoniosos, inteligentes. Esquinas con masajistas ciegos, barberos que afeitan nucas, intérpretes del destino y farmacias con reservas de cinabrio, ginseng, ámbar y huesos de melocotón.

Y reían por nada y se quedaban con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad de la habitación, incapaces de dormir. Tanta vida era incluso excesiva, hasta un punto de turbación, de desmesura. De repente eran más jóvenes que nunca, no habían sufrido en absoluto y comenzaban la vida con los mejores augurios. Era como el flujo de una adrenalina bendita. Y si por unos instantes tenían que separarse, toda excusa era buena para llamarse por el móvil, recapitular, comentar una minucia, recordar un procedimiento.

De vuelta en casa hicieron orgullosamente el ridículo siendo más padres que nadie, como quien está demasiado atento —por falta de costumbre— a que no le rayen el coche. Pero enseguida volvieron al comedimiento que era tan propio de Eli. Nunca había convertido sus sentimientos, cada padecimiento, en el centro del universo. Lolo la admiraba y la seguía. Del mismo modo que esa gran alegría no los conducía a la desmesura y al impudor de los que creen ser, por derecho natural, más felices que nadie y lo proclaman a los cuatro vientos, la pareja no creía estar en derecho de borrar el mundo del mapa con objeto de que solo existiesen ellos dos y la niña china.

Desconocedores de dónde procede la autonomía de la vida, qué física la sostiene, no es por eso que nos resulte más primitivamente necesaria la idea de una primera causa numinosa. La existencia autónoma de la vida quizá no tenga siquiera causas directas ni acaso las necesite, y, aun así, querríamos que no se extinguiera el faro de la luz verdadera y divina. El resto no es un día de visión resplandeciente, deslumbrante, pero, sea como fuere, algún día sabremos que la naturaleza humana no cambia: tan solo cambian las costumbres.

«Fijaos, los párpados oblicuos procedentes del pliegue mongol, la apertura parpetral, pómulos elevados y amplios», decía Ventura Dols, con un bloc de dibujo sobre las rodillas, mientras hacía los primeros retratos de la hija oriental de Eli y Lolo. «Cráneo redondo, cabello áspero, liso, muy negro», y después, como quien pasa de la sala de anatomía al cálculo de la belleza: «¡Qué punto de cielo arrebolado, divino, en las mejillas!».

Todavía no sabían qué nombre ponerle y nadie osaba predeterminar la decisión de los padres. La llamaban «la nena». No

lloraba nunca y comía mucho. Sobre todo observaba. Siglos atrás, el destino la hubiera llevado a una casa secreta, con un jardín de crisantemos dorados. «La nena» se había adormecido. Viluma también era, en aquel instante, un valle secreto. Oían, aislada entre la pineda, oculta, la tibieza del reclamo de un cuco macho, el pájaro de los veranos que vamos sumando desde la infancia. Tiene una garganta infatigable, de árbol en árbol, todo ligereza.

«Fijaos en el caso de Marcel. Claramente pícnico», decía Ventura. Había dejado el bloc de dibujo. «Como buen pícnico, sería un delincuente tardío y de gran afectividad. Tanto le gusta la fiesta que acaba en el crimen. El pícnico es propenso a delitos por mala administración de fondos. Ya lo veis. Al final, paradójicamente, un pícnico como Marcel puede llegar al suicidio, por pura desesperación.»

Poco a poco, también fueron poniéndose de acuerdo en que Marcel era un hombre devorado por las supersticiones o, dicho con otras palabras, por esas neurosis acomodaticias que acaban siendo como un ritual de irracionalidad. Según iban recordando con mayor concreción, Marcel era de los que volvía una y otra vez sobre sus pasos para comprobar que la puerta estuviera bien cerrada. En Viluma, se apeaba del coche con el motor en marcha y empujaba tres o cuatro veces la puerta de la casa para verificar si estaba bien cerrada, y a la postre la abría para comprobar que todas las luces estuvieran apagadas y la llave de la bombona de gas butano, correctamente cerrada. De acuerdo con aquel nuevo retrato de Marcel, era el hombre que va por la calle y, de manera constante, comprueba si lleva la cartera en el bolsillo trasero de los pantalones y las llaves de casa en el bolsillo de la chaqueta. Lo veríamos practicando una especie de gimnasia clandestina o furtiva, palpándose los bolsillos, verificando a cada instante que no ha dejado las llaves en la cerradura de la puerta o que nadie le ha robado la cartera mientras esperaba en un semáforo. Alguien incluso añadía que Marcel recitaba en voz baja exorcismos, fórmulas mágicas para ahuyentar el miedo y a los malos espíritus.

—En cualquier caso, Marcel demuestra que la idea de que acabamos por tener la cara que nos merecemos es una patochada… incluso si la aplicamos por profesiones. A lo sumo, a veces es cierta en los políticos, pero no es aplicable al deporte… o a la banca. Pensemos en el caso de los escritores que han demostrado no tener alma y a quienes vemos más jóvenes que los demás, más fáusticamente… hormonados y con funda dental. No, el rostro va por un lado y la calidad moral, por otro —dijo Daniel.

—Repasemos una historia del Papado en la pinacoteca del

Vaticano, por ejemplo —agregó Ventura.

—Incluso la mirada, el brillo de la mirada puede tener que ver con la dieta. Un poeta sostenía que los jóvenes tienen una llama en los ojos, pero que los ancianos tienen en ellos la luz —dijo Amadeu.

—Tampoco es cierto. Tal vez sí que determinadas personas que identificamos con la bondad tienen cierta luminosidad de éxtasis en los ojos, pero seguramente es fruto de las felicidades, o de los tormentos, de la vida contemplativa —afirmaba Marina Almira.

—Pero fíjate en que cuando alguien muere, en ciertos casos, decimos que ha quedado tal cual era... o incluso mejor. Una penúltima contracción confiere serenidad al rostro agónico, o quién sabe si un recuerdo final o los efectos de la anestesia.

—La cuestión es otra. La cuestión es qué rostro creemos tener. No es el rostro del espejo, sino el rostro moral... los pliegues de la inteligencia en la frente... el matiz irónico de una sonrisa. Todas estas características que nos vemos en positivo no son las del espejo, sino de la fatuidad.

—Y de la inseguridad. Vamos retratándola en todos los espejos, en los lavabos, en los ascensores, en los escaparates de los comercios. Y sí, es cierto, al mismo tiempo desearíamos que correspondieran al rostro que hemos querido escoger, el rostro que ha de ser el definitivo sin tener en cuenta que tenemos otros muchos, y que todos son a la vez el rostro definitivo. No nos pareceremos nunca, de manera definitiva, a ninguno de ellos. Y la muerte, ya se dice, nos sorprende, bien con la boca abierta, bien tragando saliva, o bien en un instante plácido del sueño.

Júlia escribía en su cuaderno: «He fingido dormir cuando D. se ha levantado esta mañana. Parecía fatigado, insatisfecho. Sospecho que le supongo un estorbo y que nunca sabré comprenderlo. Cuanto más pensaba en ello, más temía levantarme, ducharme, mirarme al espejo y salir de la habitación. Pienso que D. prefiere ir tirando él solo». Al leerlo, Daniel pensó, bien al contrario, que le hubiera gustado que Júlia ya estuviera levantada, preparando el café o repasando manuales de jardinería. Quizá Júlia era de los que cargan con la culpa de cualquier infelicidad ajena. Al final, pasamos de un día a otro gracias a sustancias como la zoplicona o el lopetacetam. Y nunca agradecemos lo bastante a la química que una pastilla redonda y blanca nos ahorre las calamidades de la ansiedad o los vacíos del insomnio. El hombre es un animal desagradecido.

Júlia dormía la siesta con los puños muy apretados y se clavaba las uñas en la palma de la mano. Aquella mañana, Daniel la había observado desde la ventana de la cocina. Desde primera hora Júlia curioseaba por el jardín, sin saber muy bien dónde poner la mano,

cómo cavar, qué hierba estaba de más. Ya había arruinado las matas de margaritas, los iris de agua y las peonías. Aún le quedaban por destruir los jazmines y los rosales. Paradójicamente, le crecían bien el perejil y la menta. Sin saberlo, había arrancado como elementos de discordia las escarolas y el brócoli que años atrás había sembrado la esposa de Daniel. Júlia consultaba manuales de jardinería y catálogos de floricultura, y, aun así, cuando salía al jardín no sabía por dónde empezar. Quedaba distante, vagamente anonadada ante toda la diversidad del humus de la tierra esponjosa.

De hecho, las ruinas vegetales eran una constante en todo el perímetro de la vieja masía. En algún momento, cada uno de los fundadores había querido tener un pequeño jardín, pero solo había tenido éxito la esposa de Daniel. La jardinería pertenecía en verdad a la arqueología de Viluma.

De las fases arqueológicas más inmediatas de Viluma, la raya de cocaína marcaba una frontera de mentalidades. Entre los años ochenta y noventa, la raya había arrasado, alineada por una carta de póquer o una tarjeta de crédito.

Un estadio más reciente de la arqueología de las costumbres lo constituían las bicicletas. No hacía tantos años que todos habían tenido bicicleta, pero ahora eran artefactos cubiertos de polvo o con costras de óxido y las ruedas desinfladas. Hasta había habido algún pionero transitorio en el uso de la bicicleta por Barcelona, antes incluso de los carriles más bien poco frecuentados por los ciclistas. Fue el impacto mimético de las ciudades alemanas y holandesas repletas de ciclistas, después de la reconversión ecologista de la izquierda. Ni siquiera los niños habían atravesado por la pasión de la bicicleta. A lo sumo ensayaban jugadas con un balón reglamentario, y sobre todo se pasaban horas y horas con la PlayStation.

Cuánta tristeza, si no es estupidez, cuando rememoramos la idea que nos habíamos formado de un deseo perfecto del cual éramos por completo indignos y no caíamos en la cuenta. Puede incluso corresponder a la idea que nos formamos de eso que, de entrada ya con cierto pudor, denominamos «nuestra generación», una forma de traspasar los ridículos personales a una educación sentimental o a una falsa épica, como pueda serlo algún episodio trasgresor más bien ficticio. Suele acontecer cuando creemos que será fácil y que nos corresponde hallar un significado mejor a la vida o ser herederos de una energía que hubiera podido transmutarlo todo en luz augural. Como máximo, acabaríamos aspirando a una vida indolora, costrada de hábitos, inmersa en la estrategia de la nada más absoluta. Como mínimo, prescindir de la idea del deber, extirparla de la vida cotidiana, como quien deja una maleta en la consigna y no se

acuerda nunca más de ir a buscarla.

Por la mañana, mientras Júlia sufría sus indecisiones en el jardín, bajo la pérgola, encima de la bandeja del desayuno, un gato había derribado la jarra de la leche y lamía la mesa. Era una imagen sagrada del corazón quieto de la mañana. Tanto le daba al felino que lo observasen. La claridad de la mañana redondeaba la blanca consistencia de las tazas, de la tetera, del recipiente de leche tumbado. El gato terminaba de lamer la mesa y la leche de los platillos y saltaba al suelo, con la espalda recta, la cola por todo lo alto, la mirada hacia los humanos que lo miraban desde la puerta de la casa. Una gota de leche le oscilaba en la punta del bigote hasta que una lenguarada diestra la engulló.

7

El mes de junio empezó con una humedad asfixiante. Cada medio año, Daniel iba a ver a su esposa. Eran visitas completamente estériles, por un lado porque ella casi no le dirigía la palabra y, por otro, porque no necesitaba nada. La esperó en la puerta de la planta baja de Horta. Mercè volvía del mercado. La vio venir de lejos y caminaba muy estirada, con la cesta colgada del brazo, como una mujer valiente, en medio de un batallón de otras mujeres que regresaban del mercado y tiraban de un carrito de la compra.

—¡Vaya humedad que hace! —dijo Daniel.

Mercè se detuvo un momento, por si merecía la pena responder o por si tenía importancia alguna que el clima estuviera húmedo. No abrió la boca y entraron en la casa. Todo estaba ordenado y limpio como una patena, igual que un convento de clausura legendario. Era un orden reluciente, donde todo ocupaba el lugar ideal, el sitio para el que los objetos fueron creados un buen día. Eran la pulcritud y la calma antes de algún cataclismo más depurador aún. En la televisión, con el volumen silenciado, el rostro del telepredicador evangélico.

Le mandó sentarse en una silla de mimbre, en el jardincillo, mientras ella sembraba en unas macetas los bulbos que había comprado en el mercado.

—¿Acaso crecen en todo tiempo? —preguntó Daniel.

—¿Qué quiere decir «en todo tiempo»?

—Todo el año, en cualquier época.

—Y día y noche también. Crecen día y noche —dijo ella, acabando de rellenar de tierra las macetas. Era como si creyera que los bulbos brotaban de inmediato y crecían en busca de la luz del sol o de la luna.

Las abejas zumbaban por el jardín henchido de frescor como un cántaro. El humus saciado impulsaba el crecimiento del lirio y las pequeñas lagartijas se escondían bajo las piedras. Flotaban las hojas podridas en la pequeña alberca con una rana de piedra, un tanto obscena, que lanzaba un chorro de agua. Pequeñas flores sin nombre, amarillas y blancas. Cañas de bambú al fondo del jardín que murmullaban con el aire tímido de los estíos que hace volar los granos de polen y vivifica un rosal.

El primer milagro de la cultura en Viluma, después del trabajo de restituir las viejas construcciones de la masía y de desbrozar toda la naturaleza destructiva —las aguas encharcadas, la cizaña— fue el

jardín de Mercè. Conseguía que todo creciera y floreciese allí donde parecía imposible. Tenía instinto para sembrar cada planta en el lugar exacto, en el punto de luz necesario o con el abrigo imprescindible. Allí se pasaba horas con la pequeña azada, la regadera de latón. Conocía bien las semillas. Recorría los invernaderos y viveros para encontrar el mejor bulbo de cada especie. Su jardín era la primera mancha distintiva de la nueva Viluma y no tardó en contagiar a las demás casas de hiedras y enredaderas. Al mismo tiempo, conseguía que los cambios de estación fuesen una sucesión de perfumes. Más tarde llegó el césped, e incluso el césped comprado a trozos, como la mortadela.

Del jardín se dirigieron al sanctasanctórum. El efluvio de las flores alcanzaba un volumen fétido y prácticamente tangible. Centenares de cirios encendidos y lamparillas de aceite rodeaban las fotografías de Joel.

—Señor mío, Señor mío —decía ella.

Pronto los bulbos recién sembrados estallarían en una floración nueva que iría a parar allí, alrededor de la figura de un hijo muerto. Todo rezumaba la gravedad de la culpa, de una culpa irreal, de una responsabilidad de madre ante el hijo que había muerto mil veces pinchado por las jeringas y la sustancia destructiva de la droga. Nada había sido accidental y tal vez por eso ella asumía un papel de causa, de origen, la fechoría inicial que había convertido a Joel en un drogadicto sin remisión posible. Y, ¿qué era Joel en esa ascensión a los altares, en la reconversión al papel de víctima? Simbiosis rarefacta de la maternidad y del hijo único, evolución patógena de los afectos más profundos. Y Daniel, convertido en alguien por completo ajeno a la justicia divina, alguien que no merecía una sola palabra, alguien que ni siquiera era digno de compartir la ceremonia de los bulbos que devenían flores e iban a parar a la habitación medio a oscuras, ante las fotografías de Joel, entre la llama trémula de los cirios.

—Señor mío, Señor mío… —decía ella.

«Señor nuestro», pensaba Daniel.

Tantos cortocircuitos entre la cibernética del dolor y el alma no lograrían esclarecer el misterio humano del sufrimiento, ni siquiera si le pusiesen la cara de Joel, como la etiqueta de identificación que los muertos llevan atada en el dedo gordo del pie en los depósitos de cadáveres, la numeración tatuada en el brazo de los internos de los crematorios del Holocausto.

—Joel, Joel, Joel, ¿por qué me has abandonado? —dijo Mercè.

Por cada uno de los rostros que el dolor embellece, hay otros miles que son como una gárgola repulsiva, apestosa de

descomposición física, de vida que va muriéndose. Entrar y salir de las clínicas de desintoxicación, vaciar la libreta de ahorros de una tía anciana, siendo extrañamente libre ante la inevitabilidad del dolor, y también de hacer sufrir a los demás. Por cada victoria del hombre contra el dolor, millones de vía crucis sin orden sacro ni esperanza accesible. En definitiva, el dolor había llevado a Daniel a la indiferencia, y a su mujer le había abierto las puertas de la fe, unas puertas enormes que requieren cada vez el esfuerzo de batallones de guerreros, forzando los goznes que chirrían, abriendo poco a poco la puerta del castillo.

Daniel había sentido sobre todo la sensación de compartir la responsabilidad de un abuso, de ser padre de un Joel que había abusado de la vida, viviéndola más allá de donde indican ciertos hitos de un orden divino. Caemos y nos levantamos, pero Joel había caído y no había querido levantarse. Como decía su madre, los había abandonado, no había querido compartir la existencia, ni buscar en el fondo del pozo una chispa de voluntad nítida. Daniel no había querido nunca preguntarse quién era más egoísta de los tres, si él, Mercè o Joel. El dolor es parte del caos, pero también del orden.

Mercè se arrodilló en el reclinatorio. La habitación era un pequeño panteón dedicado a la memoria de Joel. Enmarcadas de forma simétrica, todas las fotografías de Joel, el boletín de notas de la escuela y del instituto. Joel durante los veranos, la primera comunión de Joel. Y, de manera interlineada, imágenes sacras, estampas de santas, toda la pasión de Nuestro Señor extraída de la historia de la pintura, escena a escena, con la omnipresencia detallada y múltiple de orígenes de los pies de Jesucristo yuxtapuestos y atravesados por el clavo de la crucifixión.

Aquello que Daniel más temía, al final hubo de pasar. Con un gesto enérgico, de espaldas, Mercè le señaló la puerta y él se marchó, una vez más, abrumado.

Se fue con la cabeza gacha. Horta era a esa hora del día un hervidero de mujeres que regresaban de comprar y de jubilados que salían a la calle para contemplar la vida de los demás. Había cola en los cajeros automáticos y en las panaderías, chapata y pan de nueces. Allí funcionaba todavía el magnetismo que determina la orientación de las brújulas y que, de repente, nos produce un vuelco en el corazón y hace que andemos más ancianos y mucho menos sabios. El altar de Joel era un malentendido brutal de la vida. Y, al mismo tiempo, el silencio de su esposa, entregada a la evolución del bulbo en flor como ofrenda a la muerte, lastraba tanto la supervivencia de Daniel que no tenía otra escapatoria que el olvido.

Un recurso tan banal como el teléfono móvil actúa a veces de

parapeto transitorio contra la soledad. Consultaba la agenda telefónica almacenada en el aparato pero no sabía a quién telefonear sin parecer el náufrago que lanza un SOS. Caminó por las calles de Horta, cruzándose con los demás transeúntes, con el móvil pegado al oído, haciendo gestos en el vacío, abstraídos, semiautistas.

El día en que se conocieron, Mercè explicó la historia del abuelo, del abuelo materno que vivía en el barrio del Putxet y que no salía jamás de casa. Cuidaba de él una vieja sirvienta de toda la vida. Cuando los nietos iban a visitarlo, para felicitarle el santo, casi siempre llevaba puesto el pijama y barba de varios días. Era amable y generoso.

«Nos mostraba su gran colección de sellos. No los tenía guardados en álbumes, sino en grandes hojas de cartón que sacaba de los cajones de un consola construida ex profeso. La primera vez que nos sorprendió yo era muy pequeña. Me asusté mucho. Volvimos a casa llorando... todos los primos cogidos de la mano... por miedo a perdernos».

De buenas a primeras, el abuelo se había arrodillado y se había puesto a vociferar: «¡Stalin la ha hecho buena! ¡Stalin lo pagará!».

«De rodillas, encorvaba el cuerpo hacia delante, muy ágil... es curioso... parecía que iba a golpearse la cabeza con el suelo. Cada vez que gritaba: "¡Stalin lo hizo! ¡Stalin lo pagará!", la vieja sirvienta añadía: "¡Señor, tened piedad!". Pasaban los años y volvíamos a visitar al abuelo. El pijama, los sellos, la sirvienta. Ni un comentario sobre Stalin. Una vez, cuando era mayor, fui sola. El abuelo se conservaba bien, y parecía que al mueble de los sellos acababan de darle una capa de barniz. De repente, volvía a tenerlo de rodillas gritando: "¡Stalin lo hizo! ¡Stalin lo pagará!". Y la vieja: "¡Señor, tened piedad!". Aquella vez el abuelo acabó bastante agotado y me quedé para ayudar a la sirvienta a sentarlo en una butaca. Desde allí podía ver el pequeño jardín; tenía a la vista el mueble de los sellos. Se durmió. Entonces la anciana me desveló el misterio. El abuelo, sin motivo, sin haber cometido ningún delito, había pasado buena parte de la guerra civil en una checa de la calle... Muntaner... si no recuerdo mal. Lo habían torturado. Lo habían sometido al interrogatorio de la bañera, a descargas de corriente eléctrica. Y desde entonces había preferido vivir solo... con sus sellos... amable... normal. Hasta que, dos o tres veces al año, le venía a la memoria del tal Stalin. La sirvienta suponía que Stalin era el torturador del abuelo o quien mandaba en la checa.»

Mercè era hija de un republicano exiliado en Francia. Su madre le decía que el padre había desaparecido en combate, luchando en la Resistencia francesa. Pero, en realidad, estaba vivo y tenía una

librería de viejo en la Île de la Cité, una librería diminuta, repleta de papeles. Mercè fue en tres ocasiones, pero nunca se atrevió a dirigirse a aquel hombre que hojeaba libros y rellenaba fichas, y que, años atrás, le había legado un sistema genético. La pregunta era cómo podía haber dejado preñada a la madre. Con el paso de los años, Mercè supo que el padre y la madre se habían encontrado alguna vez en Perpiñán. Él no quería regresar a España hasta que Franco hubiera fallecido, pero Franco murió y él no volvió: una vez, Mercè y Daniel fueron a la Île de la Cité y la librería había desaparecido.

Mercè había encargado un montaje fotográfico: el padre, con el uniforme de oficial de la República, con un cigarrillo en los labios, poco antes de la ofensiva del Ebro, y ella al lado, con el vestido de la primera comunión. En la escuela Mercè siempre dijo: «Mi padre está muerto».

Lector de tantas biografías, Daniel era propenso a pensar que la falta de grandes hombres y de grandes líderes se debía a la ruptura de los sistemas de educación familiar y del traspaso de responsabilidades a la escuela y el Estado. Una mesa de abuelos, padres e hijos en pleno bullicio resultaba agradable, pero quizás era más ejemplar el sistema familiar en el que los niños no hablaban si no se les preguntaba. No conseguía establecer otro vínculo entre la grandeza, entre el hombre que desea ser un gran hombre, y el resultado del esfuerzo, si no era a base de grandes posesiones coercitivas, transformadas por el paso del tiempo en convencionalismos que no por ello eran menos eficaces. Por eso no se fiaba de las formaciones intelectuales que no eran fruto de una disciplina muy intensa y exigente. Crecer era emular, encaramarse a hombros de los gigantes y acabar viéndose confundido con la alta sombra, hasta que alguien, una nueva generación, hiciera lo mismo contigo o con nosotros. Y cuando no hay grandes hombres no hay épica, ni grandes funerales, ni grandes oraciones fúnebres, y la literatura deviene un menú casero, infectado de psicología, desvinculado de la forma clásica, mero campo de actuación de ansiolíticos y psicotrópicos. Mercè no tenía padre y Joel estaba muerto.

Horas después, ya a última hora de la tarde, caía la oscuridad como si la encauzase la Diagonal. Las ventanas iluminadas y los balcones de los despachos simulaban la penúltima hora de actividad en Barcelona, el *dossier* urgente, la decisión tediosa en la sala de juntas, las dos últimas personas de cara asustada en la visita del dentista, mientras los comercios cerrados, los escaparates lujosos, las fachadas opacas de los bancos y las aceras cada vez más despobladas

dejan paso absoluto a los coches que van y vienen, envueltos por las luces de la ciudad, y a la carrera de la secretaria para no perder el autobús. Era la hora de la potencia azulenca del cielo y de la potencia lumínica de la ciudad, todo ello visto a miles de metros de altitud por el piloto que vuelve a casa. Tanta luz da forma a una falsa ciudad porticada, más vital. Eran los días de la guerra en Irak, del regreso de las tropas españolas que había prometido el gobierno Zapatero y de la boda del príncipe de Asturias. Las masas volvían a tomar decisiones, cuando parecía ya que la política de masas era cosa de otro siglo: retornaban, obtusas, magmáticas, sin pies ni cabeza, interconectadas por el *zapping* y la pantalla del móvil, casi instantáneas, tan fácilmente desafectas a la razón pública y propensas al orgasmo tribal.

Barcelona, la Diagonal, habían sido testigos del alud de las masas del siglo XIX y del siglo XX, y bien podrían ver pasar el clamor de las nuevas masas, con los hijos a hombros y sección acústica subvencionada por el ayuntamiento de la ciudad. Pocos días habían pasado desde que, justo en medio del paseo de Gracia, triunfara un minicarnaval brasileño, con el alcalde de Barcelona bailando, ataviado con una camiseta carioca. Visto a gran distancia, el gentío semejaba el lento vaivén de la vegetación submarina, con el nadar lento de los escualos depredadores y las medusas parsimoniosas.

Extraña ciudad, tan contraria a la violencia, tan pacifista y, a la vez, tan dada a los espasmos de violencia instintiva y a la alteración de los hábitos pacíficos. Proclama la paz pero no le repugna del todo la violencia: ha sobrevivido gracias al orden y la propiedad, pero patrocina el caos estético y convierte en héroes a los *okupas*.

Para Daniel, ir en taxi por Barcelona, y sobre todo por la Diagonal, cuando caía la noche era siempre un buen momento. Agradecía la despreocupación, aquella hora tan humana. Las últimas conversaciones en los despachos iluminados coincidían con las primeras charlas en las casas adonde, quien más quien menos, regresa algún día. Miles de coches buscaban el cobijo doméstico o la noche abierta. En los semáforos, madres con el coche cargado de hijos, hombres solos que llamaban a las alcahuetas para concertar una cita con alguna mujer, jóvenes con los decibelios por las nubes, taxistas que escuchaban los informativos deportivos.

La Diagonal que encauzaba la noche, el lento flujo de los coches y de los autobuses, entre semáforo y semáforo, había encaminado hacia el corazón de la ciudad al ejército vencedor de la última guerra civil y veía pasar los entusiasmos futbolísticos —los bocinazos y las banderas—, al igual que reflejaba el ciclo de las convocatorias electorales. Caía la noche, toda ella altísima de

constelaciones y cuerpos disponibles.

Cuando Daniel entró en el comedor principal del restaurante Vía Véneto, Marteen Walschap estaba ya sentado a la mesa. Ambos controlaron la alegría de reencontrar a un viejo amigo. Walschap imitaba la leyenda del *gentleman* británico, incluso con una mirada azul celeste por la que, pese a todo, navegaban bloques de hielo y la pasión, dispuestos a un último encontronazo. Contenerse, evitar la expresión, no parpadear ni en el dolor ni en el placer: quimeras completamente anacrónicas. Hacía años que eran amigos, más que colegas. Si Holanda sabe producir individualidades de inteligencia eficaz y de ego autocontrolado, Marteen Walschap, último eslabón de una dinastía de poetas y editores, sumaba a todo ello el arte de la discreción y, al mismo tiempo, la capacidad de pensar la realidad. Era un buen holandés, patriota, bueno en el comercio. Muy trabajador, ordenado. Si bien en los negocios podía parecer espeso, en realidad era un hombre de espíritu, un poco enfático. Veneraba la estética doméstica, la mesura, y a la vez idolatraba la gran literatura, por supuesto, europea.

Compartían escepticismos. Habían coincidido en ferias internacionales del libro, en propuestas de colecciones transnacionales que pocas veces se llevaban a la práctica y, últimamente, habían participado en mil y un encuentros que nunca llegaban a dibujar el espacio del libro europeo. Una de las paradojas de la Europa comunitaria, un poco *parvenue*, es que pretenda definir y encauzar la cultura europea, que es y ha sido la mejor del mundo.

«La guerra solo es la peor de las soluciones cuando la puedes perder», dijo Marteen de entrada. Habían empezado hablando de Irak. Después se callaron. Es de rigor un breve silencio cuando el *maître* presenta la carta y nos ponemos las gafas de media luna para ver de cerca, para poner en escena la dulce comedia de las dudas, las salivaciones educadas, los comentarios onomatopéyicos.

«Sí, torturas, armas de destrucción masiva. De todo, hay de todo. Ahora bien, lo que más pavor me da es una dictadura de la ciencia, y ya la tenemos encima. No, ya conozco las bondades de la penicilina. No, hablo de dictadura, de control, de coerción permanente. Hasta el momento, la ciencia experimentaba con la realidad subhumana... la química... las galaxias, etcétera. Ahora quieren experimentar con el hombre.» Bien es verdad que, como todo el mundo, llevaba en el bolsillo las pastillas de nitroglicerina que han salvado del colapso a tantos corazones, pero desde tiempo atrás temía un futuro de eutanasia sistemática, de clonaciones masivas. «Y ya llevamos tiempo con eso. Estamos más cerca de la patología que de la anatomía.» Hicieron la comanda.

Amo y señor del Vía Véneto, el arte teatral del señor Monge es una destilación del sentido común, de la discreción y de recibir a quien sea como si fuera quien quiere ser. Dominaba los apartes, el comentario que convierte en simultáneos la mirada perspicaz y el gesto de someter la solapa de la americana cruzada: de cuando en cuando, un movimiento ampuloso del brazo, augusto y hospitalario, universalmente comprensivo. De mesa en mesa, flanqueado por el hijo y por un servicio de comedor que puede ser calificado como el mejor de Barcelona, el señor Monge repartía benevolencias, equilibradas visiones políticas y los platos del día. En el fondo, era un moralista forjado en el escepticismo de la puerta abierta al público. Era una suerte de ballet a cámara lenta, con la obertura idiosincrásica de Monge y el primer desenlace terrenal y a la vez jubilar con la llegada del sumiller.

«¿Holanda? Como en cualquier otro lado. Con excesivo retraso, Europa persigue a imanes. Esta Europa que envejece... decrépita... egoísta... atiborrada de colesterol... indigna... cada vez más anónima, más... irresponsable. Cada vez que nos enfrentamos a una amenaza, tenemos que echarle la culpa a quien sea... menos a nosotros mismos. Una Europa vieja... sin sentido del destino. Una Europa que se aburre. Sin milagros ni héroes. La cocina de la mantequilla y del aceite. Mezquitas y sadomasoquismo. Vivimos, como máximo, pasiones tristes. Vivimos demasiado bien alimentados... demasiado protegidos por el Estado... saturados de proteínas. Y no se nos ocurre nada mejor que ir al gimnasio como quien va a la capilla, hacer dieta como quien practica una liturgia.»

En una ocasión, años atrás, en un café de Viena los dos amigos habían confeccionado una lista ideal, bien empapada de *schnaps*:

Tipógrafo: Garamond.

Poema: «Oda a un rossinyol».

Color: gris perla.

Batalla: Midway.

Hermanos: Goncourt.

General: Moshé Dayan.

Reforma: el kemalismo.

Tinta: negra.

Sede del gobierno: Matignon.

Episodio histórico: el funeral de Kerenski.

Estatua: todas las ecuestres.

Mejor culo: los neoclásicos.

«Ah. La sociedad literaria europea, un mundo, ha desaparecido, se ha hundido. Y muy al contrario, ¿qué otro consuelo hay aparte de la lealtad al pasado? Mirar hacia atrás más allá de las viejas que se

afanan con el vibrador, ver aún cómo los hombres sabían alcanzar la grandeza. Lo hemos traicionado todo. Todo nos lo hemos cepillado, como quien dilapida una buena herencia. ¿Y qué es el progreso? Un montón de huesos.»

Walschap quedó un rato en silencio. Comieron y, con pudor, medio sugirieron un brindis con las copas de vino. Al lado, en una mesa de ricos de Pedralbes se hablaba del nuevo gobierno socialista con la volubilidad que a menudo ha conducido a las clases altas al cadalso de la guillotina.

«Y qué equivocados están los que dicen que el siglo XXI será mejor que el siglo XX. No, este será el siglo de la indiferencia… Nada significan las angustias y las culpas que eran la civilización… Tan solo menosprecio. Todo será traicionado una vez más y sin arrepentimiento… Traicionaremos hasta los sueños destruidos del pasado… Todo será indiferencia. Ante el crimen, la corrupción, el mal, la vida… Mira cómo han desaparecido los padres. Los adultos no dejan de ser niños y los niños no quieren ser adultos. Calcula la media aritmética: vivimos en la era de la adolescencia… la adolescencia perpetua.»

Daniel le preguntó cómo veía la literatura. Sabía hasta qué punto su amigo holandés había creído que los gigantes de la literatura europea, aun después del Holocausto, lideraban una iniciativa moral que iba mucho más allá de la política y de la literatura.

«No, Daniel, querido amigo, no lo veas como una página de ciencia ficción, pero creo que deberíamos saber qué edad tenemos contando hacia atrás, hasta el punto en que ni siquiera habíamos vivido. Entonces, tendríamos que pensar: tengo la edad de Petrarca, de Cervantes, de Molière. No veo otro remedio… De hecho, ni siquiera yo creo mucho en ello. Al final, la literatura es el carácter, incluso a pesar de Freud. Ya no quedan caracteres, en parte gracias a Freud, a la pedagogía… ¿Leer? Por fortuna, he aquí un pasado que no nos acabaremos jamás. A fin de cuentas, los autores de página… sí, son los que releo.»

A la larga, los últimos grandes restaurantes de Barcelona pueden desaparecer, como la figura del chamán en la cultura paleosiberiana.

El nuevo chef huye del fragor urbano, de los impuestos y de los deudores, y monta un pequeño restaurante —por fin, «mi» restaurante— para dedicarse a la química y a los ravioli de maíz con vainilla. Suele tratarse de una masía rehabilitada por un arquitecto posmoderno, y le va de perlas tener dos o tres habitaciones para alquilar el fin de semana. Es la nostalgia del *château* puesta al alcance de los corredores de fincas con amante perfumista. Conviene tener a mano un paisaje impoluto y un rebaño de ovejas que pase a

una distancia razonable cuando cae la noche. Camas de bronce, viejas palanganas, un perro pastor adormilado sobre la alfombra del pequeño vestíbulo. En apariencia, la verdura procede del huerto contiguo. Ella pliega las servilletas con suma gracia; él, el chef, cocina como si fuera un farmacéutico. Han transplantado el minimalismo culinario a un lugar donde parecía imposible que triunfase el helado de alcachofas con espuma de *foie gras*, o el estofado de trigo al azafrán e hinojo o el sorbete de tomate con agua de rosas, que se imponen donde antes solo existía la simple sopa de tomillo, la tabla de embutidos, la panceta o el *trinxat*.

«Necesitaríamos volver al *grand gôut* de las épocas europeas magnificentes —proseguía Marteen—. Toda esta literatura anémica... solipsista... todas las novelas minimalistas no son la causa de nada, sino... fruto de la decadencia. Los políticos, que construyan la Europa que quieran, pero es que la literatura y el arte pueden configurar algo bien distinto, cimentado en el *bon sens* y la *raison*, amigo Daniel. Es que se lo debemos a las víctimas del gulag y del Holocausto, se lo debemos a nuestros antepasados, a quienes nos trasmitieron la Ilustración y las catedrales. Es la hora del *grand gôut* y no de la *petite manière*, y en cambio todo es *petite manière*, la arquitectura, la escultura, la palabra. ¡Volvamos al *grand gôut* de Europa! ¡Regresemos a él si queremos liderar el mundo aunque mande Estados Unidos!»

Walschap enarbolaba el tenedor y reclamaba la postergación de las evanescencias, de las gasas voluptuosas, el retorno de las acciones grandiosas, de la pasión moral, de la virtud pública y la acción heroica. Si llegaba a contradecirse al manifestar el deseo de *raison* con tanta furia, era seguramente por un contraste con la falta general de energía en la composición, de magnanimidad y autocontrol.

«Es la paradoja que aparece en los manuales: “De hecho, el relativismo, para mí, no es verdad”.» Era una antigua obsesión de Marteen Walschap, que todo pudiera ser considerado relativo. Una buena mesa constituye un argumento privilegiado contra el relativismo, si es que las cosas conservan aún en ella su nombre. La contribución de la nueva terminología gastronómica a la relatividad, el alejamiento de la concreción material de lo que procede del mercado, a la larga podrá ser considerado uno de los grandes trastornos de la escasa conciencia moral que puede conservarse en una ciudad como Barcelona.

De repente, Daniel se dio cuenta de que el sudor resbalaba por la cara de Walschap y que estaba palideciendo. La mirada se le tornaba opaca. Se aferró a los brazos de la silla y se levantó, de forma

pesada, a cámara lenta. Salió del comedor en dirección a los servicios del restaurante.

Al cabo de un rato, el *maître* se acercó a la mesa. «Señor Marquet, su amigo no se encuentra bien. Ha ido a la calle a tomar el aire.»

Salieron a la calle Ganduxer. En la acera, Walschap permanecía estirado, inmóvil, envuelto con un mantel color rosa del restaurante. Lo atendían los guardacoches, un camarero y los dos guardaespaldas de alguien que cenaba en un reservado. Walschap tenía la mirada apagada y fija en el cielo oscuro. Las dos manos, pálidas como las de un cadáver, le sobresalían del mantel. Negó con la cabeza, estoicamente, cuando Daniel le preguntó si quería un médico o una ambulancia. Respiraba con dificultad y a la vez con serenidad. Iba recuperando el color de la cara. Parecía dispuesto a perpetuarse en una especie de limbo, a falta de infierno o de edén. Poco a poco lo levantaron. Estaba un poco avergonzado, como quien cae del caballo mientras practica hípica. Pidió un taxi. No quiso que Daniel lo acompañase al hotel. Como si nada hubiera pasado, se despidió con la cortesía distante de siempre, de nuevo editor de la vieja escuela, holandés patriota, monologuista de la decadencia de Europa. Al día siguiente, Daniel llamó al hotel y le dijeron que Marteen Walschap se había marchado a primera hora.

8

Aquel fin de semana, Viluma quedó expuesta a una fenomenología cíclica que constituía casi un hábito, a la par que una penitencia sobre la cual los comentarios solían hacerse en privado y en voz baja. Era el efecto apabullante y agudo de las menstruaciones de Lali, la mayor de las chicas Prat. Desde siempre, e incluso cada vez más a medida que transcurrían los años, si el punto álgido de la regla de Lali coincidía de lleno con el fin de semana, la convulsión todo lo afectaba: el humor general, las relaciones personales, la propia estabilidad de Viluma como comunidad de voluntades. «Lo de Lali», como el espasmo de una suerte de semidiosa que altera el destino de los seres humanos, alteraba el equilibrio de los caracteres, la coherencia de las opiniones e incluso las órbitas que la costumbre había ido abriendo como intersecciones y lejanías entre la población de Viluma.

En origen, antes de los últimos progresos de la higiene íntima, el olfato general había podido verificar que «lo de Lali» era como una coyuntura volcánica, como una inundación que trastoca toda la orografía de una región muy dilatada. La población de Viluma se volvía más impaciente, sumamente irritable, dominada por un desasosiego infrecuente. Ninguna protección permitía eludir el impacto odorífero de «lo de Lali». Con el paso de los años, las menstruaciones de la mayor de las chicas Prat eran olfativamente mucho menos perceptibles, pero el impacto ambiental resultaba ser mucho más fuerte: rompía promesas, deshacía alianzas, demolía ilusiones. Toda Viluma quedaba entrelazada de manera maldita por la fuerza gravitatoria de una menstruación tan intensa que hasta los niños, los gatos y los perros se movían de forma distinta, casi epiléptica.

Nadie, al menos en público, comentaba nada, aunque la primera reacción era cerrar a cal y canto puertas y ventanas, reforzarlas con travesaños o incluso aferrarse al palo mayor de la nave. Las conversaciones languidecían fácilmente, concentrarse en la lectura resultaba sumamente difícil. Era como el influjo desde un jardín del paraíso podrido, de flores que apestan justo después de alcanzar la máxima prestancia, de sacerdotisa pérfida, de la gran trama de cuerpos que permite la supervivencia de la especie y tiene que recordárnoslo de cuando en cuando.

El vasto imperio de las menstruaciones abarca siglos, derivas continentales, supervivencia de las razas. Trastoca flujos bursátiles,

votaciones del Consejo de Seguridad, intención de plegarias, todo el sentido de la belleza.

«Lo de Lali», pensó Daniel en el preciso instante de llegar a Viluma y apearse del coche.

En especial las noches se volvían sagradas y brutales. Aumentaba el grado de violencia de los sueños. Con «lo de Lali», toda Viluma quedaba cubierta y aprisionada como una red de misiles, a medida de la población. El mito era el ciclo lunar y Ogino era su profeta. Serpientes y hormigas gigantescas hollaban la alta noche. El alba era una hemorragia incesante. La madre de corazón sangrante se escondía en los armarios, la paz ocasional de los amantes quedaba alterada, el lecho nupcial devenía infecundo.

Con la hemorragia transitoria de los períodos de Lali Prat, todos los niños de Viluma dormían como un tronco, con un rostro resplandeciente. Un espectador con ansias de exagerar habría dicho que, de las catalogadas, ninguna diosa contemporánea podía competir con Lali Prat.

«No sé cómo, las plantas crecen más rápido, las flores se abren más, el agua tiene más calorías —dijo Júlia—. Sí, es un microclima, como suele decirse ahora. Son días canónicos. Me pregunto si el efecto en Barcelona es el mismo que el que tiene aquí, en Viluma.»

Eran días canónicos de una hegemonía sesgada, sin voluntad de poder, pero tiránica incluso. Correspondía tal vez a una antiquísima división de poder, paralela a Caín y Abel, a los labradores y los pastores. Los cimientos de un orden primitivo reaparecían con «lo de Lali Prat» y eran los días de la excepción inexplicable. Ella nunca había comentado nada. El caso es que la menstruación la transformaba: de la noche a la mañana, era una mujer implacable, durísima, capaz de conseguir la alianza imposible de las mejores tribus a fin de destruir la nación vecina. Apenas salía de casa, como si quisiera encastillarse. Hablaba con monosílabos, para no malgastar energía interna. En todo momento tenía a los hijos y a los hombres al alcance de su poder, como quien concentra las tropas antes de un ataque. Desprovistos de fisuras, los poderes de Lali eran equiparables a la cruz, el relámpago y el sacrificio.

Daniel se dirigía a Viluma intrigado por una llamada poco explicativa de Ventura Dols. Tenían que hablar. Quería explicarle algo. Los fundadores, Daniel y Amadeu, fueron los primeros en saberlo, por boca de Ventura. Los médicos acababan de detectarle un cáncer, un segundo cáncer.

Era de pulmón. El primero había sido de faringe. Diez años atrás, Ventura había empezado a vomitar sangre mientras limpiaba unos pinceles en el estudio. Los médicos dieron su diagnóstico enseguida.

La única solución, de entrada, sería la quimioterapia. Ventura acudía solo a las sesiones, aunque las piernas le temblaran. Se sentaba en un banco a la salida del hospital y respiraba hondo. Acabó por llevar migas de pan para dárselo a los pájaros que apeonaban por la acera, junto a la parada de taxis. Contemplaba el desfile de dolor que entraba y salía del hospital, una mujer con la cabeza vendada, el niño con la pierna enyesada —lloriqueante y a la vez satisfecho por el nuevo distintivo—, sobre todo los matrimonios de ancianos, sin dirigirse la palabra, ayudándose mutuamente a abrocharse la ropa después de pasar por el escáner. No bastó con la terapia. Le tuvieron que extirpar el ganglio. Quiso ir solo, con una cartera de cuero donde llevaba el pijama, el cepillo de dientes y un transistor. Dijo que no quería visitas. En el hospital, mató el tiempo escuchando música clásica en RN2, como cuando trabajaba solo en el estudio.

Con una mirada serena y a la vez risueña, se lo había contado a los amigos de Viluma. Lo narraba por partes: la estancia en el hospital, la dicha de la música, las largas horas de soledad.

Durante aquellos días de internamiento en el hospital, diez años atrás, Ventura Dols fue extremadamente feliz, sin poder hablar. Respetaba devotamente la rutina de las inyecciones, el gota a gota del suero, el tono dominante de las enfermeras, las visitas rutinarias de los médicos. Mantenía la cabeza torcida sobre la almohada, con el transistor bajo la oreja noche y día, como quien recupera el apetito sexual o las ganas de comer.

Hacía tiempo que había dejado atrás la desazón por el repudio de que era objeto su pintura. De hecho, una abstención de la crítica y un rechazo del público, pero no en cotización. Al fin y al cabo, renunciar a la vanguardia y regresar a la figuración clásica no le parecía ya un drama que lo hubiera condenado al ostracismo y a desaparecer de la escena artística. Más bien, le enorgullecía, le resultaba gracioso. Pero, en el pasado, alguna vez había sospechado que todo aquello le incubaba en alguna parte del alma y que por fuerza le dañaría el cuerpo. Un mal negro, un mal sin identificar.

Todas las tardes caminaba por el pasillo de la planta, entre gente que cojeaba o llevaba un ojo cubierto con gasa. Iban en pantuflas y bata, arrastrando los pies, con la mirada un poco gacha. De repente miraban por la ventana y veían la luz del sol, como una bendición insólita. Eran los enfermos que había oído gemir por la noche, que pulsaban el timbre deshechos por el dolor físico. Por la puerta entreabierta de una habitación veía a una señora distinguida tendida en la cama, con un sacerdote vestido de *clergyman* que le sostenía la mano. En una ocasión vio a un hombre cadavérico, sentado en la cama, con los pies desnudos y una bandeja de pasteles sobre las

rodillas, hartándose a comer como un niño que comete una travesura.

Sorprende ver cómo reaparece esa resignación que sube del fondo de la vieja raza humana y nos ajusta la conducta con vistas a afrontar el dolor y la desgracia. Avanza por los pasillos de los hospitales, con bata de felpa a cuadros, o invoca la templanza estoica ante la catástrofe pública. Contrasta con la época de la moral anoréxica y del narcisismo como eje del mundo. No sabríamos dilucidar si es una lección que procede de la genética o de alguna enseñanza recibida de modo ocasional y aparentemente desoída.

Están el andar encorvado y polvoriento de las masas desplazadas por una guerra mundial o la impasibilidad de quienes acaban de librarse de ser exterminados en el horno crematorio. Lo han visto todo desde demasiado cerca, y no se lamentan pero tampoco entonan himnos. Viven, tan solo, una tregua. Han convivido tanto con el dolor que se han quedado sin voz, incapaces de gesto alguno. Lo llevan todo en los ojos, hundidos en las cuencas oculares, en los brazos inermes, en la piel adherida al esqueleto encogido.

Los teléfonos móviles y los SMS comunicaron al instante el diagnóstico del segundo cáncer de Ventura Dols. Un escalofrío y una repulsión por el cuerpo que se desgarra por dentro, destruido por un mal negro. Diez años atrás, Ventura había combatido el primer cáncer con la gracia de un ballet, prácticamente como el episodio central de una obra maestra del cine musical. Había guardado silencio, no se había quejado. Diez años después, todo empezaba de nuevo. La quimioterapia, la conmiseración muda, la caída del cabello y el adelgazamiento acelerado, aunque la medicina había hecho muchos progresos en un decenio.

Caían, como las torres de los señores de la guerra al paso de los ejércitos bárbaros, los sistemas de inmunidad. Qué recurrencia de la imperfección soberana, destructiva, aniquiladora. Dols sonreía. Le hablaban de terapias que inhiben el crecimiento de las células cancerígenas al tiempo que dejan intactas las células sanas. Y, a la vez, sabía que el cáncer era capaz de superar la estrategia de la farmacopea, capaz de esquivar los sistemas de defensa y avanzar a golpe de tambor por los vacíos geopolíticos de la vida indefensa.

No existe ninguna edad idónea para el dolor y el sufrimiento. Tener sesenta años es hoy día una razón para dedicarse al golf, practicar natación o fumarse un habano los domingos, en el fútbol. Del mismo modo, no aceptaríamos que el dolor posea un significado sagrado porque no aceptamos ningún precio feudal, ni lastre alguno. Y todos los años, la monarquía rotatoria y los premios Nobel de medicina arrancan un trozo de bloque marmóreo de la naturaleza y

lo convierten en ciencia, tenaces día y noche en los laboratorios, hasta que la fórmula llega a las farmacias de los hospitales y se troca en una nueva gloria de la vida, mientras las células del mal negro buscan nuevas rutas, bajan por los pedregales y superan líneas Maginot bajo todo el fuego de artillería.

A Ventura Dols, el paso de los años le reafirmaba en la convicción de que, de todas las artes, la música era la más vinculada al dolor. En lontananza predomina el símbolo del Santo Grial, surgido de la tragedia de la redención. Es el cáliz con el que Jesucristo bebió durante la Última Cena. Es el cáliz que José de Arimatea utilizó para recibir la sangre que manaba del costado de Cristo colgado en la Cruz.

Toda la raza humana se lame las heridas del sufrimiento al abrigo de alguna música. Lo saben los organistas de las congregaciones religiosas antes de emprender la carrera de compositor. Llegan de buena mañana al templo, cuando las primeras beatas se arrodillan en espera del sacerdote. Al principio hacen chirriar los pedales del órgano, hasta que un indicio de gloria armónica salta de bóveda en bóveda de la basílica. Quedan atrás los charcos de sangre del pecado homicida, las huellas de la tortura y el martirio, la anatomía destrozada del niño extraído con fórceps del vientre de la madre y las lágrimas de la madre que ha sufrido la muerte del hijo. Triunfa la música sobre el dolor, y no es más que un organista cayéndose aún de sueño y en ayunas que pedalea maquinalmente a primera hora del día, cuando la oscuridad reina todavía en las calles.

Sería un sinsentido identificarlo con la falta de palabras: la música llega allí a donde no llegan las palabras. Sucedía al contrario: el sufrimiento llegaba hasta donde la música llegaba por completo. Tampoco se desprendía de eso que la música fuese terapia, aunque en los balnearios una combinación de semiinmersión curativa líquida y musical esté muy cotizada, en particular para mujeres de mediana edad, añorantes de la retórica *hippie*. La música no sana; la música trasciende, como un majestuoso coral que estalla en las conmemoraciones de la Pasión.

Qué extraña confrontación representan el dolor y la sensualidad: ni el destino ni el deseo mitigan el choque entre la carne lacerada y los ciclos concupiscentes, del mismo modo que padecemos y morimos en el mismo lecho donde hemos hecho el amor o, sencillamente, copulado. La misma cama en la que nacimos puede ser el lecho de muerte, tras años de vida sensual, de combinar cuerpos, presencias, insomnios y enfermedades. La misma cama, recibiendo la misma luz de la calle, sin variar ni un centímetro la orientación nordeste según la brújula, la misma materia de sueños o

supersticiones, el mismo intríngulis de intereses y pasiones.

Ventura afirmaba que la música —y los historiadores de la música— lo habían salvado del primer cáncer. ¿Qué música podía salvarlo del segundo? Tras escuchar la revelación de Ventura, oyeron la fuerza melodiosa de un ruiseñor desconocido, recién llegado al valle. Una música líquida y cálida que incita a la noble felicidad de los hombres que vivieron anónimamente sobre la Tierra y, ahora, no son más que huesos dispersos que nutren la hierba y la fosforescencia de las grandes noches. Tantas noches de canto completo, sin dormir, consagrado a la elegía y al triunfo, a la vida al mismo tiempo ardiente y dulce. Se marchaba el ruiseñor con un vuelo ondulado de ceniza delicada.

El tratamiento del cáncer llegaba a la individualización. Eso llevaba a pensar que podía ser reducido a la condición de enfermedad crónica, controlable, como la diabetes. Los tumores en apariencia idénticos observados al microscopio poseen una especial diversidad desde el punto de vista molecular o genético. A Ventura Dols los médicos le decían que la guerra contra el cáncer estaba a punto de experimentar un gran cambio, a mejor. Los laboratorios desentrañaban gran parte de la biología molecular del mal, y los científicos creían saber ya cómo consigue el cáncer progresar. En realidad, sabían que el cáncer no era un mal, sino toda una ristra de enfermedades. El nexo residía en el hecho de que unas células no sabían cómo detener su división. En resumidas cuentas: el cáncer es el crecimiento incontrolado de las células.

Pasaba el día a día de las elecciones europeas, como una indiferencia ingente. Una vez más, la gente rechazaba los activismos mortales de la participación y reservaba un escepticismo casero en lo tocante a la representación. Más allá de la democracia indirecta estaba solamente el engaño del populismo, y no la ilusión de una comunidad que quiere saber qué hace el poder. El tópico ajado de una Cataluña más europea que el africanismo hispánico coleaba, como un pez que se convulsiona, agonizante, fuera del agua. Todo el mundo se engaña como quiere o como puede. A fin de cuentas, lo que importaba era el precio del petróleo, los inmigrantes sin papeles, la lógica de las deslocalizaciones y los riesgos de la inflación. Todo lo demás era esperar que llegaran las vacaciones de verano.

Mientras los adultos hablaban con Ventura, los niños habían ido a nadar al embalse, liderados por Eli y Lolo, portadores de la niña china, como el nuevo tótem del clan. A pesar de alguna aspiración fundacional, por lo general incitada por las mujeres, los fundadores de Viluma no habían cedido a la tentación de una piscina comunitaria, foco de enfermedades infecciosas, cornúpetas, cortes de

digestión e infanticidio *interruptus*.

Solo, en el hospital, Ventura pensó en la música y en la idea del arte. Puede que el laberinto y el caos fueran lo mismo, y el orden de la forma no era sino la apariencia externa del mal, del desorden. Más allá de la calma de un dibujo, la metástasis del instinto tiraba de la pintura hacia la noción más primitiva, al igual que ocurre con la música. Por ejemplo: al contrario que la tesis de crítica más establecida, Ventura no veía por qué motivo no deberíamos considerar que la pintura ha sido, es y será, entre otras cosas, decorativa. Es más, defendía la pintura cómoda.

Mendelssohn representaba la etapa Biedermeier; pero, ¡cuidado!, a los diecisiete años había compuesto la obertura del *Sueño de una noche de verano*. El estilo Biedermeier es casero, más cómodo que lujoso, hecho de texturas burguesas y de sentimientos cálidos, mesurados. ¿Es, en parte, como el estilo victoriano? Si así fuese, se entiende por qué la música de Mendelssohn le gustaba a la reina Victoria, y a esta, ciertamente, le gustaba la música más cómoda. Por eso a Ventura habían acabado pareciéndoles confortantes, e incluso cómodos, estilos tan repudiados como el Biedermeier o el victoriano. Que existiera una transición tan casera como el Biedermeier entre la serenidad neoclásica y el huracán romántico le consolaba. El Biedermeier tenía, además, el toque familiar, reparador. Era la domesticidad digna del arte. Ninguna familia sin piano, ningún día del año sin escribirle una carta a alguien, ninguna velada sin un pequeño concierto, ningún poeta sin un público dispuesto a escucharlo recitar en los salones. De forma complementaria, el mobiliario Biedermeier lograba, según una fórmula célebre, suavizar la rigidez del estilo Imperio y dotar de gravedad a las líneas estilísticas del Directorio.

Siempre raudo a la hora de recusar la opinión de los críticos de arte, nunca hubiera sospechado que la voz de un crítico musical podía sanarle una herida del espíritu al tiempo que los médicos le curaban el cáncer de laringe. En RN2, una serie de programas iban desgranando la trama de la guerra antigua entre críticos y autores. El ejemplo de toda la vida era el crítico vienés Eduard Hanslick, defensor a ultranza de Brahms, detractor de Wagner y, de rebote, negativo con Anton Bruckner, porque lo consideraba seguidor del wagnerismo. Como suele ser característico de estas situaciones humanas, Hanslick y Wagner habían empezado siendo amigos. Un buen día, Wagner replica al crítico con cierta grosería. Da comienzo un enfrentamiento de leyenda, con respuestas siempre poco educadas por parte de Wagner.

Cuando compone *Los maestros cantores de Nuremberg*, Wagner no

se olvida de Hanslick. Se vale de la persona real de Hanslick para el personaje de Beckmesser, y por poco no le pone al personaje el nombre de Hans Lich. Puesto quizá sobre aviso por rumores previos, Hanslick acude a una lectura que Wagner hace de *Los maestros cantores de Nuremberg* y se marcha desolado, vejado, convencido de que el músico tenía la intención de ofenderlo profundamente. Ultrajado, Hanslick desató la ofensiva a muerte contra Wagner, la lenta e impecable destilación de ácidos. De *Los maestros cantores* critica la «tendencia a la melodía informe». Todo es «una anormalidad». Hanslick ya había descrito antes a Wagner como el egoísmo personificado, temerariamente enérgico consigo mismo, indiferente hacia los demás, desprovisto de consideración alguna. Desde entonces, el crítico convierte en permanente y belicosa la contraposición entre Wagner y Brahms, que se mantenía más bien al margen de todo. Y no solo al margen de las guerras de Hanslick: en el momento de dirigir un concierto, se le olvida ponerse los tirantes de los pantalones. Poco a poco los pantalones le caen, Brahms dirige sin percatarse, y para su fortuna el concierto concluye justo antes de que la caída de pantalones comporte una exhibición corporal.

A veces parece que Hanslick creía de verdad que la música de Wagner no era sino una manifestación del mal. Hanslick es el estratega que aprovecha todos los recursos y complicidades para arremeter contra las primeras tentativas del Festival de Bayreuth. La obra de Wagner es «una deformación», una «perversión de las leyes musicales básicas». En favor de Hanslick se afirma que *Parsifal* le llevó a reconocer la grandeza de Wagner. Ahora bien: con vistas a definir el síndrome de Hanslick, ¿acaso enalteció la música de Brahms para hundir la de Wagner o es que para hundir la obra de Wagner enalteció tanto la de Brahms?

Hanslick es uno de los buenos amigos de Brahms, como también lo eran el Johan Strauss rey del vals, el violinista Joachim y, a su manera tan peculiar, Clara Schumann. Cuando los éxitos de Brahms eran empañados por la música del porvenir que representaba Wagner, Eduard Hanslick nunca le fallaba. Personalmente, Brahms respetaba a Wagner y apreciaba a Bruckner, aunque lo considerase un wagneriano chiflado. Otros pensaban que Brahms representaba la música más retrógrada de la Viena de entonces.

Según el crítico de RN2, la fórmula icónica de los tres B —Bach, Beethoven y Brahms— no tenía otra finalidad que enaltecer a Brahms en contra de Wagner. Allí donde Wagner y Brahms hacían ver que lo ignoraban, Hanslick cavaba trincheras, colocaba minas, favorecía a Brahms contra Wagner. Para satisfacción de Hanslick, Brahms es el maestro que no evoluciona, denso, melancólico,

hierático y, a la vez, de amplitud compasiva. Tiene una estructura inventiva que constituye el final del Romanticismo. Es la apoteosis de la verdad otoñal, porque Brahms es y quiere ser clasicista, de forma deliberada, masiva.

En cambio, a Bruckner lo consideraban un cretino. Ingenuo con las mujeres, provinciano de ambiciones, compositor tardío, vio la luz reveladora en una representación de *Tannhäuser*. Quedó deslumbrado, cuando contaba casi con cuarenta años, tras el aprendizaje y la experiencia musicales del clasicismo. Da la impresión de que Bruckner no va a entender nada, pero lo ve todo. Adquirió la costumbre de besarle las manos a Wagner siempre que lo tenía delante. Pareció entonces, y a todos les encajaba, que Bruckner pasaba a ser más wagneriano que nadie. Cuando Bruckner va a Bayreuth y quiere dedicarle una sinfonía a Wagner, este se la acepta. Bruckner bebe demasiada cerveza y al día siguiente no recuerda qué sinfonía ha elegido Wagner, así que se lo tiene que preguntar. Alguna vez Wagner dijo de Bruckner que era el único compositor que se acercaba a Beethoven.

Otro tema bien distinto es que la estructura armónica fundamental de Bruckner siguiera siendo clásica. De hecho, solo contaba que Hanslick ya lo hubiese clasificado, por siempre jamás, como un componente estólido del wagnerianismo. He aquí, pensó Ventura Dols, que Bruckner era, de rebote, la víctima del síndrome de Hanslick. Las mayores injusticias suelen ser así. Ya muerto Bruckner, los críticos empezaron a darse cuenta de que, más allá de Wagner, había alcanzado un cenit único de religiosidad musical. Finalmente, el mejor conocimiento de la música de Bruckner llegó a hacer inexplicable la pugnacidad de los wagnerianos cuando lo utilizaron para torpedear a Brahms. A la larga, tal vez todo significaba que Bruckner era un músico de mayor fe que pasión.

Los historiadores demuestran que las primeras grandes corales de metal de Bruckner datan de mucho antes de que descubriera la música de Wagner. Pero, del mismo modo que los antiwagnerianos hacen de Brahms su líder, los wagnerianos escogen a Bruckner como jefe de filas. El buenazo de Bruckner, hinchado por la cerveza, llega en alguna ocasión al borde de la demencia. Hanslick le pone todos los obstáculos posibles cuando quiere ser nombrado profesor del Conservatorio de Viena. Hanslick, el estratega, la mundanidad, la ortodoxia anti-Wagner. Quizá Hanslick osaba cometer con Bruckner las tropelías que no le haría a Wagner. Cuando Bruckner estrena su *Sinfonía n.º 8* en Viena, Hanslick abandona de forma aparatosa la sala antes de que suene la *Finale*.

Así, con el suero entrándole gota a gota en las venas, mientras las

células de la faringe revivían tras el cáncer desolador, Ventura Dols había aprendido de nuevo a decirle buenos días a la vida, a favor de los Bruckner del mundo y olvidándose de los Hanslick del universo. Toda la grandeza podía existir en una tecla de piano, en una gota de agua, en una pincelada. La música y la pintura lo devolvían a la fe inarmónica y áspera de los antepasados, y a la vez tan sólida como la roca que supera el embate de las olas. Al abandonar el hospital, regresó más que nunca a la pintura que le gustaba y que sabía hacer. Sucede como con los instrumentistas profesionales: han hecho tan intensa y habitual la práctica de seis o siete horas diarias que, si no practican, sufren extraños trastornos psíquicos.

Por la noche, los fundadores de Viluma rememoraron cómo habían observado la vida del progenitor, del ogro, la prepotencia del padre que atesora la posesión absoluta de la casa y se va a la cama con la madre de todos. El padre todopoderoso, acaso hombre de otras mujeres, madres de otros hijos.

Ventura: «Sí, seguro. Muchas. Bueno, un buen puñado. Era un hombre fuerte. Una temporada jugó a la pelota vasca. Después me llevó a ver partidos muchas veces. Me gustaba el estrépito de las apuestas, el golpe seco de la pelota en el muro. Mi padre apostaba por los amigos y a menudo ganaba. Sí, estoy seguro de que tuvo muchas mujeres. De todos modos, era tiernamente fanfarrón, no sé si me entendéis. Era un hombre de café y copa, de limpiabotas, de horas fijas en la barbería. Le aplicaban friegas… le recortaban los pelos de la nariz. Yo creo que en aquel entonces los hombres tenían más tiempo para todo, se movían en distancias más cortas. Lo seguí una vez hasta tres o cuatro manzanas más allá de casa. De repente giró y, como si se acurrucase, dio la vuelta a la esquina… entró en una planta baja… una "querida", he pensado siempre».

Daniel: «¿Qué impide que sepamos ser tan egoístas como ellos?».

Amadeu: «Tal vez sea la psicología, la sociología, todo a la vez. Empecé a soñar con mi padre justo después de que falleciera. Yo tenía… tenía veintitrés años. Desde entonces sueño con mi padre todas las semanas. A los veintitrés años él ya era un hombre hecho y derecho. Un adulto responsable, con poder, con autoridad. A los veintitrés yo era un adolescente, un irresponsable. Me lo imagino opinando como siempre lo hizo, de una pieza, sin que le asaltase una sola duda…».

Daniel: «Tal vez adquirían el derecho a ser egoístas y no creían que fuera un privilegio innato…».

Ventura: «También está el hecho de que todo el mundo obedecía más. O al menos lo parecía. Mi madre hizo siempre todo lo que quiso y mi padre no le negaba nunca nada, pero cada uno tenía su

poder, su territorio. Uno castigaba, la otra perdonaba. Uno traía el dinero a casa, la otra lo gastaba. Nadie decía una palabra más alta que la otra».

Amadeu: «Date cuenta de que en ningún momento discutiríamos si las madres tenían amantes. Tal vez se deba a que, con la vida que llevaban, sus maridos les daban seguridad».

Daniel: «De hecho, la ciencia explica que todos los organismos tienden a engendrar más descendencia que la que puede sobrevivir».

Ventura: «Papá era el rey de la casa, sí. Cuando murió pensé que deberíamos fumigar toda la casa... rincón a rincón... armario a armario... cajón a cajón. Aun así, todavía está ahí. Es como una casa habitada por... unos cojones descomunales que todo lo llenan y todo lo saturan. No hay en absoluto espacio para los demás, sobre todo para los hijos. Ni siquiera encerrado solo en el baño, masturbándote, podías estar seguro de que él no vigilaba y lo veía todo. Son los cojones del despotismo sin límites».

Daniel: «Así es, y a menudo la violencia mental puede ser mayúscula. Lo has retado de todas las formas posibles, quieres derrotarlo como sea. Pero es imposible. O al menos en aquella época. Lo veías regresar del dentista y lo explicaba sin entrar en detalles, sin ninguna queja. Todavía no existía la terapia de grupo. Podíamos creer que eran gigantes porque los gigantes existen. Pero la adolescencia lo pone todo patas arriba. Entramos en la época del odio... el padre existe a fin de que lo odiemos hasta el infinito».

Ventura: «Me indignaba especialmente cuando tenía que ir a la barbería con papá y era él quien decía cómo tenían que cortarme el pelo, siempre "muy corto". Alguna vez nos cortaron el pelo a los dos a la vez. El maestro barbero le recortaba el pelo de la nuca con mucha técnica de tijeras... el aprendiz me pasaba la máquina por detrás de las orejas... y me despachaba en menos que canta un gallo. Ambos envueltos en la bata blanca, estábamos delante de un espejo, sentados en esas sillas enormes. Yo lo miraba en su espejo, pero él ni se inmutaba. Repantigado con las piernas en alto, tenía la mirada fija en un punto del techo e iba hablando sin hacer mención alguna a que yo le estuviera observando. Le escuchaban... Dominaba. Al final, le aplicaban una friega de loción y le ponían polvos de talco. Y para mí nada, una sacudida del envoltorio blanco, un pase de peine por el cabello un poco mojado de agua con un rociador. Él finalmente se levantaba, le retiraban la bata... lo cepillaban de arriba abajo... le reían la gracia. Se estiraba los pantalones. Se miraba de reojo en el espejo. No dudaba de ser quien era. No quería ser nada distinto... nadie que no fuera él. Pagaba por los dos, daba propina. Salíamos a la calle y el aire nos repeinaba muy suavemente la raya

del pelo. Hasta el momento no he conocido ningún monstruo tan grande».

Daniel: «Pero ¿acaso podía ser de otro modo?».

Ventura: «No, no. Ni se me pasaría por la cabeza. Es así como debía ser. Mirad, yo creo que en realidad pertenecemos a dos familias: una, la primera, nos hace, y a la otra, la segunda, la hacemos. Crecemos en contra de la familia que nos había hecho y ahora, después de formar una nuestra, en teoría a nuestra imagen y semejanza, a nuestra medida, nos pasamos el tiempo añorando la familia que nos crió y criticando todas las insuficiencias de la familia que hemos formado».

Daniel: «Yo no estaría tan seguro, Ventura. Los hijos, las esposas, también nos hacen...».

Ventura: «Pero somos nosotros quienes, bien o mal, por azar o por razón, elegimos a las esposas y decidimos tener hijos».

Daniel: «He aquí el error... otro error: pensar que lo podemos decidir, que lo debemos elegir, que nos corresponde decidirlo. Lo que añoramos de la familia que, como tú dices, nos ha hecho es que aceptaba que muchos asuntos estuvieran decididos de antemano. Incluso entre hombre y mujer: hemos creído que las madres de antes no decidían nada, sobre todo en cuanto al dinero, a los asuntos materiales. Y que lo decidían los maridos de manera implacable... exclusiva. Y que ellas tenían el poder de decidir en la vida social de la familia: los hijos, la educación, la diplomacia doméstica. Pero no, ¿quién se lo puede creer? Ellas mandaban también en el tema del dinero. Callaban por deber... por convención, pero mandaban. Algunos asuntos nunca se discutían, pero de algún modo, silencioso, se dirimían constantemente. Muy diferente sería negar que fueran seres humanos, libres... astutos... autónomos a pesar de cada etapa histórica».

Ventura: «Haces de ello una nostalgia perversa. Haces que los padres y las madres de antes no tengan rostro, que sean una idea».

Amadeu: «Veo que perderlos muy pronto no hace que los añoremos de una manera tan engañosa como cuando habéis tenido tiempo para reconciliaros con ellos. Vosotros habéis odiado al padre, lo habéis perdido y después lo habéis recuperado, cuando quisisteis dejar de ser adolescentes...».

Ventura: «Hay recuerdos muy precisos, como una herida. Cuando tenía unos diez o doce años engañé a mi padre. Porque sí, por miedo tal vez, por comodidad. Era un cambio que no había devuelto a mi madre y que me gasté por mi cuenta. Había invitado a mis amigos a fumar un cigarrillo de tabaco rubio. Él se enteró a través de otro padre, empezó a hacerme preguntas y yo lo negaba y negaba. Me

creyó. Y después mamá, toda inocente, me preguntó delante de él en qué me había gastado la vuelta de la compra. Había conseguido engañarlo, había mentido de manera bastante efectiva y, de repente, mi gozo en un pozo. Él fue muy duro. Pasaron los años. Tampoco recuerdo qué edad tenía yo, pero debía de tener unos veinte años. Le veo bajar de un coche. Una mujer al volante. Él se queda con la portezuela entreabierta. La mujer, con el cuerpo inclinado hacia él, le ofrece la mejilla para que se la bese. Después, en casa, mamá le pregunta de dónde viene, él explica que viene del café y explica con pelos y señales la conversación que ha mantenido con los amigos. Le odio con dolor por que pueda mentir con tanta impunidad… con tanta indiferencia. Siento celos de él. Me gustaría besar también la mejilla de la mujer, volver a casa y mentir con el mismo aplomo».

Daniel: «Mi padre, de amantes, de "queridas", que yo sepa, una. Y durante muchos años. Era su secretaria de toda la vida. Siempre con el cigarrillo colgándole de los labios, pintándose las uñas, estirando hacia el despacho de papá unas piernas largas, con medias sedosas. De todo aquello me intrigaban dos cosas: la primera que papá amase más a esa mujer taciturna, sin energía, sin demasiado de nada, y no a mi madre que era juguetona, incluso extravagante, excéntrica. La segunda era saber adónde iban a hacer el amor y a qué horas. Tened en cuenta que en la universidad no acabé los estudios y que empecé a trabajar enseguida en la editorial. Pasaron años y más años, y él con la secretaria. Todo el mundo lo sabía, seguramente incluso mi madre, y yo entrando y saliendo del despacho de mi padre y ella mirándome tras el humo del cigarrillo, imperturbable, sin decir nunca más de dos palabras. Al final aclaré la segunda de mis incógnitas: se veían a la hora del almuerzo, siempre en el mismo *meublé* cerca de la Ronda de San Antonio, y tenían reservada… todos los días… a la misma hora… una habitación con juegos especiales de luz, espejos por doquier y una pequeña fuente que manaba agua cuando todo había terminado y tocaban el timbre para irse. ¿Habéis estado nunca con una mujer cuya piel huela toda ella a tabaco? Pues yo pensaba que la secretaria le había traspasado el olor a mi padre, y desde entonces no podía mirarle sin pensar que apestaba a tabaco y que, en cada consumación del deseo, una fuente, en cualquier lugar del mundo, empezaba a manar, como la prórroga o un simple premio a la vanidad del macho».

Ventura: «Padres e hijos, la atracción, despótica, de los planetas por parte del Sol».

Daniel: «Y a ellas, cómo las odiamos. Hacen que las odiemos, por envidia o por remordimiento».

Amadeu: «Competimos».

Daniel: «Quién sabe. Lo que me imponía de aquella secretaria era que me ignorase tanto. De hecho, ahora pienso que ignoraba a todo el mundo. Puede ser que incluso amase a mi padre. Peste a tabaco, a habitación cerrada. Y de repente una fuente que mana».

Estaba también la historia que Marcel no habría contado por nada del mundo si hubiera estado aquella noche en Viluma: «El tío Santiago —era el único hermano de mi padre, y el primogénito— me telefoneó. Por el tono de voz noté que me trasladaba una carga... o incluso un secreto. El problema era mi padre, y la instrucción del tío Santiago fue: "Más vale que te vayas haciendo a la idea". Yo hacía muy poco que había empezado a ejercer de abogado. Creo que antes no había entrado nunca en una comisaría de policía. Allí estaba el abogado Cubí, abogado de confianza de nuestra familia. En resumen: habían encontrado a mi padre en la playa del Masnou, tras un montículo de arena, tocándose con un chaval que parecía menor de edad. Mi padre... la mirada gacha... la camisa mal abrochada... los pantalones que tenían aún rodilleras de arena húmeda enganchada. Ni me miró. El abogado Cubí, en cualquier caso, parecía tener mucha mano izquierda en tales asuntos. El mundo se me vino abajo. Como sabéis, siempre había confiado en mi padre, incluso teníamos una buena complicidad. Me había defendido siempre ante mi madre. Era un hombre fuerte. Habíamos hecho muchas caminatas por la montaña, en verano. Aquella tarde, de todo eso no quedó nada. En un aparte, Cubí me dijo que si el chico no era menor todo tenía arreglo. Pagando, se entiende. No a la policía, sino al muchacho y, sobre todo, a su familia. ¿Quién, si no, había avisado a la policía para que se presentara en la playa del Masnou? El chico tenía una mirada muy dura... impertérrita. Mi padre, sentado en un banco de madera, tenía los brazos caídos y no levantaba la vista del suelo. ¿Cuántas veces, antes de yo saber nada, había vivido esa escena? La espera de la familia del muchacho se hizo muy larga. La comisaría tenía las paredes húmedas y todavía, por aquel entonces, la fotografía de Franco. Paredes húmedas, culpa húmeda. Por fin llegó el presunto padre del chico... presuntamente pervertido... por mi padre. Iba con él una mujer que clamaba al cielo. Después sospeché que la policía ya debía de conocerlos, porque enseguida, con brusquedad, les pidieron papeles, identificación, que pudieran documentar la edad del hijo. El abogado Cubí —con el despacho en la calle Petritxol, pedigrí democristiano, padre de familia— demostró una gran habilidad para manejar al padre del joven. Era mayor de edad, todo podía arreglarse con alguna ayuda económica, la policía no actuaría sin denuncia. Todo ocurrió así. Al final, y la verdad es que se me hizo todo muy largo, la familia retiró la

denuncia, la madre se calló y, en la calle, el padre cobró en metálico. El joven esperaba recibir su parte y miraba a mi padre de una manera tan cínica, tan dura, tan despectiva, que me hirió. Cubí se llevó a mi padre en su coche. Di un pequeño paseo por El Masnou».

Sí, esta era la historia que Marcel no hubiera explicado nunca. De hecho, no se la contó nunca a nadie, ni nunca habló de aquello con el padre. Él la recordaba alguna vez, con la sensación de quien, de espaldas y con todo el peso del cuerpo, pugna por mantener cerrada a cal y canto la puerta del armario de los esqueletos.

Por la noche, medio a oscuras, sentado en el jardín, Daniel creía aún ver pasar las sombras alargadas de los soldados que regresan de un refuerzo de guardia, con los capotes espesos y los fusiles al hombro, dando caladas al cigarrillo como luciérnagas que flotan sobre la tierra de los muertos.

9

Una polaca que llora por teléfono y quiere hablar a la vez en castellano y catalán no hubiera resultado descifrable sin mencionar muchas veces a Charo. «Charo, Charo...» Solo podía ser la polaca que Daniel había contratado para que cuidara de su madre. «Charo, Charo...» Una vez más, Charo conseguía que las asistentes y las señoras de compañía tiraran la toalla enseguida. Daniel encontró a su madre muy dejada, lenta de voz. La anciana se durmió, roncando. Entonces Daniel aprovechó para inspeccionar el piso. Había un dedo de polvo por todas partes, así como una mezcla de orden y caos que, por un lado, permitía que las cucharillas de café estuvieran lustrosas y, por otro, que todos los platos estuvieran apilados y con restos de comida. Sobre todo había botellas vacías de vodka. Ella aún dormía, abotargada. La pelusa de la barbilla había llegado a ser una blancura hirsuta y sudada, las voluminosas bolsas bajo los ojos parecían poder estallar en cualquier momento por el goteo de las pupilas húmedas. Bebedora solitaria.

Charo abrió de par en par los ojos, como quien tiene una pesadilla y salta por la borda de la nave de los locos. Daniel la llevó al baño y la dejó sentada en la taza del retrete. Tardaba mucho. Volvió a buscarla y ella acababa de levantarse. Cayó sobre el bidet y se golpeó el codo con el borde de porcelana.

El médico de guardia parecía un especialista en ancianas que beben y se rompen un codo por haberse caído en el baño. Regresaron a casa y la encamó, con el codo fracturado sobresaliendo como el alerón de un bólido bajo el hangar. Con el otro brazo Charo se agarró a la cama. Le mandó buscar el álbum de fotografías de la familia. En silencio, las miraron hasta que ella se quedó dormida, como un tronco.

A la mañana siguiente encontró a otra mujer que cuidara de su madre, una filipina que nunca dejaba de sonreír. Antes del Alzheimer, Charo se quejaba siempre de la señora de la limpieza que Daniel le pagaba, y la acusaba de pertenecer a un sindicato comunista cuando en realidad era miembro de la Adoración Nocturna.

Había pasado la época en que huía de casa por las noches y se iba a un hotel. Por la mañana telefoneaban a Daniel. Tenía que mandar a alguien que fuera a buscarla, pagara el hotel y la llevase de vuelta a casa. Alguna vez en que había ido Daniel, la encontraba sentada en el vestíbulo del hotel —que nunca era el mismo— con una pequeña

maleta sobre las rodillas, como dispuesta a realizar un viaje de fin de semana. Miraba al hijo y le decía: «No eres tú. No podías y ahora puedes. ¡Cómo engañáis a las madres!».

Entonces tenía un aire pesado, brutal. La mirada era como un reproche constante.

En el piso de la calle Bailén la madre solía mandarle sentarse en una *chaise longue* desvencijada, fósil mobiliario de veranos pleistocénicos. Ella hablaba y fantaseaba. Él la escuchaba y miraba en el cielo raso los perfiles de un fresco estrambótico encargado por un antiguo inquilino o propietario del piso que había amasado una fortuna con la destilación de licores: como una especie de planetario etílico, los diversos productos de su industria —un cava Romano, el reconstituyente Servicial— desplegaban órbitas rotundas, pero sin dejar de mantener una relación tangencial entre centenares de astros y estrellas que, si bien inmóviles y deslucidas, querían todavía imitar el titileo del firmamento en la noche celestial.

Entre cambios de sirvientas y días y horas de estupor alcohólico, la madre vivía con la única obsesión de que alguien le entrase por la chimenea.

«Divórciate. Tendrías que volver a casa», decía ella. Daniel exploraba el planetario del techo y hallaba las excelencias de un mosto de uva incorporado al cosmos con el nombre de Urano. Ella tricotaba, quién sabe por qué o para quién. Era una criatura toda ella a destiempo, extraviada entre sirvientas filipinas y ecuatorianas, sin otra tutela que ese planetario tan absurdo como su vida.

«La semana pasada no podía irme a la cama. Sabía que ellos vendrían. Estuve aquí, sentada, toda la noche. Eran tres y se dejaron oír cuando ya iban por la mitad del cañón de la chimenea. Y vaya si llegaron a poner los pies en el suelo. La alfombra quedó hecha unos zorros por culpa del hollín.»

Después miraron por enésima vez más fotos de familia que ella guardaba en una caja de galletas, de aluminio dorado. Charo repasaba con el pulgar los rostros de los familiares distantes, fotografiados en estudios con una banqueta de tres patas y un fondo pintado. «Vendió la barca. Hipotecaron el chalet.» Una y otra vez dedicaba epitafios a generaciones enteras.

Después, de improviso, decía: «Esta noche volverán». Vivía de un pasado extinto, sin conexión vital alguna, y de un presente que dependía de los hombrecillos o duendes que intentaban bajar y entrar en el piso por la chimenea.

Siempre que veía a su madre, Daniel pensaba en la lucha a contrarreloj de la ciencia contra el mal de Alzheimer. Cada cierto tiempo parecía que alguien le encontraría remedio, podía suceder en

cualquier momento, y mientras tanto la sangre circulaba tan asimétricamente, de manera tan arbitraria, por la mente de su madre que resultaba imposible distinguir entre el carácter de bruja gitana de la vieja Charo y los efectos de la desintegración cerebral.

En la vida topamos por doquier con proyectos inacabados de puentes y templos, proyectos con los planos arrugados y amarillentos, como la cartografía de tierras que nadie conquistará nunca, territorios de la materia y del espíritu que por siempre jamás carecen de pontón y de altar, más allá del mundo que ya hemos sometido y donde ya hemos profanado los templos y convertido los acueductos en obstáculos. Los escombros nos acechan con indiferencia, fruto a menudo del simple azar, y por ello más devastadores. Puedes irte a dormir y saber de repente que, cuando cierres los ojos, ya no soñarás nunca más como antes. Has cruzado uno de los umbrales, una nueva edad del hombre, y te aproximas de nuevo al terror que sentías cuando eras un niño y te despertabas tras haber pasado una mala noche.

Nunca poseemos el propio cuerpo: él nos posee. No nos es materia propia, sino territorio de conquista para los virus y los microbios, las heridas que supuran, el bisturí del cirujano, la diarrea o la hemiplejia. En el futuro algún científico encontraría la solución al Alzheimer, pero el presente era una representación cruel de la irrealidad del futuro. El pasado existía, el presente era real, el futuro existía tan solo como una forma espuria —banal incluso, sin raíz alguna— del pensamiento o la esperanza.

Desvelada, Charo repartía órdenes: «La última vez la bechamel no ligaba. No le escatime tiempo. Todo debe quedar a pedir de boca». Era como si tuviera delante, en hilera respetuosa, a todo el personal de una gran casa y estuviera a punto de comprobar si llevaban las manos limpias y las uñas impecables. «Lústrese las botas, vayan todos mejor peinados, saque las manos de los bolsillos.» El *tour* imaginario por los sirvientes de la mansión concluía prolijamente con el jardinero: «Cuídeme los rododendros, vaya con cuidado cuando pode los crisantemos, sea más cariñoso con los peces del estanque».

El proceso degenerativo de la madre de Daniel seguía todas las fases detalladas en los manuales de medicina. Había empezado por las embestidas punzantes de la ansiedad y después había dado paso al miedo a quedarse sola en casa. Daba comienzo el largo desfile de señoras de compañía, enfermeras y asistentas por horas, hasta llegar a la mujer que se ocupa de todo, la mujer orquesta. El mal devora el cerebro, destruye núcleos del sistema nervioso y genera mucha apatía y caos. A Charo, repentinamente fantasiosa, le daban raptos

de violencia y agresividad. A intervalos volvía la bruja, la mujer que interpretaba el poso de una taza de café o hacía solitarios mojándose la yema del dedo con saliva de la lengua antes de coger cada figura de la baraja. Después la incitación agitada por el mal de Alzheimer rebrotaba y Charo se convertía de nuevo en una dinamo de trato agresivo. Cada vez que su madre sufría un ataque, Daniel agachaba la cabeza, con el corazón en un puño. En alguna ocasión ella intentaba abofetearlo y él la agarraba por los brazos, notando muy cerca el olor de la senectud y esa ira alucinada, toda la hostilidad de creer que el hijo era un intruso que había entrado en la casa por el balcón. A la postre recuperaban la calma, cuando, o bien el ciclo, o bien la medicación, la aturdían y volvía a la pasividad estulta, con rachas muy breves de la Charo de siempre. Intensificación de la serotonina química en las células del cerebro: la batalla, la cercanía a la demencia. Prueba tras prueba, los médicos ensayaban la dosificación de antipsicóticos, antidepresivos, reforzadores de la memoria. Un miligramo de más o de menos comportaba letargo o, en el extremo opuesto de la enfermedad, una reactivación de la agresividad. Ya casi como una rutina, Charo iba de la fatiga apática a la violencia enérgica, como si recuperase la memoria de enemigos que antes nadie le había conocido, como quien desenfunda la espada y, en medio de la oscuridad, busca el cuerpo de quien quiere atacarlo.

Hacía poco que Daniel había celebrado la primera comunión, tenía siete años y su madre lo llevó a la casa de unos parientes pobres que vivían en Castelldefels, lejos de la playa. Eran como un apéndice parasitario e inconfesable del turismo: criaban cerdos y recogían con un motocarro los restos de la comida de los hoteles. Daniel lo desconocía todo de aquella familia y le daba pavor una casa que tanto apestaba. En el tren, de camino a la casa, su madre le había explicado de nuevo los deberes como católico, como soldado de Cristo que era desde que había comulgado por primera vez. «Todo lo debes perdonar y nada debes esperar por tu interés. Cristo llora a diario, y lo tenemos que aliviar y consolar a todas horas.»

Llegaron a la puerta de entrada de la casa fétida, con el techo remendado con latas planchadas, el motocarro en medio del corral, las gallinas que picoteaban y el estrépito de los puercos en la gran pocilga.

«Siempre han hecho todo lo que han podido por Ramon, en serio», dijo la madre, cuando de forma espectral compareció ante ellos, como un susto, un hombre de figura tétrica que, según afirmaba la madre, era un tío segundo de Daniel. Comparecieron también unos niños de su edad, y lo miraron con suspicacia

envidiosa. Entraron en la casa, socaire de miserias. Procedente de la cocina, el volumen de la radio ensordecía. Se asomó una mujer que podría haber pasado por arpía macbethiana, con un mechón de cabellos grasientos colgándole ante la cara.

«Hoy sí que no te esperábamos —dijo la mujer, como si fuera un reproche—. Lo tengo todo patas arriba porque estoy limpiando. Te lo tengo en otro cuarto».

Fueron hasta un cuartucho donde el hedor se volvía magma tangible, como la putrefacción de cuerpos y almas. En un colchón tirado en el suelo, con la frente reluciente de grasa, yacía una figura humana deforme, con un larga mecha de pelo de color indefinido que, como una cresta de plumas, partía por la mitad un enorme cráneo. Dos hendiduras muy estrechas sustituían al órgano de la mirada. Estaba sumido en un raro letargo, respiraba con un ronquido muy parecido al estertor de la muerte.

—Ramonet, Ramonet —dijo su madre. Se arrodilló llorando—. Reza conmigo, Daniel —agregó.

Daniel salió al corral y pegó un puntapié al neumático del motocarro cargado de barricas vacías. Los dos hijos de la casa lo esperaban fuera.

—¿Eres el hermano?

—¿De quién?

—Del monstruo.

Daniel lo negó. Dio unos pasos por el corral, ahuyentando a las gallinas. Los dos críos lo seguían a cierta distancia y parecía que se lo habían creído. Daniel volvió a entrar en la casa.

—No te olvides de Ramonet, hijo mío. Hijos míos. Oremos por él. Es tan inocente el Ramón, mi Ramón. Reza conmigo, Daniel.

Con la cabeza gacha, Daniel murmuró un padrenuestro y de reojo vio cómo la mujer de la casa se persignaba en un alarde de hipocresía. Su madre no tuvo que decirle que nunca le hablase de todo aquello al padre.

Desde su más tierna infancia, Ventura la recordaba cantando una y otra vez fragmentos de zarzuelas, a veces con un curioso resultado. Empezaba ella, por ejemplo, con *Por el humo se sabe dónde está el fuego* o con una pieza de *Doña Francisquita*, y acto seguido se añadía la sirvienta desde la cocina, después la costurera y, finalmente, el trío contagiaba al patio interior del edificio y se iban sumando voces, extraña mímesis coral que podía durar un buen rato, como por un efecto de eco que activaba voces y sintonizaba a toda una comunidad de mujeres al son de un fragmento de *Los gavilanes*.

Después de toda una adolescencia de engañar a su madre, Daniel se había dado cuenta de que la realidad es que, sencillamente,

muchas madres se dejan engañar. Lo ven todo, sin mirar, pero eligen —por lo que respecta a los hijos, y más aún a los hijos predilectos— tener un punto ciego: a esto se le ha llamado «capacidad negativa», y viene a ser un control superior de la inteligencia que permite no querer saber aquello que resulta más fácil saber. Daniel, por ejemplo, siempre había robado dinero a su madre: pequeñas cantidades, cada vez más redondeadas, que fueron pasando de la calderilla al billete moneda, hasta llegar a la falsificación de la firma de un cheque bancario. Ella no había dicho nunca nada, lo había hecho del todo imperceptible, como quien borra las huellas del delincuente. Cerraba la cajita donde guardaba el dinero con sistemas cada vez más imaginativos, escondía la billetera entre sábanas, bajo el colchón, en una vieja caja de galletas en la despensa. Disimulaba el talonario de cheques entre los papeles del secreter lleno de documentos familiares, viejas escrituras, contratos, las agendas de contabilidad doméstica, los recortes de esquelas mortuorias. Y cuando Daniel hallaba la forma de llegar hasta el dinero y ejecutaba una nueva depredación impune, el dinero se ocultaba una vez más, más recóndito, pero sin vituperio por parte de la madre. Si el adolescente había creído que su madre no pensaba, después se había percatado de que era una mujer sumamente inteligente, inarticulada y con poca capacidad verbal, pero muy inteligente. Nada que ver con la inteligencia emocional o femenina; no, era inteligencia nítida, de la mejor, enaltecida y afilada para el ejercicio constante y silencioso de esa capacidad negativa que le permitía tener un hijo en lugar de ver a un ladrón.

Al final, era Daniel quien firmaba cheques y costeaba los últimos años de su madre. Lo hacía con gran alegría, incluso —una pizca cruelmente— felicitándose por ello. Era una de las compensaciones de la vida, que pudiera devolverle a su madre el dinero que le había robado sabiéndolo ella y callándoselo. Esa era la misma mujer que, arruinada por el Alzheimer, veía nuevos continentes en el techo de la casa, oía a los duendes por la chimenea o identificaba a la señora de la limpieza —hoy filipina, mañana eslovaca— con la espía de un ejército invasor.

Charo era una prueba flagrante de que los méritos del matrimonio se han exagerado mucho. Antes del Alzheimer, le había contado a Daniel la infidelidad del marido con la secretaria. Sabía muchos detalles, tal vez todos.

—Pero tú te dejaste seducir… —le dijo Daniel.

—No. Peor que eso. Me dejé engañar.

En el fondo, Daniel detestaba haber vivido una infancia. Hubiera deseado negarla, ignorarla por completo, borrarla de su pasado. No

aceptaba que hubiera necesitado protección, tanta dependencia de los adultos, de un padre y de una madre a los que, de todas formas, respetaba como por hábito. Como la guerra, la familia es a veces como un territorio de despojos mal sepultados. También puede semejarse a una época de monedas de oro escondidas bajo una teja o una baldosa. En ocasiones incluso da gracia hallarse en un punto donde los trenes que pasan o pasaban no llevan a lugar alguno.

El abuelo paterno de Charo se fue a pastorear a la Patagonia para no regresar nunca más. Después, los padres de Charo habían llegado a Barcelona, desde Galicia, tras un larguísimo viaje en tren. Abrieron una mantequería. Engendraron una hija. Charo tuvo desde el principio la vida propia de una meiga. Dejaba por la vida la sombra de una maga artúrica, protectora y generosa. Hubiera podido hablar con los muertos, conjurar la luna entre las piedras desperdigadas de un convento desolado por la desamortización o hacer el embrujo que transmuta un ejército todopoderoso en un puñado de cebras que saltan por las sabanas de África, huyendo de las llamas de un incendio. Oía voces, narraba leyendas, tenía hechizo.

Antes del vodka a solas y del Alzheimer, Charo había tenido un cuerpo juvenil: envejecía a un ritmo muy lento, de transparencias y gestos de gracia. Medir el modo en que envejecemos no posee unidad métrica de platino: deducimos la edad biológica, inmensurable, según el lenguaje de cada cuerpo, y, mientras que para el común de los mortales la edad cronológica y el reloj biológico coinciden, personalidades como la de Charo mantienen el vigor al margen de los cálculos de colesterol de la vitamina C. Gracia más que física; memoria más que temporal.

Charo poseía un fino sentido del lujo. Daniel recordaba que, desde siempre, en casa habían comido con la vajilla buena los días de cada día. Charo no creía que el jarrón de cristal veneciano o el juego de té chino tuvieran que guardarse en una vitrina. Todos los días se utilizaba el mantel bordado, la cubertería de plata, la sopera hecha filigrana. Eso explicaba que la vejez de Charo fuese una colección de piezas de vajilla de toda laya, supervivientes de décadas de vida familiar, piezas heteróclitas de porcelana añeja y de orfebrería delicada.

Daniel le había conseguido zarzuelas en DVD. Ella las miraba en la pantalla, escuchaba. Respondía a las melodías de una zarzuela con canciones de otra, como un contraataque de la desmemoria. Le ponía *La revoltosa* y ella tarareaba *La verbena de la Paloma*. Si el DVD era de *Bohemios*, ella cantaba partes de *El puñao de rosas*. Era por completo imprevisible, sin relación simétrica ni paralelismo musical: era solo una meiga que sufría el mal de Alzheimer y que cantaba

cualquier fragmento de *Agua, azucarillos y aguardiente* cuando Daniel le ponía el DVD de *Gigantes y cabezudos*.

Charo tenía sobre las rodillas una caja de marfil: la meiga guardaba en ella perlas, anillos oscuros, un collarín de huesecillos, coral rojo, pequeñas piezas de alguna escultura de filiación etrusca —un codo, un pie, medio brazo, una cabeza—. Era como si fueran las piezas de un ritual pétreo, elementos de un altar sin dios.

«No tú, Daniel… era Ramonet… y lo has abandonado… no me escuchas ciego… sordo… vivo o muerto… vienen esta noche… bajan… las mujeres… abren la puerta… bajan… entran… Que vengan papá y mamá… Ramonet ya no vendrá… cásate… "pensando y tú noche y día"… vienen los hombrecillos… no callan… estoy sola… vieja… y tú, ¿quién eres? Hijo mío… Ramonet… sola… demasiado vieja… y ¿Cómo qué?… no, no es verdad… pero me he portado bien… que vengan papá y mamá… dos más dos son cuatro… "aldea de mis amores"… querido… querido… Ramonet… no… tú…»

La voz oxidada y de enfisematosa se agotaba. Charo se durmió y la cajita de marfil cayó al suelo. Daniel lo recogió todo: también había monedas viejas, un mechero forrado de nácar, un reloj minúsculo y una medalla con la figura del ave fénix grabada, la garza fabulosa. Charo, ave fénix que había tenido que preservar la precariedad de Ramonet y que veía llegar la muerte y le pegaba fuego al nido, de cuyas cenizas tenía que surgir otra ave fénix.

10

Huir de la pasión, toda una aventura. Asimismo, para bien o para mal, toda la vida puede consistir en el error de creer que basta con llevar razón. Son conclusiones de insomne. Los primeros rayos del sábado iluminaban Viluma y Daniel seguía aún sentado en un balancín. El viernes, antes de salir de Barcelona, había podido ver a Marcel, pero, con vistas al relato que iba a ofrecer en Viluma, había decidido convertirlo todo en un episodio gris, rutinario. Estaba arrepentido de ello porque no podía tener la certeza de no haber traicionado al Marcel real, de haber querido hacer del episodio, como un juez que puede encubrir al culpable, un acto de piedad, y quizá no de justicia. Había pretendido situarse por encima del bien y del mal, filtrar la vida de Marcel como quien retoca un retrato para embellecerlo, sin darse cuenta de que la realidad es siempre más exacta que la compasión.

Recién llegado a Viluma, a la hora de la cena, le esperaban Amadeu y Ventura. De pie, Daniel explicó que la mujer de Marcel le había telefoneado, por vez primera desde que estallara el escándalo. «Hoy es un buen día porque está completamente sedado.» Explicó que había visto a Marcel sentado en un sofá, con la mirada apagada. Habían charlado de banalidades, sin mencionar en ningún momento el escándalo de Metabank. Marcel era eso, un hombre sedado, desconectado de los vínculos humanos, casi estupefacto. Cuando Daniel se despidió diciendo que se iba a Viluma, Marcel ni se inmutó. Alzó la mano derecha y la giró un poco en el aire, como los personajes de la realeza que saludan al pueblo desde la carroza, camino de una efemérides dinástica.

En realidad, como Daniel recapituló una y otra vez aquella noche, ya solo, sentado en el balancín, todo había sucedido de manera bien distinta.

Encontró a Marcel de pie, de espaldas, con los puños en la cintura, vestido con un *blazer* y pantalones de pijama de rayas. Miraba una batería de pantallas de televisión con el volumen silenciado.

Todas parpadeaban, monitores de una realidad cambiante y fugaz, sintonizando al segundo alguna cotización de la Bolsa, los zigzags de la riqueza del mundo. Marcel se dio la vuelta y saludó al visitante. Llevaba gafas de sol, iba descalzo y llevaba los pantalones arremangados, por encima de los tobillos, como un labrador de los arrozales vietnamitas. La escenografía catódica ubicaba al personaje

más allá de la justicia o de la inocencia. Marcel empezó a recorrer la sala espaciosa con pasos secos, casi marciales. Seguía un perímetro cuadrangular y, en las esquinas, giraba a derecha o izquierda como una formación militar, sin bajar los puños de la cintura, como un autómata con *blazer* y pantalones de pijama.

Murmuraba en voz muy baja, pero poco a poco elevó el tono y las palabras empezaron a configurar un monólogo: «Una mesa para las dos ronda transalpina nikkei 4,8 guisantes del maresme eléctricas 11,52 una parte de campari... una parte de vermut... barril brent... 35,82... crêpes suzette... riñones al jerez ibex-35 doble mínimo oro 374,100 euro 134,43 yenes huevos pochés... pan de nueces gin and it costillada... interbancario 1,993 angostura... renta fija... latibex -34,80 al dente crema de colmenillas... risotto... kir royal... lérida... para los leridanos...».

Hacía años que Daniel no veía a alguien hablando solo. Era un espectáculo que había desaparecido de las calles de Barcelona, del mismo modo que han desaparecido los locos del pueblo que iban hablando por las calles durante toda la noche. Recordó un instante de los años sesenta. Por aquel entonces iba con frecuencia a la Biblioteca de Cataluña. A media tarde, para no dormirse sobre los libros, salía a dar un paseo y a menudo se paraba entre la calle del Carmen y el patio del hospital de la Santa Cruz, cerca del monumento a Fleming.

En el nomenclátor, el lugar recibía quizá el nombre de Jardines del Doctor Fleming. De hecho, representaba el homenaje de los matarifes y bomberos de la ciudad a sir Alexander Fleming. Había unos bancos y todo exudaba la humedad de los viejos muros que los rayos del sol nunca tocan. Alguien echaba migas de pan a los pájaros. La ciudad pasaba de largo con el fragor de una riada de aguas sucias. Prácticamente era una liturgia, porque todos los días había alguien sentado en uno de los bancos, hablando solo. Eran monólogos un tanto astillados, fragmentos de un teatro crudo y despoblado. Hombres y mujeres, medio encarados al cielo, repensaban sus vidas, y, como por efecto de una espiral dialéctica, iban a parar finalmente a la gran herida, a la traición que los había lacerado. La voz irreprimible, estremecedora, contra el latido unísono del mundo. Se revolvían contra una conjura primaria y devastadora, la esposa infiel, el socio que te estafa, los hijos que te rechazan. Hablar solo era a la vez una forma de eludir el estropicio definitivo. Hablar solos los volvía un poco más fuertes que la fragilidad extrema de la existencia. Daniel se pasó allí muchas horas, simulando leer el periódico, escuchando monólogos que alguna vez implicaban un simulacro de diálogo: la víctima hablaba con el

verdugo y después ofrecía también la respuesta del verdugo. Terrible soledad ventrílocua, novelas de vidas destrozadas por enemigos de sombra universal, por madres posesivas, por patronos depredadores, por una letra bancaria o una neutralidad hormonal. Aquel rincón de Barcelona, dedicado a la memoria de Fleming, era como una playa de despojos y náufragos.

Desde entonces no había vuelto a encontrarse con alguien que hablase solo. Marcel era también un hombre roto por dentro, y si hablaba solo se debía tal vez a que tenía aún un pie en el suelo de la razón. Proseguía con su trayecto cuadrangular, quedaba absorto ante los televisores, escrutando el momento al alza o el declive, el orden espontáneo de los mercados reflejado de modo instantáneo y universal, de Tokio a los hielos bálticos, de Chile a Ciudad del Cabo. Y después seguía hablando solo: «Plata londres... 5,4950... bcn-5... tecnología -37,08... carrefour variación % .0,43... tres partes... ron blanco... una parte de lima... dos partes de ginebra una parte... de zumo de limón... manhattan aguas barna negociados 320.128 morro de bacalao... arroz con bogavante... dax-xetra... 3784,61... siderúrgicas... 377,87 algodón cortès... 9,50 euromix 9,03... angostura té suave canela platino... madrid... 28,64... renta fija... porcioles... golden... cadillac... sangría... barcelona».

Por la carretera que conducía a Viluma, cayó en el impudor de creerse más amigo de Marcel que nadie. Lo tendría que proteger dado que no podía salvarlo. Del mismo modo, la amistad casi nunca es simétrica: eres tú más amigo de tus amigos que ellos lo son de ti o, a la inversa, porque las cantidades nunca son equivalentes y porque el mundo de los afectos humanos es un juego de suma cero.

Después, con inconsciencia, pensaba: «No, no lo añores. Ser joven no es tan sano, ni de lejos, como la vida adulta. Ni tan estable. Los problemas de la vida adulta, en todo caso, son consecuencia de haber sido joven antes, de no haber entendido nada, y por eso todo el tiempo descarrilado es irrecuperable. No le des más vueltas, eres como eres. Ya pasas de los sesenta. No tiene nada de malo».

Júlia llegó pronto el sábado por la mañana, y Daniel permanecía aún sentado en el balancín, meciéndose como quien nada espera ni quiere esperar. Más tarde llegó alguien con la prensa. El caso Metabank parecía estático en la guerra de trincheras, enfangado en la línea divisoria entre dos verdades completamente relativas.

Con Amadeu Prat se dirigieron al embalse, a la hora en que la chiquillería iba a darse el chapuzón del mediodía. Llegaban las voces potentes de las garzas, muchas garzas, muchas voces: ¿La vida es un gran miedo? No, una gran abstención. «Empiezo a pensar que Marcel saldrá adelante —decía Amadeu—. Ya dicen por ahí que el agujero

no era tan grande como aseguraban, ni la trama tan perversa, que él era solo eso, un banquero sin dinero que vendía más dinero a los que quisieran dejarse tentar. ¿Recuerdas esa expresión de "vender duros a cuatro pesetas"? Es el fraude más viejo del mundo, y no del todo ilegal, en cualquier caso con aspectos no legales. Al final resultará que todos cobrarán. Marcel desaparecerá por una larga temporada y un buen día lo tendremos aquí...»

Amadeu había dedicado toda la vida a la política, desde una participación secundaria hasta las ficciones de la Asamblea de Cataluña, logrando mantenerse fresco, indemne, presentándose como una voz representativa de la sociedad civil, otra ficción dado que la sociedad civil no es más que esa masa profesionalizada de invitados a los actos institucionales y que, en cuestión de segundos, se zampan las croquetas y el cava. Mantenerse siempre a nado, en aguas agitadas o en alta mar. Lubrificaba con halagos su presencia en el mundo. Eso le daba esa desenvoltura que demuestran los cortesanos capaces de convertir una peca en el extremo de la nariz del monarca en una gracia de la epidermis. De puertas adentro, Amadeu abstraía su experiencia pero con infinidad de detalles, como el cortesano que, en lugar de recopilar agravios y maltratos para unas memorias futuras, destila la experiencia del bien y del mal en aforismos que sobrepasan el cinismo sin despojarse de toda crueldad. Y, a la vez, era un hombre agradecido, el hombre que dispensa favores, que escucha y da buen consejo cuando se lo piden, que conoce las reverencias que le son debidas al poder y las hace con gracia reverente, definitivamente, con estilo.

Una vez superada la carga de ridículo de autorrepresentarse como una pieza genuina de la sociedad civil catalana, Amadeu se dio cuenta de que el mejor espacio para la maniobra y el avance raudo se halla en los movimientos políticos de alianza o de coalición, llenos de grietas, por las que resulta provechoso infiltrarse para proponerse como árbitro o mediador entre partes enfrentadas. Eso hacía que la única continuidad estilística de su vida política —ya larga— fuese decir que la unidad es fundamental para Cataluña. Lo había dicho en tiempos de la Asamblea de Cataluña, cuando llegó Tarradellas y durante la extensa etapa pujolista, y lo decía desde que Pasqual Maragall presidía la Generalitat. En apariencia, había pasado de la izquierda a la derecha, pero él habría explicado que lo hacía en pro de la unidad, de compensar, de sumar, de que Cataluña fuera el eje de la política y no la política el eje de Cataluña. Había surfeado felizmente. Formaba parte de eso que se denomina «transversalidad de Cataluña», sin saber qué es eso exactamente. Caía a todos muy bien al buscar equidistancias en las tertulias de la

radio: diálogo, unidad, transversalidad, *pal de paller*, centralidad, oasis. Cuando obtienes cierta franquicia sobre una forma de vender palabras ya no eres un oportunista, sino un político que comunica. Como prueba de su amplitud, mantenía una buena relación con la política andorrana.

El hecho de ser físicamente agradable le incrementaba ese punto de gracia para hacer las cosas tan bien como los demás, pero con un plus de habilidad inconsútil. Una de sus fascinaciones era, por consiguiente, el protocolo, algo que, por otro lado, no quitaba que fuera un hombre poco convencional: bien al contrario, lo fortalecía.

Se engañaba al creer que cierta sutileza instintiva lo había alejado de la acción y, por tanto, del poder. Siempre disponible, nunca había merecido la confianza suficiente. Pese a ser bastante hábil para conjugar el sentido de la oportunidad y el bien público, al final había errado cada vez el *tempo*: por ese motivo, al cabo de los años el mayor prestigio que atesoraba era la duración, la capacidad de adaptarse. Son formas de atender el interés general.

Pagamos un precio cuando no exigimos llevar siempre razón. Empezamos por ser tolerantes y acabamos con fama de cornudos.

«Los gobiernos, claro, los gobiernos. Aquí y allá, un gobierno no es más que un puñado de hombres que pueden saber de dónde vienen pero que raramente saben adónde van. A veces lo sabe el primer ministro, pero lo explica tan mal, tal vez de forma deliberada, que confunde aún más a sus ministros. Lo vemos a diario aquí, en la Cataluña maragallista y en la España zapaterista», decía Amadeu.

Habían buscado un sitio a la sombra. El sol del domingo ya pegaba demasiado fuerte. Los SMS iban llegando a los teléfonos móviles que, ese mediodía, todos habían dejado sobre la mesa de la cocina: «K tl?», «qro vnr hy», «no t ,, l kbza», «hy t?», «tqro cn ttl dsmesra», «mdormire pnsndo en t», «bss, bss, bss».

Marina Almira, situada un poco más lejos, tomaba el sol. Ellos estaban sentados en las tumbonas con una lata de cerveza al alcance de la mano. Era un buen momento para las falsas confidencias y para ensayar alguna digresión con vistas a poder estrenarla en Barcelona.

—Si los electores supieran cómo se forma un gobierno y en virtud de qué química toma decisiones, no creo que volvieran a votar. Es un poco como todo: si supieran cómo se escriben los periódicos nadie volvería a comprarlos. Mi padre decía que si viéramos cómo cocinan en los restaurantes no volveríamos a pisar uno. De todos modos, un gobierno depende más del azar de lo que te imaginas.

—¿Quieres decir con eso que no crees en ningún gobierno?

—Al contrario. No sabes bien cómo me gustaría formar parte de uno, con el lodo hasta el cuello. Imagínate el consejo de ministros, ver las caras impávidas de tus peores enemigos, la mueca de los que hubieran querido ser primer ministro y no pudieron, la mirada de cordero degollado de quienes nunca hubieran pensado que serían ministros, los que callan porque después lo cuentan todo a la oposición, los que creen que aún están en la oposición, los que aún creen que el poder consiste en «hacer cosas».

—Hombre, esta era la idea...

—En absoluto. Mirad, olvidamos por un momento que sin gobierno viene la anarquía, el caos. Esto es el orden, la policía. De acuerdo, toda sociedad necesita una policía, pero de eso no podemos inferir que necesite un gobierno para «hacer cosas». Está claro que alguien tiene que hacer cuentas y administrar el dinero público, pero ¿hasta el punto de que los gobiernos sean indispensables? ¿Para poner en práctica unos programas electorales que nadie se ha leído y que todos saben que nunca se cumplen? ¿En nombre de una ideología, ahora que no hay ninguna? ¿En honor de qué causa?

Ventura terció en la conversación. Venía de algún lugar situado más allá de la pequeña sierra, con un cuaderno de dibujo.

—Pido la palabra. Dios nos libre de querer cambiar las cosas. Ya lo hemos sufrido demasiado. Cada ruptura, cada cambio, nos sale muy caro. Y después vemos que, con cada ruptura, los pactos mínimos son cada vez menos respetados: la ducha diaria, escuchar a los maestros, respetar los semáforos, no apestar a sudor en los ascensores. No gastar más y más dinero de los contribuyentes —dijo Ventura.

—Ah, Ventura, vuelves a la defensa del dibujo, de la armonía, del deber... —dijo Daniel.

—No, hoy es un día de *coloratura*.

En cuestión de pocas semanas, los tres habían coincidido en una experiencia de envejecimiento que no habían comentado entre ellos, y que no comentarían nunca. Una mañana, en el instante maquinal de vestirse, no habían logrado ponerse los calcetines a la primera. De repente, la distancia entre el cerebro que da las órdenes y las partes del cuerpo que las reciben se había ensanchado mucho, hasta el punto de que los pies y las piernas no recibían las instrucciones debidas para predisponerse al calcetín. No parecía estrictamente una cuestión de sobrepeso: era como una nueva inflexibilidad ineluctable, equiparable a la pérdida de memoria por destrucción arteriosclerótica del riego sanguíneo por el cerebro, a la destrucción de células sin reemplazo posterior, a la inconexión entre el deseo y la vida genital. Hicieron un segundo esfuerzo. Con el calcetín

todavía en la punta de los dedos del pie. Jadearon, perdieron el aliento. Decidieron que nadie debía saberlo. Eran ya más viejos. La imposible distancia entre el calcetín y el pie era el grado de una senectud que llegaba de manera precipitada e injusta. El torso y el juego de piernas quedaban definitivamente fijados en una curvatura angular que no iría ya sino a menos, fosilizándose, perdiendo elasticidad física y biológica hasta el extremo de devenir factura. Ya no podrían sostenerse sobre una sola pierna, como las aspirantes a maniquí o modelo que, con una pierna levantada, debían mantener en equilibrio un libro sobre la cabeza para conseguir una espalda completamente recta y un cuello firme.

Daniel lo interpretó como un paso de vodevil en la tragedia doméstica. Si en el pasado, al ponerse los pantalones, por ejemplo, la pérdida del equilibrio corporal en una sola pierna podía conducir a que fuera de un extremo a otro del dormitorio, la respuesta consistía más bien en una sonrisa: saber que aquel episodio de ballet grotesco saludaba un día natural, mientras que, después de verse ante la enorme distancia entre el pie y el calcetín, y la desproporción del esfuerzo requerido para ejecutar un acto tan nimio de la vida, todo era muy diferente, y sonrisas y ballet daban paso a un sexagenario, sin resuello, reducido a un margen de maniobra muy mezquino. Daniel, además, lo relacionaba con vivir solo, con el extraño celibato que era su vida al margen de los fines de semana. No existía en modo alguno la posibilidad de regenerar esa impotencia de todas las mañanas, ni de organizarse la vida sin calcetines. Muy pronto el problema sería atarse los cordones de los zapatos, el insomnio sería eterno, la próstata iría dando timbrazos, como cuando en los teatros se anuncia que va a levantarse el telón.

«¡Falta de cintura! Vaya ironía para un político...», pensó Prat. Se había quedado sentado en una butaca que años atrás le habían puesto en la habitación, para las ocasiones en que no pudiera dormir. De pie, dando brincos sobre la pierna derecha, con la pierna izquierda levantada tratando de introducir el pie en el calcetín de verano, fue recorriendo la estancia hasta quedarse sentado en la butaca. Cerró los ojos. Lo veía todo convertido en un calidoscopio de puntos, de puntos rodeados de puntos, al igual que en un aumento de la tensión. Reclinó la nuca en el respaldo, asió con ambas manos los brazos de la butaca, respiró hondo. Ya no sería el mismo cuerpo a la hora de bajar de un taxi, de palmear el culo de una hermosa mujer para que se pusiera de rodillas en la cama y de cara a la pared, ni de hacer largos en el club de natación. Era un antes y un después: ya no tenía cintura. Era un cuerpo indúctil que pasaba de la plasticidad al hieratismo.

En cambio, Ventura Dols, a quien acababan de diagnosticarle el segundo cáncer, fue quien tuvo la reacción más optimista. Por el momento, se sentó en una esquina de la cama, descalzo y sin calcetines. Un sudor frío lo había llevado a sentir un leve mareo, pero enseguida se detuvo a pensar que miles de hombres se habían encontrado en la misma tesitura, aguijoneados una mañana cualquiera por la incapacidad a la hora de ponerse los calcetines; y no era estadísticamente posible que hubieran podido recurrir a un ayudante de cámara, a la mujer, a la familia. De modo que todos habían tenido el recurso de un método. Pongamos por caso, una escalera plegable de tres escalones, una plataforma graduable, un sistema de poleas, unas pinzas largas. Todos los recursos inacabables de la ciencia hospitalaria, de un modo u otro, debían permitir que fuera factible ponerse los calcetines todas las mañanas, al igual que permitían mear en una bolsa de plástico, que los cojos caminaran o que comieran quienes tuvieran la mandíbula fracturada. En cualquier caso, aquel día, y en vista de la inminencia del verano, Ventura decidió no ponerse los calcetines.

Era un cruel contraste del pasado el que, desde un buen principio, los fumadores de Viluma no compitieran en otra cosa que la velocidad. No hablaban abiertamente del tema, en plena cena o delante de todos, pero entre ellos, con *fair play* de deportistas discretos, se informaban acerca del tiempo que tardaban en recorrer el trayecto Barcelona-Viluma. Pero nunca el Viluma-Barcelona. Todos eran partidarios de los automóviles potentes, y aunque tenían que ir pagando la inversión de Viluma y los mil y un gastos de una familia que crece, contaron con suficiente margen de maniobra para cambiar de coche cuando quisieron. Eran momentos de sumo placer que siempre compartían: salir de Barcelona a la máxima velocidad, desviarse hacia las tierras del Tarragonès, llegar al sendero polvoriento de la vieja masía, reducir la marcha e ingresar gentilmente, con alegría, en el territorio de Viluma.

De forma también un tanto secreta, la segunda generación de Viluma competía también en la velocidad del trayecto. Los padres no habían hablado nunca del asunto con los hijos ni estos con los padres. Para los hijos, aquella competición había ido perdiendo interés porque el récord, desde hacía años, desde poco antes de fallecer, lo tenía Joel. El conjunto de las sustancias que ingería o se inyectaba culminaban alguna vez en un hombre fortísimo, de un autocontrol inaudito. Joel poseía el récord por lo que se refiere a completar de noche el trayecto Barcelona-Viluma. Quienes habían realizado el trayecto junto a él lo habían cronometrado con precisión. La noche de esa marca Joel se había metido en la cama y

había dormido dos días seguidos.

De los integrantes de la primera generación de Viluma, quien poseía el récord era, curiosamente, Daniel, también de noche. Y el padre nunca había sabido que el hijo hubiera batido su marca por diez minutos. En cualquier caso, Daniel era quien había inventado la llegada sosegada, el breve tránsito por el camino sin asfaltar con un *tempo* diferente del de todo el trayecto. Joel, en cambio, era todo un especialista en llegar al núcleo de casas de Viluma en medio de una nube de polvo. Cualquier psicoanalista hubiera explicado en vano que el hijo —por cronómetro y por polvareda— competía con el padre; pero no era cierto.

Otra de las fases arqueológicas de Viluma quedaba al entrar por la carretera, a la derecha. Era un vestigio ya imperceptible, ubicado entre las primeras casas. Correspondía a una fugaz etapa consistente en jugar al cróquet. Lo habían empezado los adultos, se habían sumado los jóvenes y, después de aborrecerlo estos últimos, había sobrevivido de nuevo por un breve espacio de tiempo en manos de los adultos. A la postre, se sintieron absurdamente anglófilos en un mundo puramente mediterráneo y sin imperio. Golpes secos de mazo, cierto ritmo gentil: juego de jardín, ninguna violencia, poca adrenalina. De todos modos, entre ellos, en Viluma, jugando al cróquet, no se activaban los mecanismos de la nostalgia. Eran gestos importados, un reglamento extranjero, todo ello trasladado a una política sin imperio y sin nostalgia de tarde de cróquet, antes del té frío.

Ventura insistió en la *coloratura*.

—Sí, ya lo sabemos, hay vidas en color y vidas en blanco y negro. Pero la *coloratura* es justamente una proeza de la voz. Es el punto más fino de improvisación que puede ejecutar una buena, excelente soprano. La *coloratura* es... digamos que la voz va más allá del molde y se saca de la manga una fantasía... una digresión vocal... que parece gratuita y que de hecho nadie olvida.

—¿Hay personajes con *coloratura*? No me refiero a pintorescos o excéntricos...

—Tuvimos en casa a un linotipista rosacruz... —dijo Daniel.

—No, la *coloratura* es como una acrobacia. No es tan solo potencia de voz, es virtuosismo, el esfuerzo extra que la soprano regala al público.

—Tal vez la *coloratura* ahora la vemos más en el fútbol.

—Hombre, en la medida en que veintidós hombres en pantalón corto pagados a precio de oro para perseguir un balón de cuero pueden representar algo noble... o puro.

Si en el siglo XIX los intérpretes de la esencia catalana habían ido

llegando a Barcelona desde la montaña con el objetivo de descubrir la política, a inicios del siglo XXI, al margen de los fundamentalismos de la montaña, la ciudad no era una capital del capitalismo sino un refugio de indiferencia y mimetismo, ilusión vana de cosmopolitismo local que en ocasiones incluso practicaba la contraposición entre la ciudad universalista y el magma particularista, cuando en realidad era la confrontación entre dos atavismos provincianos, pretenciosos por ética o por estética, mediocres y estériles por naturaleza. La salud moral de los vestigios de la clase dirigente era precaria, las elites se habían eclipsado. Indiferencia primordial, mimetismo sustitutivo de la voluntad: dos elementos que, por un efecto químico, contribuyen a la asfixia mental. Un país tan derrotista como acomodaticio busca bautizar las calles con el nombre de las grandes batallas del pasado y solo encuentra derrotas. Después los historiadores transforman las derrotas en victorias. Queda, tumultuosa y ruidosa, la vulgaridad. Los dioses se olvidan de los países sin liturgia, sin regimientos con banda de música, sin legisladores nítidos.

A comienzos del nuevo siglo, en Barcelona, ciudad de tradiciones extintas, ni siquiera quedaban esnobs. Solamente los más listos, los más caraduras, los menos noblemente frívolos, conseguían sobrevivir, salir por la televisión, ir a la radio, ser la envidia de todos los demás, porque todos y cada uno eran jueces de la superficialidad de los demás. Como objetos de veneración solo tenían a un ídolo somnoliento y la fatiga de las batallas perdidas.

Marina, la esposa de Amadeu Prat, se acercó al claro en sombra. Llevaba un maillot azul marino con topos blancos. No tenía por costumbre soltar estupideces. Lo certificaban su mirada y la frente esbelta.

—¿Sabéis? Con todo lo que ha sucedido últimamente, me sorprende que la opinión pública pueda ser tan… incierta… tan desfibrada. Nunca había reparado en ello. O no de manera tan clara. Hoy a favor de esto… mañana contra aquello… ninguna consistencia.

—Y más antifranquista ahora que en tiempos de Franco —agregó Ventura—, más secularizada que cualquier otra después del nacionalismo clerical y Montserrat.

—¿No os dais cuenta? Ahora todo el mundo quiere reencarnarse y ser una especie de extraterrestre que llega a la Tierra y lo mejora todo —dijo Marina.

Eran las horas dulces de Viluma, la novela de la madurez. Viluma era un lugar tranquilo para gente a menudo intranquila.

Qué tiempos aquellos en que la máxima sofisticación estética que la izquierda se podía permitir era escuchar una y otra vez el adagio

de Albinoni. Era difícil saber qué lo justificaba. En cualquier caso, eso fue antes de la llegada de la fe maoísta a Barcelona, de la mano del *Libro rojo*, a menudo comprado en Perpiñán, aunque dijeran que lo habían robado en la librería Maspero de París, «la mítica Maspero», decían, como quien habla de una selecta cosecha de Burdeos. Que la insania moral y la degradación intelectual del maoísmo se hubiera hecho tan amplio hueco en Barcelona era un enigma que nadie parecía dispuesto a aclarar. Como de costumbre, hacían de ello una característica de la educación sentimental de una generación, sin necesidad de autocrítica ni arrepentimiento. Decían «Mao» y sonreían, como si recordaran una diablura en lugar de una perversión histórica que había costado la vida a millones de chinos. Decadencia o apogeo: alguno de los dos venía avalado por el hecho de que los abogados laboralistas y los juristas con despachos dedicados a los divorcios no fueran ya figuras destacadas de la comedia social barcelonesa.

Júlia salía de las aguas del embalse con la niña china en brazos. Abandonada a los estragos de la mirada inocente, Júlia podía parecer un *remake* de la pubertad, un sueño de las juventudes incorruptibles y bien perfumadas.

Por edad Júlia no correspondía en sentido estricto a la generación de mujeres jóvenes que desde sus inicios sexuales practican la *fellatio*, pero pertenecía a ella de espíritu: como la mayoría, lo había aprendido de las películas pornográficas, un detalle que a Daniel por un parte le asombraba y, por otra, le robaba el corazón.

Con tejanos y camiseta, como iba casi siempre que estaban juntos, Júlia parecía una mujer de cuerpo más bien enjuto, duro, óseo, pero desnuda era un desbordamiento de carnalidad, ubérrima, tibia como la buena hora limpia de los establos. Desnuda y penetrada, era una mujer de virtudes neumáticas, ampliamente acogedora, arrebatadoramente activa, sin caer en los desbocamientos del panorgasmo escénico. Contenía los gritos e incluso los gemidos. Entregada y a la vez púdica, partícipe y no protagonista. Nada podía haber seducido con mayor fuerza a Daniel, siempre preocupado por que el aliento no le apestara o por que el cuerpo le oliera a anciano. En la cama con Júlia todo, siempre, acababa bien, con un gesto cálido, una mirada de complicidad o de plenitud.

Aquella noche Júlia leía en la cama, solo con la camiseta puesta, y de lado mantenía expuesto el culo macizo. En el diario quedaba así explicado: «He constatado que le gustaba la perspectiva de mi culo, y que más allá de la raja debe de ver, a contraluz, un poco de pelo negro desgreñado. Noto la mirada, posesiva, como el resuello de un gran perro pastor que ha olido sangre». Daniel la agarró de la

cintura y notó, pelvis contra culo, una urgencia suave, mientras ella iba pasando las páginas del libro.

Júlia era una lectora agresiva. Dejaba el libro justo después de haberlo leído y enseguida necesitaba contarle a alguien cómo era la obra, qué decía, dónde acertaba o en qué se equivocaba. Era como si hubiera asistido alguna vez a un curso de lectura como terapia o «hablemos de lo que hemos leído». Y recordaba todos los detalles del libro con tanta precisión que a otros lectores podía parecerles que Júlia tenía la lectura a modo de placer impuesto. Aquellas sesiones le resultaban incómodas a Daniel, y adquirían todo el cariz de un encuentro de alcohólicos anónimos o de alguna secta donde se declara en público el pecado y el arrepentimiento. Júlia, al igual que soñaba con suma intensidad, leía como si se tratara de un deber. Tenía siempre un libro a mano, en la cama, cerca del inodoro. Daniel se la imaginaba en algún festival del libro, manifestaciones que él odiaba, fundida en la promiscuidad del resto de los lectores que leen por parte de algo que no es, sino al contrario, la veta de luz que va de un espejo a otro y, siempre por azar, nos acaricia la frente con la vida mayor de los libros. De repente, después de nacer ante el televisor, la generación de Júlia descubría la lectura, los libros, y tenía que hacerlo de modo enfebrecido, con pasión constreñidora y fatigosa para los demás.

Cuando Júlia yacía de espaldas, adormecida, Daniel contemplaba los omóplatos relucientes tras hacer el amor, acompasados a la respiración pausada, placas deltaicas de un cuerpo que lo daba todo y no esperaba mucho. «Vigor de Viagra», pensaba, sin atisbo de originalidad. Sin serle del todo imprescindible, la Viagra le ayudaba a llevar la barca hasta el muelle un poco decrépito y fatigado de los sesenta años. Era el muelle más bien solitario de un puerto en el que entras sin que nadie te dé la bienvenida.

Júlia continuó con su dormir abrupto. Hablaba. Estiraba las piernas como si estuviera ejercitándose. Daniel pensaba en gloriosos fines de semana, en recuerdos que creía haber olvidado tiempo atrás y que ahora regresaban como sombras fieles, una resurrección de la memoria más piadosa que nunca, por completo desprovista de crueldad. Y, a la vez, sabía que todo aquello era tan solo una pausa en la guerra total, en la campaña de extinción de la muerte contra la vida. En medio del fragor del combate, un claro le había permitido agradecer con justicia aquel pelo púbico, satinado y fuerte, recortado en forma de corazón.

Como le ocurrió acto seguido a Daniel, de estas emociones incontenidas suelen nacer los peores terrores de la noche. Empezó a pensar que no lograría dormirse y un vasto campo de minas se le

apareció enfrente. Pero sabía cómo enfrentarse a él. Se tumbó de lado, plegó las piernas para ajustarse al cuerpo de Júlia y la agarró con suavidad, con una mano en el trasero y la otra en el pecho, notándole el latido del corazón y notando también una transfusión de energía que lo salvaría de la obcecación del insomnio. La vida le complacía lo bastante, aunque más allá del aniquilamiento físico estuviera la muerte moral o aunque temiera más la demencia que la muerte.

No podía evitar sentirse el ginecólogo de las mujeres que había, digámoslo así, poseído, tal vez porque la evolución de las posturas amatorias desde la univocidad tradicional hasta el contorsionismo atlético-kamasútrico había modificado mucho la estética cinematográfica, la posición del ojo de la cámara. De la noche a la mañana, el sexo femenino devenía un primer plano desvinculado del resto del cuerpo, y los repliegues, carnosidades y latidos viscerales de la vulva *in extenso* desbordaban la mirada del hombre, más acostumbrado a mirar el techo si bajaba estando debajo o una leve grieta de la cama que restallaba con el vaivén de los cuerpos. La época era de precisión en el detalle visto y, al mismo tiempo, en el detalle comentado, hablado. Todo tenía un nombre, una descripción topográfica, en contraste con un pasado alusivo, todavía un tanto pudoroso, más metafórico que clínico. Aun antes de la Viagra, Daniel había vivido ya la fase genital descriptiva termométrica. El sida había constituido el largo preámbulo: de repente, un recelo histérico obligaba al escrutinio visual del sexo del otro, con consecuencias mutantes de anticlímax. Uno de los dos abandonaba la cama, se vestía con gestos frenéticos y se despedía de la manera más seca posible, si no ofensiva. En la mesilla de noche, como el exvoto de toda una época de miedo, quedaba la caja de preservativos desaprovechados. Después de aquel gran miedo, el escrutinio genital no había desaparecido del todo, ahora acaso en nombre de la naturalidad, pero en realidad como una negación de las elipsis del erotismo. En la era de los trayectos virtuales, una tarde de amor implica la paradoja de contemplar en cinemascope —fruto de un *zoom* gestual— la zona genital del amante.

Incluso para quienes se levantan todas las mañanas pensando que el mundo no está mal hecho del todo, el sida había conseguido entidad de culpa original, de culpa por las cosas mal hechas desde siglos atrás, o tan solo desde las primeras oleadas de la permisividad. Significaba la disrupción empaquetada de los ciclos que entendemos como naturales aunque después varían catastróficamente, según los yerros de la conducta humana. En cambio, Daniel consideraba la Viagra un complemento de la naturaleza, un pequeño añadido de

energía sexual que la química y la industria farmacéutica ponían al servicio auxiliar de la energía humana.

«¿Es banal o es siniestro sentirse hombre de una época?», pensaba Daniel. ¿La vida era más vegetal que mineral? El primer césped de Viluma presentaba un color verde metálico que no había convencido a nadie. Después el agua de Viluma lo fue aterciopelando, confiriéndole matices de frescor y de madurez vigorosa.

Por eso hacerse jesuita o ingresar en la academia militar eran vocaciones fuera de época, por más que hubiera motivos para pensar que volverían el día menos pensado. Como muchas patologías, las sociedades humanas primero secretan el mal y después llegan los siglos dedicados a la búsqueda de una curación. El siglo XX secreta el totalitarismo y pasa una larga temporada en el infierno, dudando a la hora de definir los antídotos, del mismo modo que antes las torres de los señores de la guerra habían detenido con métodos bárbaros la disolución de la humanidad por la barbarie. Creamos parlamentos para cortarle la cabeza al rey y después logramos que una forma como la monarquía parlamentaria sea, como la alternancia de sístole y diástole, un placer de la costumbre, la razón, la libertad y la tradición. Júlia, prácticamente sonámbula, se levantó de la cama y fue al baño a mear. Noches de Viluma, siempre con un niño que hace todo lo que está en sus manos por disimular que ha mojado las sábanas por mor de la incontinencia nocturna.

11

La confianza plena en la vanidad de los autores era una de las primeras lecciones que Daniel había aprendido en sus inicios como editor. Cerró los ojos en busca de ese momento de sueño que permite que el vuelo del puente aéreo de regreso a Barcelona tras un día de compromiso en Madrid resulte menos tedioso. Había publicado las memorias de un ex ministro centrista de los años de la transición y la presentación se había celebrado en un reservado del restaurante Príncipes de Viana. Al final, los periodistas habían convertido el acto en un chismorreo y el ex ministro, de improviso, se había reanimado, como los actores exhaustos que de repente vuelven a la vida bajo los focos del plató. Comprimida durante una larga temporada en el mundo de la empresa privada, la vanidad política de ex ministro había detonado, como un polvorín medio desasistido. Los periodistas, más bien displicentes al principio, habían recibido una explicación radicalmente original del pasado y del presente. Y el ex político seguía y seguía, en una embriaguez infatigable, sin escatimar nombres, anécdotas ni juicios contundentes.

En realidad, le había escrito las memorias un ex jefe de prensa, y Daniel las había rehecho, con paciencia y misericordia, a fin de que aquella tarde, en la sobremesa del Príncipes de Viana, una oleada abrumadora de vanidad feliz reconfigurase la memoria de la Historia y devolviera a la vida a un ex ministro que rondaba los setenta años y tenía fama de pederasta.

En el avión de regreso, con los ojos cerrados, Daniel pensaba que todo había salido a pedir de boca. Le gustaban las camareras del Príncipes de Viana y las albóndigas de la casa. Se despedía de Madrid hasta la *reentrée*, después del verano. El ex ministro le había dedicado un ejemplar: «A mi editor Daniel Marquet, este testimonio sincero, directo y excepcional de la España moderna». Poco a poco concilió el sueño.

Cuarenta minutos más tarde el piloto puso rumbo hacia el mar y pasaron por las afueras de polígonos industriales y pistas de tenis iluminadas. A diferencia de los bandoleros que antiguamente iban de bosque en bosque, era impensable recorrer los perímetros de la ciudad yaciente saltando de pista en pista de tenis. Sobrevolaron el puerto, la barahúnda de contenedores y los graneros de trigo y pienso, los depósitos de combustible y las luces de los buques de carga, en los que ya debían de estar preparando la cena.

Volver a casa, solo, meterse en la cama, con el original de una biografía y el lápiz de punta azul y punta roja, y caer en un sueño más profundo aún.

El almuerzo había dado inicio con el autor hablando con Mayúsculas, sobre los Gobiernos Centristas de la Transición, sobre la Reconciliación de los Españoles, sobre el papel de la Monarquía, sobre el Poder y la Moderación, sobre el Europeísmo. A la altura del postre todo era ya cuando Yo salvé la democracia, cuando Yo fui a la Moncloa y le dije..., cuando Yo una tarde en la Zarzuela, cuando Yo en Bruselas negocié... Sobre Yo y Gorbachov, Yo y Mitterrand, Yo y Wojtyla.

Era como una incandescencia repentina del ego tras años de silencio, de fraguar una venganza, de escribir unas memorias que no decían aquello que el Yo creía merecer. Una copa de orujo allanó el camino a las revelaciones del Estadista.

«Sí, en aquel entonces Yo ya sabía que el muro de Berlín caería y que el comunismo había fracasado. Por desgracia nadie me escuchó... Y Yo cogí por banda a los sindicatos y les dije: "Mirad, o jugamos todos o disolvemos la mesa".»

Había salvado los Pactos de la Moncloa. Al final explicó cómo había conseguido parar el golpe de la crisis petrolera de los años setenta. Solo quedaron en vía muerta Gibraltar y el Sahara.

En Madrid, en el taxi con destino al aeropuerto, la radio hablaba de la campaña de las elecciones europeas. Los últimos coletazos de la campaña hicieron sospechar a Daniel que al día siguiente la prensa de Madrid pocos comentarios publicaría del libro del ex ministro. El cielo de Madrid era una exultación de claridad que va extinguiendo, hacia la noche, hacia la sala vips de Iberia, la fatiga de todo un día.

A la postre, el ex ministro, llevado por el viento de la Historia que regresa bien falseada, se marchó sin despedirse del editor. Caminaba esplendoroso, como quien va a que le tomen las medidas para la estatua ecuestre que le pondrán en la plaza mayor de la ciudad natal. Se marchaba feliz, de nuevo actor protagonista de la Historia. Claro que no sabía que las ventas de las memorias de un ex ministro de la transición son más bien exiguas.

Los periodistas se iban con un ejemplar del libro con dedicatorias extensas y floridas, muy personales, inspiradas en un cierto pastiche de maquiavelismo y política del *juste milieu*.

Además de en las dedicatorias de los libros, el costumario de la vanidad masculina queda reflejado en los espejos de los lavabos de los restaurantes y hoteles, después de orinar, al lavarse uno las manos y, con una serie de movimientos precisos del rostro, verse

todos los perfiles, la capacidad cesárea, las dotes de seducción, la simple determinación física de ser más que nadie. Está también la coquetería, pero es mucho menos inofensiva, menos aparatosa. En cambio, pervive aún, como un fósil de la vanidad histórica, la figura del adulto que saca un peine del bolsillo trasero del pantalón y se ajusta el cabello a las sienes. En el fondo, la diferencia entre la vanidad del estadista que retrasa la salida del puente aéreo y la vanidad del chulapo que se mira al pasar ante la luna de los escaparates del suburbio no es de orden estético ni moral: es estrictamente cuantitativa.

Más despejado, Daniel consideró la calidad uterina de la zona *business* de la cabina y saboreó el whisky antes de que el avión empezara a descender para tomar tierra en el aeropuerto del Prat. En la segunda fila, un *conseller* de la Generalitat tripartita roncaba sin demasiado estrépito y con intensas pausas de apnea. Al lado, el cogote de la cabeza del jefe de gabinete tenía una apariencia rústica, casi bovina, y el pelo hirsuto, acorde con la moda, como erizado por una brillantina que unificaba el aspecto capilar de camareros de restaurante de lujo, taxistas de turno de noche y la nueva generación de delegados de cajas de ahorro. El puente aéreo es también una buena escuela de vanidades, y la zona *business* atrae por igual a quienes quieren pagar comodidad y a los milhombres que, hasta el último instante antes de que cierren las puertas del avión, no paran de dar órdenes por el móvil y piden un coche que les espere. En virtud de lo decretado por el voto popular, los ministros que se sentaban en primera fila han pasado a las posteriores. Hay dinero viejo y dinero nuevo, dinero a crédito y la siesta convulsa del que vuelve de un almuerzo indigesto en la capital de España. Están también, quizá demasiado a menudo, los largos minutos en espera de una personalidad del Estado que llegaba, a toda velocidad, por la carretera de Barajas, hablando por el móvil con una hija que quería ser actriz, aunque fuera porno. Altas personalidades del Estado o miembros del gobierno alimentaban esa espera, hasta que llegaban, no siempre discretos, a veces petulantes, y antes de tomar asiento echaban un vistazo a las filas traseras por si convenía saludar a alguien. Hacerse ver, hacerse de rogar.

Un ego grosero no es exactamente un ego potente: puedes comer con la boca abierta y no ser un *condottiero*. En Cataluña, la vulgaridad de los egos que triunfaron en la zona de montaña ha infectado incluso a los egos del territorio que se asoma al mar. Es un factor indisociable del rufianear público y da forma a la autosatisfacción un poco estridente que permite mofarse de Madrid sin haber estado nunca en el museo del Prado. Es por eso que suele

tener éxito el traslado de la bravuconería de la manduca y el porrón a los restaurantes de Barcelona. Si en otras sociedades europeas la alimentación de calidad da lustre a la mirada y configura alguna forma de espíritu, la mesa catalana corresponde a la falta de ingenio intelectual y verbal que es propia de los paisajes morales tan elementales de las novelas ruralistas de ayer y de hoy.

No sabemos si la vanidad se arredra y disminuye o solo se transforma. Al margen de la buena literatura, un editor es un mercader de vanidades. Unos días atrás, Daniel Marquet había ido a una residencia geriátrica situada cerca de Cornellà.

Las nuevas oleadas de la inmigración dominaban el personal del geriátrico. Ellos eran paquistaníes, ellas peruanas o ecuatorianas, puestos de trabajo surgidos del aislamiento social de la vejez, una de las consecuencias, a la vez, de la destrucción gradual de la vida familiar, sumada al deterioro del medio billón de conexiones de la sinapsis. Inmensa masa vegetal aparcada en los geriátricos, afligidos por el tópico del retorno a la infancia, echados a perder por monitoras que se empecinan en darles vida. Allí llegaba la ruina de los sistemas patriarcales, cuando nadie en la familia quedaba excluido de la órbita asistencial y, a no ser que se le mostrara rebelde o extraño, era parte constitutiva de ella desde la cuna hasta la tumba.

Encontró a JG, sentado en una silla de ruedas, justo delante del televisor. Palpaba la pantalla como un ciego que lee páginas en Braille. «No te escondas, no te escondas», decía JG.

La enfermera centroamericana se encogió de hombros y salió de la habitación. Cada vez que visitaba a JG en el geriátrico, Daniel lo encontraba allí mismo, palpando la pantalla del televisor como si buscase asfixiar o zarandear a las figuras humanas que se desplazaban por ella en todo momento. JG había sido el autor que más dinero le había hecho ganar cuando empezaba como editor, y de repente el público le había dado la espalda. Quién sabe por qué conjunto de motivos los autores ocupan o no un lugar en la historia de la literatura, pero si consideramos quiénes son los que escriben la historia de la literatura, nada resulta sorprendente: por fortuna, las generaciones la rehacen, la reescriben, y en alguna ocasión se hace justicia a los autores olvidados, según la orientación del péndulo. Antes no constaban ahí los estilistas del falangismo y después fueron desapareciendo los estrategas del realismo social, del mismo modo que vivimos épocas en que saber contar una historia lo es todo y, de repente, para figurar en la historia de la literatura es imprescindible no contar ninguna. El caso de JG no era exactamente ese y acaso nunca constaría en los manuales de literatura, pero también era

cierto que el péndulo continuaba siendo refractario a la novela de humor. Era la especialidad de JG y había vendido centenares de miles de libros, epítome un tanto zafio y fanfarrón del buen humorismo español de los años cuarenta. JG pertenecía a esa generación que creía que los escritores deben fumar pipa, y de hecho la había introducido en los libros y también en la televisión, cuando alrededor de los años sesenta presentaba un programa de humor en los estudios de TVE en Miramar. Desde el punto de vista intelectual era de una indigencia mayúscula, pero tenía el don natural para las situaciones equívocas, para el vodevil asexuado y las puertas que se abren y se cierran y los personajes que entran y salen de forma casi mecánica, de humor autómata. En cambio, nunca había triunfado en el mundo del teatro; de hecho, había vivido fracasos estrepitosos la noche del estreno. Desde entonces, incubó una paranoia que alcanzó el súmmum cuando, de manera tan repentina como cruda, los lectores dejaron de comprar sus libros. Eso coincidió más o menos con los últimos años de Franco.

Los lectores de JG habían entrado en estampida y habían desaparecido del mundo: él, después de un choque tan aparatoso, empezó a deducir que era víctima de una conspiración. Estas válvulas permiten sobrevivir, sea como sea, a menudo logrando que quienes te rodean contribuyan al autoengaño. JG iba a las últimas tertulias literarias de Barcelona, configuradas definitivamente en forma de bostezo, con la pipa y sus originales rechazados, y todos le decían que sí, que la férrea conspiración contra él era una gran injusticia. La paranoia y escribir guiones para la radio lo salvaron de la clínica mental y la miseria. Los libros desaparecieron de las librerías, los *stocks* que quedaban en los almacenes fueron convertidos en pasta de papel. La editorial de Daniel, además, no atravesaba por un buen momento. Ayudó a JG a encontrar trabajo en la radio y lo llevaba a almorzar o cenar de vez en cuando, oyéndole exponer una y mil veces los detalles más microscópicos de la gran conspiración.

En los últimos tiempos, casi nonagenario, JG ya no reconocía a nadie. Hacía años que estaba en el geriátrico, donde nadie sabía que hubiera sido un autor famoso. Ni siquiera fumaba pipa. Se pasaba todo el rato ante el televisor y le hablaba. Puede que aquellos monólogos constituyeran la mejor expresión literaria de toda su vida. Eran pequeñas piezas refulgentes del humor del absurdo que hubieran llenado los teatros y que lo hubiesen convertido de nuevo en un autor muy leído, tras más de treinta años de una conspiración de silencio.

Canturreaba el segundo movimiento de *El emperador*, de Haydn.

Había conseguido ganarse la vida con una versión autóctona del humor británico, pero siempre había sido germanófilo. No lo ocultaba. En su juventud había vivido la caída de París o, dicho con otras palabras, la entrada de los ejércitos del Tercer Reich en la capital francesa. «Deutschland über alles.» Lo había contado infinidad de veces en comidas y tertulias, pero no lo había dejado escrito en ninguno de sus libros. Curiosamente, Haydn había compuesto el «Kaiserquartett» —futura matriz musical del himno de Austria y después del de Alemania— en las postrimerías de su estancia en Inglaterra, impresionado por el «God save the King». JG no había estado nunca en Gran Bretaña. Toda una historia va de la magnificencia deliciosa del cuarteto al fragor del choque entre viejas naciones europeas, siempre insatisfechas de territorio y sedientas de indemnizaciones.

«Una tarde gris. Nos asomábamos por la ventana de una habitación del hotel Claridge's. El silencio de París. El hotel, prácticamente vacío, solo la sombra sigilosa de los que aguardan la llegada de Alemania.»

A su lado, un parisiense tan descreído que podía creer de repente en la raza aria a punto de llegar, le señaló el hotel Astoria y le explicó que, durante la Gran Guerra, el dinero alemán había pagado la torre y un gran balcón. El balcón daba al Arco de Triunfo. Sería el *belvedere* del káiser cuando las tropas del Segundo Reich desfilasen para celebrar la conquista de París.

Entre guerra y guerra, la torre y el balcón fueron demolidos. Los ejércitos del káiser solo habían visto de lejos las cúpulas del Sacré-Coeur. Después firmaron el armisticio. Los himnos fueron para los taxis del Marne. Pero el Tercer Reich desfilaba ya por París, marchaba marcando el paso, de la Concorde al Arco de Triunfo.

«Entre las hileras de plátanos y castaños, las bandas militares, dentro de camiones, encabezaban el desfile y tocaban a pleno pulmón el "Deutschland über alles". Nada me ha dado nunca más vida que pasar un largo rato en la ventana del Claridge's, mirando los Mercedes grises de los generales del Tercer Reich.»

Las calles estaban desiertas, las ventanas de las casas de los parisienses estaban cerradas, pero el espacio de París incrementaba la fuerza expansiva del «Deutschland über alles».

JG miraba la televisión, mientras una enfermera le tomaba el pulso. Toda Europa envejecía de manera acelerada y masiva, decaía todo el sistema de neuronas.

—No pueden ni quieren… —dijo JG.

—¿A qué te refieres?

—Vaya infancia… Las sábanas, no pueden ni quieren… Ya no

están. Callan. No te los creas. —JG señalaba la pantalla del televisor —. ¿Puedo irme ya?

La enfermera ponía cara de santa paciencia, levantando los ojos, pidiendo algún tipo de compensación en un reino que no era salarial.

JG regresó al cuarteto de Haydn, en el preciso instante en que la bolsa de la orina iba llenándose de un líquido amarillo espeso.

—¿Y quién no? ¿Quién no? ¿Y tú qué quieres? No soy rico, ni voy a hacer testamento. —Miraba a la enfermera y, refiriéndose a Daniel, preguntaba mientras empezaba a levantar la voz—: ¿Qué quiere de mí? ¿Qué quieren? Ah, pero no pueden ni quieren…

La obra de arte, culminación de una paranoia. *Sic transit gloria mundi*. La historia de la literatura tal vez sea diferente, pero el mundo editorial es una carrera de relevos en la que quieren participar cada vez más escritores, y solo uno o dos por generación pueden alcanzar el éxito y mantenerse. El resto son fracasos permanentes o glorias de un día que dejan un rastro fétido de resentimiento y perplejidad. Bastaría con entender que todo se asemeja a un juego de azar, una lotería de feria, pero todavía insistimos en involucrar en ello al talento o incluso la voluntad. Los mejores estrategas de sí mismos topan, como todos, con la indiferencia o el desentendimiento del público. Consiguen con frecuencia situarse en un buen lugar de la salida, porque reflexionan y calculan por dónde llegar a ese sitio, según el viento político o moral que sople, según las costumbres que imperen. Y es algo legítimo, como lo es también que el pavo real exhiba la cola con el propósito de atraer a las hembras. Pero ni siquiera esta dedicación estricta al márketing propio garantiza nada en absoluto, salvo un breve ascenso a los altares de la crítica crédula y mimética, dispuesta siempre a que le digan lo que quiere escuchar. No, la verdad es que la victoria literaria de unos le debe mucho a toda la podredumbre de los derrotados, al igual que las flores más bellas nacen en los cenagales más venenosos. En las alturas, ya en el panteón de los ilustres, en la culminación de la gloria efímera, Daniel había visto, si bien raras veces, un destello de grandeza, de grandeza literaria, casi nunca humana, porque la perfección de los hombres va muy a la zaga de la perfección que puede lograr alguna vez la literatura. En un mundo donde se comete un asesinato cada veinte segundos, la perfección de un verso es como una nación perdida entre dos decadencias, exhausta y a la vez capaz de acometer el último esfuerzo.

No queda sino la pueril vanidad del adelanto por ventas, como una vacuna que erradica la peor epidemia de un establo entero de

caballos, pero, al mismo tiempo, insuficiente para transformar un proyecto en una verdad. Los escritores van y vienen, y nadie sabría decir por qué hay algunos que resisten diez o veinte años antes de disolverse como una sociedad anónima que, al final, se percata de que nunca ha repartido beneficios.

Era la única lección clara del editor en lo tocante a los autores, en el supuesto de que estos quisieran escuchar nunca las lecciones de los editores. La clave de todo es saber durar. Cierto es que el escritor más joven dice siempre que, cuando todo ha sido dicho ya, lo mejor es callar. Pero nadie calla por gusto, aunque no tenga nada que decir. Queda el saber durar, alcanzar la sabiduría estilística de quien no supone un estorbo ni quiere decir nada pero sabe decir todo lo que debe decir.

Al llegar a Barcelona, la carrera de obstáculos hacia la parada de taxis por suerte da ventaja a los pasajeros *business*. Caía una noche espesa, bochornosa. Toda la filarmonía vulgar de las sintonías de la telefonía móvil se puso a sonar. Desde la cola para tomar taxi, los viajeros del puente aéreo pedían una cuenta de resultados, una mesa para cenar a las diez, charlaban muy satisfechos con secretarias o amantes que se llamaban Lolita o Mamen, modificaban el menú que proponía la esposa, explicaban éxitos profesionales absolutamente imaginarios. Eran los guerreros al final de la batalla, ellos con la camisa un poco por fuera de los pantalones, ellas con un punto de fatiga orgánica en las bolsas de los ojos, todos un poco descompuestos, capaces de pasar por encima de cualquiera para conseguir el tercer taxi y llegar a casa, ya fuera la casa un dúplex, una caravana, un *loft* o una habitación de hotel sin otros recursos que el minibar y el canal de televisión porno. Lo quintaesencia la pequeña cantina de las estaciones de tren, en la sección de cercanías, punto limítrofe entre dos países, el ocupado y el ocupante, y en ella se dan los besos más carnívoros de la ciudad, las secretarias amantes que despiden al jefe de compras, las parejas adúlteras.

Daniel tenía tanta prisa como cualquiera por llegar a casa. Pasaba como un zombi por la geografía vertical de Bellvitge, entraba en Barcelona y pensaba poco, solamente que tenía que llegar, que por encima de todo deseaba llegar a casa. Nada más podía satisfacer la sensación de diáspora de veinticuatro horas.

La luz de la calle entraba de manera oblicua en el comedor del piso, todo penumbra hecha de años, madurada por el tiempo y cooperadora con los muebles, las estanterías de los libros, el mueble bar y el sofá *chester*. Poca gente entraba en el piso de Daniel, salvo las filipinas que le iba recomendando el portero. Hacía años, desde que falleciera Joel y se marchara su mujer, que no había tenido

ninguna visita. Ninguna amiga transitoria, ni siquiera Júlia había ido nunca. Habitaba el piso como una sombra, herméticamente fiel a rutinas que se había impuesto sin motivos claros. Era una rutina que había ido dejando el hueco del cuerpo en el mismo rincón del sofá, y el roce del codo había lustrado el cuero antiguo. Guardaba todos los periódicos del mes y después mandaba tirarlos. Pasaba por delante de los cuadros sin mirarlos desde hacía años. Había acabado por odiar los bibelots, el sibaritismo, la estética.

Aun así, nada nos protege de un mundo desheredado, preñado de afectos no formulados, de premura carnal, como un corazón sanguinolento que late aún en la mano del cirujano que transplanta órganos de un enfermo a otro. Mundo desprotegido, mundo de gente que se ha enamorado de un modo imposible, con cinco hijos por cada lado y una cuenta corriente exangüe, enamorados con marido o esposa, contacto de dos cuerpos bajo la ropa, furtivos, sin la fragorosa salivación de los amantes jóvenes, descarados, quizá un poco bebidos, dispuestos a volver a las andadas todos los días hasta el fin del mundo, sin culpa ni compunción.

12

Un ratonero planeaba, con las alas rectas y la cola extendida, ojeando el valle, a la espera de carroña. De vez en cuando dejaba de mecerse en el aire y se lanzaba en picado contra el suelo, para engullir un escarabajo o una babosa. En Viluma siempre había alguien que podía observarlo durante horas y horas.

Aquel verano, San Juan llegaba de lleno. La verbena caía en miércoles y, desde principios de la semana, Viluma —los niños sin escuela, un larguísimo puente y una suerte de convocatoria tácita— había ido congregando a todas las generaciones. Lo acostumbrado era comparar el calor de Barcelona con el microclima de Viluma, donde no era necesaria la refrigeración y, además, para la comunidad era un orgullo explicar por la mañana que el frescor nocturno los había obligado a dormir con un cubrecama fino. De hecho, aquel San Juan sería multitudinario. En consecuencia, Emi Prat había acudido con un amante ocasional que tenía una caravana, propensa al zarandeo ostentoso cada vez que ella y el caravanero practicaban el coito, antes de aparecer en chándal e corriendo hasta el embalse. El dueño de la caravana era un signo categórico de los tiempos, ya que era un paquistaní repartidor de butano.

La mañana de la verbena de San Juan, la familia de Marcel telefoneó a Viluma. La noche anterior, poco antes de la medianoche, Marcel había fallecido de un triple infarto. Huía de casa, en taxi. Iba descalzo y llevaba consigo dos maletas vacías. De repente el taxista le vio desaparecer del retrovisor. Marcel se había tumbado en el asiento, con las dos manos en el corazón. Cuando llegaron al Hospital Clínico, nada pudieron hacer ya por él.

Después escucharon la noticia de la muerte de Marcel por la radio, la vieron en la televisión. No reconocieron nada del Marcel al que habían conocido en el internado Docere, ni del guía que los había llevado a ver los travestidos de la zona universitaria, el bulevar de las rusas o los bares de enfermeras. Quedaba escrito de forma ineluctablemente definitiva un epitafio de especulación corrupta, de codicia antisocial. Al día siguiente la prensa facilitaba más detalles, cada vez más tortuosos y lapidarios. Cabe la posibilidad de que el sistema capitalista necesite, a modo de compensación social por la desigualdad creativa, la resurrección cíclica de las antiguas caricaturas de los ricos depredadores, opresores de gente desposeída y, por prácticas tan usuales como el estraperlo o la usura, físicamente deformes, por la gota, el vientre

voluminoso o la mirada lasciva, capaz de exigir derecho de pernada si no existieran los sindicalistas. Con todo, en la memoria del polvo cósmico, de las partículas invisibles, quedaba un rastro del Marcel que había asesinado su propia infancia y se había quedado, paladeando la vida por la delegación sensual, tras una verja de bronce sin salidas. Con las manos se aferraba a las rejas, con fuerza, con la piel de los nudillos transparente a causa del esfuerzo. El niño estaba bien muerto y, después, Marcel ya no pudo contar con un «stock» de actos de bondad que canjear por una luminosa redención, pero había pasado como un soldado más por la puerta de entrada al antiquísimo valle de lágrimas. A la postre, tal vez había tenido que mentir tanto que quedó desconectado del mundo de las cosas posibles.

Pese al fallecimiento de Marcel, los supervivientes de Viluma decidieron que los niños se merecían celebrar la verbena de San Juan. No hubieran podido turbar el ciclo de la fiesta, la noche de noches estivales.

La costumbre de la hoguera magnificaba el aura solsticial de la vigilia de San Juan. Desde primera hora de la mañana, la chiquillería había ido de casa en casa recogiendo trozos de madera, sillas desvencijadas, un futbolín de salón, cestos de floristería, cajas de vino vacías e incluso un bate de béisbol. Lo habían amontonado todo en forma de pirámide, con la guinda de una escoba completamente desgreñada. En el último instante, el hijo *okupa* de Ventura, gran maestro de ceremonias en materia de tradiciones populares, había coronado la escoba con un sombrero viejo. Después todo ardió en un abrir y cerrar de ojos.

Noche compacta, noche animista que se arqueaba conectando el inicio y el fin del mundo. Los malos espíritus alzaban el vuelo hacia condados sin nombre y sin fuego. Desde la tarde, los niños de Viluma tiraban petardos y tracas.

En la mesa de la cena, apoyada sobre caballetes, la presencia imperdonable de vasos de plástico —medio llenos de cava tibio— constituía una derrota ya aceptada por los fundadores de Viluma. Todos, fundadores, hijos y nietos, invitados, estaban sentados a la mesa.

El *gourmet* amigo del hijo *okupa* de Ventura y Nani había propuesto empezar la cena con una cata de aceites vírgenes. Para empezar había preparado un helado de piel de melón, berenjena y clara de huevos de codorniz. Era muy propio del *gourmet okupa* sentarse a la mesa diciendo que prefería la carne de tordo porque es un ave que se alimenta de aceitunas.

Correspondía a una de las curiosas travesuras de la época el que

el hijo *okupa* de Ventura Dols tomara todas las semanas posesión territorial de su parte de Viluma, tras toda una semana de hostigar toda noción de propiedad *okupando* una antigua carpintería del barrio de Gracia. El padre ironizaba a veces sobre el asunto, pero en realidad se sentía avergonzado. Por suerte, una vez en Viluma, los *okupas* se convertían en pequeños patriarcas rurales. Ciertamente, estaba el factor ecologista, pero no se trataba solo de eso: parecía que, desde que se adentraba con la furgoneta en el camino de Viluma, entre chopos, regresaba a un sentido de la posesión previa a los registradores de la propiedad. Incluso ponía paz en las trifulcas de la tribu femenina que conformaban las chicas Prat.

Ejerciendo de chef y de *maître*, a diferencia de los *gourmets* con tirantes, corbatín y mejillas surcadas de venas, el *gourmet okupa* llevaba sandalias, una camiseta que le llegaba a las rodillas, la cabeza rapada y una barbita que le servía de botalón de un rostro bastante pálido. Paladeaba una copa de cava, ponía los ojos en blanco y hablaba de notas de «caramelo *toffee*», «ahumado», «amargoso», «final elegante», «memorias de membrillo», «un fondo de orejones», «un eco de hinojo en el fondo del paladar», «unas notas de mantequilla».

La buena fe, la buena y ciega fe del *gourmet okupa* incomodaba a los fundadores de Viluma porque les traía a la memoria otros tiempos, cuando ellos mismos hacían de *gourmet* de fin de semana. Entonces todos habían acondicionado una pequeña bodega, con baldas idóneas para mantener las botellas inclinadas. También ellos habían degustado vinos y hablado de «discretas notas de azahar o de manzana reineta», de «amarillo verdoso» e incluso de «notas de cacao», de lácteos y mentolados, de vía retronasal.

El *gourmet*, según decía, lo tenía todo apalabrado para irse a las montañas del Jura, a degustar el *vin jaune*. Ninguno de los presentes tenía noticia, ni quería tener, del *vin jaune*, pero era un hecho capital el que, en otoño, un pollo encajaría a la perfección con el *vin jaune*. Claro que la dulzura del *vin de paille* también sería una conquista del paladar, justo ahora que Barcelona —«¡Es horrible!»— entraba en una fase de decadencia culinaria, con infinidad de fondas que pretenden dárselas de templos de la gastronomía. El nuevo mesías líquido, en conclusión, procedería del triángulo entre «Besançon, Pontarlier y Montbéliard»: «La cepa es Savagnin».

—Me parece perfecto —dijo Prat, a punto de agotársele la paciencia.

Después venía una crítica de la cocina basada en el cerdo y de toda la tradición catalana.

—¡Sí, cocina del tiempo y del lugar! ¡Sí!, pero los limones que

sean de Amalfi, las langostas de la bahía de Oosterschelde, en Holanda, el salmón ahumado de Cork, Irlanda, la uva roja de las tierras más resguardadas de la isla griega de Santorini y las salchichas que sean de cerdos de la región húngara de Kiskunság y la mantequilla de la península de Jutlandia.

Después hubo una pausa. Cenaban. Al final el *gourmet okupa* les explicó que el sorbete era una combinación de regaliz, crema de garbanzos y vinagre balsámico y jarabe de alcachofa.

Quién sabe si es peor aún el segmento social o nicho comercial de los ejecutivos que almuerzan una galleta energética, practican la sinergia de ideas, mantienen una dieta equilibrada, se pasan parte del día pedaleando en la bicicleta estática, hacen solitarios por ordenador y viajan sin saber adónde. Otro estadio lo conforman los fines de semana en un bosque hostil dedicados a los juegos de guerra. El resto eran restaurantes de color crema, risotadas de ejecutivos que comen a cargo de la tarjeta de representación, y que son una imitación directa de los reniegos de los carreteros que a principios del siglo XIX llegaban de madrugada a la ciudad, proveedores insustituibles de los mercados, y tomaban un desayuno de cuchillo y tenedor en las fondas ubicadas en la entrada de Barcelona. Pese a todo, la estridencia no era la misma, porque la guturalidad ancestral de la blasfemia era subrogada por la magra sustancia lingüística del barcelonés. Allí donde los antepasados salivaban un caliqueño hasta haber descargado los nabos y las coles en el mercado, los ejecutivos de hoy día manosean todos los cigarros de la caja sostenida por un camarero impávido y escogen uno con el gesto del golfo que limpia la navaja manchada de sangre con la ropa de la víctima. La partitura del teatro chabacano la aportan las sintonías de los teléfonos móviles.

Entonces, Prat se hizo eco de una novela por todos olvidada:

—Querramos ser idealistas pero no dejemos de ser tolerantes.

—¿Te refieres a que hay mucha diferencia entre este *vin jaune* y el *sherry*? —preguntó Marina, con un punto de malicia. La mirada del *gourmet* denotó una conmiseración inmensa, como si ni siquiera pudiera sentirse ofendido.

—El *vin jaune* lo beben las madres cuando van a parir y los que están en el lecho de muerte.

—Extraños caprichos de la penicilina —dijo Ventura.

Cuando llegó la hora del postre, el butanero paquistaní se reveló como un filósofo. Era una noche de sorpresas augurales. Aquella filosofía combinaba una defensa de la capacidad lírica de la lengua urdu, el odio al escritor Salman Rushdie, la causa de la paz, la hegemonía paquistaní en Cachemira y los vínculos de amor entre

Islamabad y Roma.

—Ver el mundo merece más la pena que la palabra que habla de él. ¿Qué pastor roba el sueño a las ovejas? Coge la flor y elimina tu yo. Siempre hay un camino para perderse y un camino para encontrarse. Las perlas de la mañana celebran el corazón. Mantente en silencio y desaparecerás. No hay otro dios que Alá. —Se calló, un poco turbado—. Bueno, en la traducción siempre se pierde algo.

Después de cenar, llegó la hora de los cohetes. Los fundadores tomaban una copa mientras Viluma lanzaba cohetes hacia la oscuridad cenital. Olía a pólvora. Ventura se iba levantando para encender cohetes y dejar que salieran disparados mientras los sujetaba entre la punta de los dedos. Era una sensación que, fueran como fuesen las cosas, parecía hacerle feliz. Era la sensación de tener un pájaro pequeño en la mano, notarle el cuerpo tan frágil y dejar que se fuera volando. Ventura miraba cómo subía el cohete y sonreía cuando estallaban las chispas de luz elemental.

El *okupa* y el amigo *gourmet* al final sorprendieron por completo a la gente de Viluma. Como si lo hubieran ensayado antes, se pusieron a tocar la armónica. Los fundadores recordaban el sonido de la armónica de alguna etapa excursionista, y a menudo lo confundían con el acordeón; los hijos y nietos nunca lo habían oído. Tocaban mejor que bien. Soplaban y respiraban. Eran piezas *country*, avivadas por una vitalidad que añora marcar vacas con un hierro candente, recorrer las praderas y marcar el ritmo con el talón de la bota tejana.

—¡Qué daño ha hecho la guitarra eléctrica! —dijo Ventura Dols.

—Por algo debe de ser que, de la infancia, recordamos más que nada los veranos, las fiestas. El resto... eran temporadas tediosas de escuela... hacer los deberes... levantarse para ir a misa... memorizar cosas que no entendíamos. ¿Era todo eso algún preparativo para algo mayor? Yo creo que no, porque, si no, no lo recordaríamos con tanta sordidez. En cambio, recordamos los veranos, ¿cómo decirlo?, la amplitud, el horizonte. Por descontado que veo cómo crecen nuestros nietos y hasta qué punto fuimos incapaces de controlar a nuestros hijos. ¿No es así? Nuestros padres sabían hacerlo mejor con nosotros, porque todo les ayudaba; el recuerdo de la Guerra Civil... incluso el hambre... el franquismo. Pero ¿qué provecho sacamos de todos esos años de obedecer en la escuela y en la mesa de casa?

—Quién sabe. Tan vez solo las ansias fulminantes de desobedecer. Calculo que... en el colegio me pasé once años, de las nueve de la mañana, los días menos laboriosos, a las seis de la tarde. Y creo que no aprendimos nada que mereciera la pena, sobre todo que valiera en términos de tiempo rentable. Ahora bien, no sé si todo esto vale para todos y para todas las épocas y países. Supongo que la infancia

siempre requiere coerción, pero ¿creéis que tanta?

—Mismos días... mismos pupitres... mismas aulas... mismos rostros: y yo lo veo todo de otra manera, como ya sabéis. De entrada, cuando acabamos el bachillerato, odiaba todo aquello con todas mis fuerzas. Con el paso de los años, más justificaciones le encuentro, pequeños estallidos de libertad e ilusión. No puedo creer que no fuéramos felices...

—Felices pero con miedo, con miedo a ser descubiertos o traicionados.

—¿No crees que el mundo de ahora es más violento? ¿Le teníamos miedo a la calle? ¿A los padres? ¿O es que habíamos aprendido que quien hace algo mal debería pagar por ello? Estábamos advertidos... conocíamos las normas. De hecho, se pasaban horas y más horas inculcándonos las normas: no pongas los codos en la mesa cuando comas... los mandamientos son diez... César cruzó el Rubicón...

Una expedición juvenil y toda algazara se fue a nadar al embalse, obedeciendo la leyenda que reconoce efectos prodigiosos al primer chapuzón justo después de las doce de la noche de San Juan. El *okupa* y el *gourmet* encabezaban la marcha. Tocaban la armónica, al frente de la *kermesse* mágica de la noche de San Juan, como un desfile de gigantes y cabezudos, de duendes y hadas, de felicidad plena y elemental. Una ofrenda de melodías se alejaba hacia el embalse, festoneada de carcajadas, de gritos infantiles y canciones.

La fiesta de la noche de San Juan concluyó poco antes del alba. Un grillo estridente habitaba la última noche. Quedaba aún un polvillo de fiesta, un ballet sin música, sin nadie, sin nada, como escribió alguien que ensalzaba el odio, halagaba la muerte y exigía el apocalipsis. Pero en algún rincón del olvido subsistía todavía una pequeña música. La gran rutina, sin *gran finale*. El llanto de un niño que tenía un mal sueño hizo que se encendiera una ventana de luz, por un instante. Una madre o un padre habían obedecido la ley de la especie, calmando al niño asustado porque una conjunción cerebral había provocado que soñara una cabra con ojos de fuego. Al mismo tiempo somos música, música que obtiene, durante una fracción de segundo, la armonía de genes, instintos, la biología y el destino.

De pie en la puerta de entrada, solo, Daniel recordaba la ocasión en que Marcel llevó a Viluma un poni para su hijo. La envidia corroyó a toda la comunidad, como un zigzag eléctrico que turba el orden del cielo. Nada podían hacer, y todos realizaron un esfuerzo por no transmutar en malevolencia aquel caudal de envidia que se asemejaba a las aguas bajas que inundan los campos y arruinan la cosecha. Se mordieron la lengua, al menos los conciliábulos de los

fundadores. Era la respuesta más sensata porque, al poco tiempo, Marcel y su hijo se cansaron del poni y tuvieron que ir a Viluma entre semana para llevárselo a cualquier refugio para animales.

La mañana anterior al día de San Juan, cuando fueron a buscar la prensa y tabaco a Altafulla, Daniel había oído a dos ancianos hablando en tono sentencioso.

—¿Sabes? Me doy cuenta ahora. Tarde si quieres. Pero veo que nunca he podido mantener la atención, sin distraerme, durante toda una misa.

—A mí me pasa lo mismo con los partidos de fútbol.

Antes de irse a dormir, Daniel contempló las sombras póstumas de Viluma. Podía ser de repente un paisaje terrorífico y procaz, en los antípodas de la modulación que la luz diurna conseguía de los volúmenes y las aristas. Volvía a ser naturaleza frente a cultura, a dos pasos de las casas e incluso conforme a la arquitectura del hombre con los monstruos geológicos. El abrigo montañoso devenía un *finisterre* y los perfiles oscuros de las hileras de cipreses configuraban la fórmula opaca de una coacción. La tierra tibia ya no era la fuente de una fertilidad trabajada por la mano del hombre, sino un riesgo de erupciones volcánicas, terremotos y hundimientos. Era como si el día permitiese a los hombres la ingenuidad de inventar un paisaje hasta que la noche engullera las formas imaginadas y huertos y jardines fueran invadidos por la única verdad leviatánica. El croar de una rana en los cañaverales agregaba la verdad membranal y cíclica.

Fue una noche corta, de un solo sueño, espeso y enfermizo, reiterativo como una digestión a medias. Por la mañana Daniel se levantó, cuando el silencio reinaba aún en Viluma.

En la mesa de madera de la cocina estaba el diario de Júlia, con una última anotación, del mismo día de San Juan: «Me voy, y para siempre. Nunca conseguiré que seas feliz, ni que te des cuenta de que existo a tu lado, ni que sientas sino un deseo fugaz. Quiero ser útil, donde sea, saber que alguien puede necesitarme. Fíjate, ¡qué gracia!, después de estar contigo me gustan las palabras que empiezan por *mel-*: melé, melodrama, melancolía, melodía, melena, melómano, melocotón, meloso».

De improviso, el melodrama, y más allá el desafecto, la cama vacía, el olvido que es otra forma cruel de infidelidad, verse como personajes secundarios que nunca alcanzan las mayúsculas del cartel. Ausencia, felicidad, sentimiento, utilidad: nada de lo que le importaba a Daniel, todo lo que el cuerpo de Júlia contenía hasta el estereotipo. Homogeneidad cardiaca, la química del amor, el horror onanista.

Los SMS empezaban a circular vía celular por el espacio de Viluma —«:-)», «qndo vndras?», «tqm», «x fvor», «m knsas», «stoy namrdo», «klqla md h», «no t lo pnses +», «hy t»—, y a Daniel, Júlia le llenaba la pantalla del móvil: «a2, a2, a2, a2, a2, a2, a2, a2». El más largo adiós.

Daniel no pensó que se quedaba solo, ni que tal vez aún podía recuperar a Júlia. Miraba por la ventana de la cocina, miraba el jardín desastrado que Júlia no había logrado que fuera frondoso y lozano. La veía de rodillas en el suelo, tejanos y camiseta, con guantes y un rastrillo, desbordada por el afán por conseguir que las flores crecieran y que la hiedra se enfilase por el muro de la casa. La veía, como tantos años atrás veía a su mujer, Mercè, sacudiendo el mantel fuera, y los pájaros que se posaban para picotear las migas de pan.

La ventana de la cocina ofrecía una perspectiva angular de Viluma, con la bisección espacial que la trama de las casas creaba, más allá del jardín de Daniel, el jardín de Júlia, visto por debajo de una rama de jazmín que palpaba el muro costrado y daba mayor amplitud a la fronda vegetal, incontrolada, movida de cuando en cuando por un indicio de fresco, un movimiento vibrátil de las hojas ovaladas, por las intersecciones de verde aguado y verde metálico, ilusión breve de movimiento a fin de que todo el jardín recuperase la presencia estática, como si a Júlia le asaltase aún la duda de si sería capaz de ordenar todo aquello, sin que las flores se marchitaran del todo y la hiedra dejara de devorar la casa.

Paso a paso, Daniel se dirigió al antiguo cementerio de Viluma, una vez más. Reverenciar la memoria de los muertos es el primer deber si queremos vivir. Marcel, todos, nos reclaman desde la otra orilla del río, y no sabemos si nos dicen «Adiós» o «Venid». No parecen infelices, sino más dignos que nunca, decididos a seguir caminando, paso tras paso, de aquí para allá, hasta el encuentro general en el valle de lágrimas. ¿Cómo saben que pueden confiar en llegar hasta allí y confiar en ello más que nosotros? Han tentado la oscuridad de las tumbas, la estrechez de los nichos, la plácida aniquilación fundiéndose con la tierra que los envolvió, la vigilia del ángel terrible que borra los epitafios a punta de espada y conoce los atajos del reino, el poder y la gloria. «Salvador del mundo…», pensó Daniel. Ningún rey, ningún tirano, ningún Estado, ni ninguna ley podrán competir nunca con la injuria de los muertos olvidados, la negación de la muerte por la vida.

La constatación de que el hombre no ha sido nunca capaz de calcular —y mucho menos prever— su potencial negativo, entra en estado de paradoja con el estupor ante la sospecha de que un

creador todopoderoso, una divinidad que genera y no gestiona, pueda mantener la presencia del dolor del mundo. Entenderíamos más bien que el mundo esté mal hecho y, en consecuencia, que exista el mal; un mal abstracto, moral, que no la continuidad genética del sufrimiento físico, del dolor que resquebraja y prolifera. ¿Y si fuera cierto que el sufrimiento es redentor, una fuerza que obtiene el espíritu individual y trasciende hacia los demás y mucho más allá? Nada que ver con el lodo histórico, sino con la gloria. Existe una culpa que es como un polen maligno que destruye las vegetaciones de menor resistencia y se lo lleva todo por delante, dejando un paisaje de troncos pelados y ramillas sin hojas. Es una culpa sin origen personal, innominada, sin identificación fiscal.

Daniel salió del cementerio y cerró la verja. Era un mundo que hubiera merecido cualquier día un funeral grandioso, aterciopelado por la solemnidad enérgica de un réquiem y llevado hacia la nada, como solamente el paso del tiempo puede abolir tres generaciones, un paisaje o la memoria de una escenografía que parecía digna de devenir perpetua. Hormigueo sordo y opaco del mal, violencia oscura y disociativa, hostil proliferación contra la antigua unidad de cuerpo y alma. Habían quemado rastrojos en los lindes del huerto, y una franja luminosa de la tarde conseguía una conformación de espuma.

Las sacudidas del mundo y la senectud impúdica de las formas occidentales hacen cada vez más admirable, si bien poco adicto a la libertad, el respeto a los muertos según el sistema confuciano, la consideración a los ancianos y a la tradición, el orden de afectos de la familia, el requisito de que los gobernantes sean ecuánimes y sabios, que prevalezcan los frutos de la obediencia y las recompensas de la seguridad.

En la entrada del pajar, los niños Prat tenían colgado un cartel de cartón: «Hemos perdido tortuga. Pagaremos recompensa (poca). Se llama PERA. Lleva una calcomanía de *spider* en el caparazón». Sin negar una inocencia *ab ovo*, la cuestión consiste más en saber en qué punto de la infancia llega la corrupción: los niños no salían del diluvio con las manos limpias, ni tantean atemorizados la casa a oscuras sin el aval de una primera culpa.

En los pórticos luminosos del placer, los hombres viven instantes perfectos que la memoria preserva, tan estáticos y precisos que no es menester regresar a ellos ni que generen nostalgia. Tienen una presencia estelar, más allá de la decrepitud y de la pérdida, tal como encontrar un nombre y un teléfono en una vieja agenda. Esta misericordia gratuita del pasado que viene a consolarnos del presente es la postal que la vida nos escribió tiempo atrás y la

recibimos cuando menos nos lo esperábamos, llamémosla —placer radical contrapuesto a la fatiga profunda del espíritu y del cuerpo— un *minuetto* del alma.

A lo lejos Daniel podía ver a Ventura Dols paseando con calma, con el bloc de dibujo bajo el brazo, sometido a un nuevo choque de células malignas. La ciencia contra la materia oscura, el astro de la humanidad sometido a nocturnidad negativa, el hombre deshonorado por el dolor cósmico. Ventura pisaba la tierra un poco húmeda, profunda, sumisa. Pasaba por el horizonte de un lago altísimo la barca de Caronte. Ventura sabía sufrir.

Ventura iba enfrascado en la teología de la belleza, mientras el cáncer lo iba royendo, célula a célula. Por decirlo de algún modo, pensaba que la forma de realidad deviene la verdad de realidad, y todo es gratuito sin la presencia del amor, si es capaz de alcanzar, como quien levanta el brazo y descuelga una naranja de la rama, la espina dorsal de las cosas divinas.

Los despojos de la veleidad y el dolor pueden ser también el falso epílogo de una novela. En cierto modo, es una pasión equiparable a la de los constructores que intuyeron la función combinada del arbotante y el contrafuerte en las viejas catedrales: ordenar los fragmentos de la gran rutina a fin de que alguna vez la luz acaricie los ángulos más oscuros de la vida. La alta llama de las ideas o el *ritornello* de una canción que tan felices nos hizo fijan una perennidad volátil y engañosa pero imprescindible.

El *okupa* patriarcal dirigía los preparativos de la barbacoa del día de San Juan. Aventaba el fuego de carbón, entraba y salía con bandejas de costillas y butifarras. Se enjuagaba el sudor de la frente con el delantal y llevaba una cerveza en la mano. Hablaba y hacía aspavientos con las pinzas de la barbacoa. Ponía sal y pimienta a la carne. Los niños le rodeaban llenos de curiosidad, más protagonistas ya que los fundadores de Viluma. El *okupa* daba las instrucciones para el pica-pica: limón, tabasco.

Por una falta de autoridad que no les permitía establecer que la barbacoa era cosa de la chiquillería y que los mayores comían en la mesa, los fundadores no habían tenido más remedio que cogerles el gusto a los mediodías humeantes, a la carne medio cruda, medio quemada, a sentarse sobre una piedra alrededor de las parrillas con un plato de papel sobre las rodillas. Lo compensaban cargando las parrillas de gruesas costillas, butifarras jugosas y un largo aperitivo que daba comienzo antes de encender el carbón de la barbacoa y que los dejaba predispuestos a dormir una siesta más larga. Antes se habían mofado de la sociología de la barbacoa, como si la promiscuidad más o menos calculada de Viluma fuera un estadio

manifiestamente superior a la geografía de los chalets de veraneo y de los semiadosados. Si la piscina comunitaria da entrada a la tragedia, la barbacoa nos ha devuelto al cuadro de costumbres.

Daniel se detuvo un instante. Bajo una de las pérgolas, la niña china palmeaba con las manos el agua de una piscina inflable de plástico. Su madre la vigilaba por la ventana y cantaba:

Tú drume negrita
Que yo va comprar nueva cunita
Que va tener capitel
Que va tener cascavel.

Sentada en la piscina de plástico, la niña china era toda ojos, miraba a todo aquel que pasaba, los pájaros, las nubes algodonosas, como si estuviera ante el paisaje más mistérico del mundo y pudiera contemplar cómo crece la hierba, el sol que dora las cúpulas de los monasterios, la arboleda que el viento mece junto al río. Era la dulce inteligencia que siglos de civilización fijaban en el rostro de los niños chinos, la gloria posible de un mediodía de junio compartida por aquella mirada tan exclusiva de una diosa de la misericordia.